
LA FAMILIA ROSETTI
SAVAGE
oath
PIA SINCLAIR

Savage Oath

Pia Sinclair

Derechos de autor © 2025 por Pia Sinclair

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida de ninguna forma sin el permiso por escrito del editor o del autor.

Contents

1. Besiana
2. Domenico
3. Besiana
4. Besiana
5. Domenico
6. Besiana
7. Domenico
8. Besiana
9. Domenico
10. Besiana
11. Domenico
12. Besiana
13. Domenico

14. Besiana
15. Domenico
16. Besiana
17. Domenico
18. Besiana
19. Domenico
20. Besiana
21. Domenico
22. Besiana
23. Domenico
24. Besiana
25. Domenico
26. Besiana
27. Domenico
28. Besiana
29. Domenico
30. Besiana
31. Domenico
32. Besiana
33. Domenico
34. Besiana

35. Domenico

36. Domenico

1

Besiana

Odio este jardín. Odio que sea perfecto. Odio las filas demasiado rectas de peonías. Odio que los jardineros ronden, con sus manos enguantadas listas para podar y arreglar, esperando que algo se caiga. Odio que no se me permita tocar nada de esto.

Por las mañanas, me siento atraída a este pedazo de belleza como un ser hambriento, solo para recordar que nada de esto me pertenece. Pero vengo aquí todos los días, me siento en el banco frío con un libro sobre las rodillas, e intento inhalar tanta libertad como mis pulmones me permiten.

Estoy leyendo poesía. A Baba no le gusta. Piensa que me hace inestable, desagradecida y vulnerable. No tiene idea de cuánto soy ya todas estas cosas.

Recojo una página del camino de grava, justo cuando unos pasos crujen al doblar la esquina. Conozco esos pasos medidos.

Adrian Dushku. Mi padre, Baba. Un hombre que ordena la vida y la muerte con la misma precisión indiferente.

—Siempre te gustó el otoño —dice.

Mis dedos se cierran con fuerza alrededor del libro, y levanto la mirada para encontrarlo observándome. Es bueno en eso. Como un lobo. Silencioso, calculador, sabiendo lo que quiere antes de decirlo. Exhalo lentamente y dejo que mis manos se relajen.

—A Valmira también le gustaba mucho el jardín. —Se sienta a mi lado, sin esperar nunca una invitación—. ¿Trajiste tu abrigo?

Hace la pregunta como si estuviera cargada. Como si me acusara de haberlo dejado adentro a propósito, poniéndolo a prueba, actuando. Lo dejé adentro, pero no por esas razones. Solo para sentirme más cerca del mundo fuera de estos muros, para sentir cada molécula de aire frío en mi piel.

—Estoy bien —digo.

La mañana es frágil. Me siento más derecha y cierro el libro. Él espera, sabiendo que si es lo suficientemente paciente, seré yo quien ceda. Siempre lo soy.

—¿A Mami se le permitía tocar todo esto? —Mantengo mi voz firme. Toco el cuchillo atado a mi muslo, la única pieza de ella que me queda. Sus ojos siguen el movimiento, y bajo la mano. Algunos miembros del personal se detienen para observarnos. Imagino que esperan ver algo que valga la pena chismear más tarde.

—No seas infantil. —Se encoge de hombros, un movimiento calculado mientras me observa de cerca—. Tu madre estaba agradecida por lo que tenía, y te diría que fueras igual.

Algo me pellizca la garganta, y lo trago, tratando de no dejarlo ver en mi rostro. Agradecida. No estoy segura de saber siquiera lo que es eso. Adrian me estudia, y me obligo a sostener su mirada. Sus ojos están quietos, del color de las nubes de tormenta.

La quietud de mi padre es inquietante. Parece que podría haber sido tallado en piedra, si la piedra vistiera un traje a medida. —Tengo una oportunidad para ti.

Oportunidad. La palabra se agria en el aire.

—Y espero que no te resistas. —Habla así, siempre. Esperando mi obediencia, exigiéndola con una especie de crueldad silenciosa. Le doy lo que quiere y me deslizo en el papel que conozco de memoria.

—Por supuesto. —Me ahogo en la sumisión. Acuerdo. Las únicas palabras que alguna vez ganarán mi supervivencia.

—Te vas a casar con Domenico Rosetti. —Se reclina, como si no fuera nada, como si estuviera discutiendo el clima—. Te vas en tres

días.

Me quedo sentada, inmóvil como una piedra, mi mente abriéndose. Mi vida siempre se dirigió a este punto, por supuesto, lo sé. Hija del cartel Dushku, criada para ser la esposa y espía perfecta. Pero, ¿los Rosetti? Son el peor tipo de hombres, brutales más allá de toda comparación.

Baba sigue observando, sus ojos trazando cada parpadeo de expresión que pudiera traicionarme. Frío, calculador. El muro que he construido a mi alrededor comienza a agrietarse.

Los Rosetti son notorios. Peligrosos. Violentos. Son todo lo que Baba admira.

Sus ojos se fijan en los míos con una precisión inquietante. Sabe que no lucharé contra él. Sabe que me ha roto lo suficiente como para conocer mi lugar.

Tres días.

No culpo a mi padre, así es como me ama. La única forma que conoce. Es la única forma que yo conozco también. Pero tengo que cuestionar esta decisión.

—Los Rosetti mataron a nuestros hombres. Hace apenas un par de meses, invadieron nuestro almacén y nos masacraron. ¿Cómo puedes perdonarlos tan fácilmente?

La mirada en los ojos de mi padre hace que se me hiele la sangre. Me atraviesa con esa mirada pálida suya. Soy una tonta al pensar que él perdona algo. Hay algo más que quiere, algo más que busca. He crecido observándolo, tratando de anticipar hacia dónde se moverá, preguntándome cómo puede ser tan inexpresivo, tan despojado de sentimientos. Todo lo que sé es que está jugando a largo plazo.

Mi mano libre traza el borde del banco mientras mi mente da vueltas. Intento pensar como él, estratégica y calculadoramente. Pero no puedo olvidar a los hombres que perdimos o la forma en que mi corazón se desplomó al enterarme del ataque.

—Esto es para prevenir una guerra abierta, Besiana. Unir nuestras familias nos comprará paz.

Guerra. Es el tipo de cosa en la que Baba sobresale.

—Pero los Rosetti —repito, como si la palabra me envenenara.

—Ellos, sí.

Cierro la poesía. El sonido es pequeño pero definitivo. Mis manos están firmes. He tenido práctica. —Ya veo.

Saca una carpeta de dentro de su abrigo y me la ofrece. Un archivo. Detalles. Evidencia. Debería saberlo mejor a estas alturas, pero los últimos fragmentos de esperanza se dispersan como cenizas mientras la tomo de él. Es preciso, incluso cuando me está rompiendo.

Abro la carpeta, la dejo sobre mi regazo y dejo que su peso me mantenga en mi lugar. Una sola foto de Domenico Rosetti. Ojos verdes, duros como el vidrio. Una mandíbula tallada en piedra. Parece capaz de cualquier cosa. Como si nada pudiera sorprenderlo o detenerlo jamás. Como si el mundo fuera suyo y el resto de nosotros existiéramos para servirle.

Su alma parece una copia al carbón de la de mi padre. Y se supone que me case con él.

Paso mi dedo sobre la imagen, sintiendo su carácter definitivo. Se siente como un ajuste de cuentas. La foto me devuelve la mirada, y me imagino que está tratando de consumirme.

—Domenico Rosetti —dice Baba.

—¿Qué necesita de mí? —Mi voz es firme, calculada. Así es como me protejo.

Adrian me observa cuidadosamente. Sus ojos son de hierro ahora. —Los Rosetti están fabricando una nueva droga de diseño, Iride. Da un subidón limpio, si los rumores son ciertos, y la quiero.

—¿Una droga? —La palabra sale antes de que pueda detenerla.

—Tienen una química, una genio que abandonó Caltech, y la quiero. Quiero la droga. Quiero a la química. Quiero la receta.

Mi padre me está vendiendo para acceder a un subidón de diseño. Supongo que debería sentirme halagada de que no sea simplemente cocaína o éxtasis común y corriente.

—Conseguiré la información —digo.

—Si fallas, no podré protegerte. —Sonríe. Creo que pretende que sea reconfortante.

El silencio se hincha entre nosotros. Me obligo a mirarlo, y la sonrisa desaparece.

—Entonces, ¿Besiana? —Espera mi respuesta, aunque ambos sabemos que es una formalidad.

—Lo haré. —Mi voz no tiembla y mis manos están quietas. Agarro el expediente y suavizo mi expresión. Lo he hecho antes y lo haré de nuevo.

—¿Y Besiana?

Contengo la respiración.

—No me decepciones. —No mira atrás mientras se aleja, crujiendo sobre la grava, sus pasos tan medidos y controlados como sus palabras.

El jardín tiembla en un frío silencio. Miro fijamente los poemas, el expediente, mi futuro extendido como un mapa sin ruta de escape. Tres días.

Toco el borde del expediente y lo abro de nuevo, dejando que la foto me atraviese. Sus ojos me siguen, este hombre que pronto me poseerá tan completamente como lo hace mi padre ahora. Memorizo sus rasgos y me armo de valor.

Domenico Rosetti. Dejo que el resto del expediente me inunde: historia, alianzas, debilidades. Lo absorbo todo, dejando que me fortalezca contra la tormenta que se avecina.

Baba espera que espíe. Que regrese con secretos que he sonsacado entre besos y mentiras. Espera que me doblegue ante esta familia Rosetti, como me he doblegado ante la suya.

Que piense que no tengo sentimientos. Seré una estatua como él, como Domenico, y cuando no estén mirando, los abriré a los dos de par en par.

2

Domenico

El viernes por la noche, Il Lusso bulle como si estuviera vivo. Las multitudes se amontonan en las puertas, se apoyan en las barras de mármol oscuro y convierten el club en un palpitante pulso de la élite neoyorquina. Me muevo entre ellos como una sombra, incluso en una sala llena de trajes. Cuando llego donde está Rafe, ya está bebiendo. Tiene la mandíbula tensa, listo para pelear. Yo también lo estoy.

Con él, es difícil saber dónde termina la bebida y dónde empieza la pelea. Rafe lleva ambas como una segunda piel. Como esos guantes negros de cuero que nunca se quita. Mi hermano. El soldado leal. El que nunca se preocupó por los trajes y las corbatas, solo quería hacer alarde de sus músculos. Estos días se mantiene en línea, pero no siempre fue así. Solía andar desenfrenado, borracho y peligroso, casi salvaje. Yo soy quien lo mantuvo a raya y puso sus músculos al servicio de la familia. Y él no puede olvidarlo.

—La química mejor que tenga lista esa fórmula —dice en voz baja—. Antes de que alguien acabe con ella.

La amenaza flota entre nosotros, tácita pero tan sólida como las paredes oscuras. Asiento, más para mí mismo que para él. Lo he pensado mil veces. Clara Voss es el salvavidas de este lanzamiento, y si queda expuesta, todo se derrumba.

—Duplicaremos la seguridad —digo, mi voz cortando el ruido—. Nadie la tocará.

—No es suficiente, Dom —Rafe apura su vaso y hace señas para que le traigan otro—. Necesitas lanzar, rápido.

Típico. Rafe inundaría las calles mañana mismo si pudiera. Cuanto más amplia la distribución, más desorden. He visto el caos y lo que le hace a un hombre. Las exigencias de papá resuenan en mi cabeza: lidera con fuerza.

Yo lideraré con precisión.

Soy el siguiente en la línea, se espera que me haga cargo del negocio familiar, y sé lo que eso significa. Papá tiene sus expectativas. Él es el rey del imperio Rosetti, pero yo soy el heredero. Muy pronto, toda esta maldita cosa caerá sobre mí, y todos están observando para ver si estoy a la altura o me derrumbo. No puedo permitirme ni un solo error en esto. No puedo dejar que Sal tenga ni un susurro de duda sobre mi capacidad para manejar las cosas.

Rafe piensa que estoy jugando a lo seguro, pero él nunca ha tenido que dirigir un barco tan grande. Él es todo músculo, arremeter, barrer las calles. Dejar un rastro de sangre y caos, y ver cómo todo arde desde la barrera. Eso no es lo que necesitamos ahora. No con algo tan masivo. Tenemos planeado algo más grande, más grande que cualquier cosa que esta familia haya hecho antes, y tengo que lanzarlo correctamente. No voy a dejar que explote en nuestras caras porque Rafe quiera jugar al vaquero. No voy a dejar que el viejo diga que no puedo manejar la presión.

Rafe no tiene paciencia. Nunca la tuvo. Nunca mira más allá de la pelea que tiene justo enfrente. Pero yo, yo veo todos los ángulos, todas las amenazas. Sé cuándo atacar. Y cuándo esperar para que el impacto perdure, para que se fije. Se necesita más que fuerza para dirigir esta familia. Hay que ser quirúrgico. Esto no es cuestión de fuerza bruta. Es cuestión de control.

—Lo haremos bien —digo—. Mercados exclusivos. Controlados.

Él se recuesta, estudiándome, decidiendo hasta dónde presionar. —Papá no va a esperar para siempre.

—Yo tampoco.

Su sonrisa es afilada, más resignada que divertida. Cree que soy terco, y no se equivoca. El pulso del club sigue latiendo a nuestro alrededor, amortiguando nuestras palabras de oídos curiosos. Los vasos tintinean, las voces suben y bajan, y nada de eso me afecta. Estoy dos pasos adelante, planeando el siguiente movimiento. La Dra. Voss mejor que también lo esté.

El ascensor suena y la veo: una mancha de cabello alborotado y nervios, con los hombros encogidos contra la multitud. Clara Voss parece haber sido arrastrada aquí por un huracán. Sus ojos encuentran los míos, grandes y frenéticos. Llega tarde. Está alterada. No es una buena señal.

—¿Qué está pasando? —pregunto en cuanto llega a nosotros.

—Oh, yo... —señala vagamente hacia la puerta como si eso explicara algo.

—¿Hay algún problema con la fórmula? Dijo que estaba lista.

—Dije casi —Recupera el aliento y las palabras salen atropelladamente—. Hay un problema de pureza. Un avance. Quiero decir, podría ser un avance.

Rafe murmura algo que no me molesto en captar. Estoy concentrado en la química, que parece que podría salir corriendo en cualquier momento.

—¿Por qué se ve tan asustada? —pregunto.

Clara toma otro respiro, su voz aún temblorosa. —Creí que alguien me estaba siguiendo.

Duda, lanzando una mirada a Rafe antes de que sus ojos se fijen de nuevo en los míos.

—Afuera —continúa, con los ojos muy abiertos como si estuviera reviviendo esos frenéticos momentos en la calle.

El pánico en ellos dice que está segura de ello, pero se encoge de hombros como si estuviera tratando de convencerse a sí misma de que no es nada.

—No sé. Me asusté —admite, retorciendo las manos como si no pudieran encontrar un lugar donde asentarse. Sus palabras salen como si no pudiera sacarlas lo suficientemente rápido—. Probablemente no fue nada.

Tal vez ella lo crea, pero yo no. No con un trato tan grande. No con una droga tan limpia.

—Necesitamos moverla —le digo—. A un lugar seguro.

Sus ojos se agrandan, incrédulos. —¡No puedo dejar el laboratorio!

—No puedo arriesgarme a que se quede en la ciudad —digo—. Trabajará en la finca de los Rosetti. Yo lo arreglaré todo.

Ella niega con la cabeza, con un gesto obstinado en la mandíbula. —No puedo simplemente reubicarme. No así. El equipo...

—No puede terminarlo si está muerta —Mi voz es firme, pero mi pulso se acelera. No puedo perder esta ventaja. No ahora.

Clara se cruza de brazos, la determinación marcando sus facciones.

—No puedo irme —argumenta ella, las palabras firmes a pesar del pánico que mostró momentos atrás—. No puedo trabajar sin el laboratorio completo. Estamos hablando de millones de dólares en equipos. Todo está atornillado, calibrado con precisión. —Sus ojos son feroces, desafiándome a contradecirla—. No puedes simplemente cargarlo todo en la parte trasera de un camión y esperar que-

—No podrás terminar si eres un cadáver —la interrumpo, pero ella no está escuchando.

Está en una diatriba, desesperada por hacerme entender lo que parece tan obvio para ella.

—¡Tomará meses recalibrar! Nos retrasará.

Meses... la palabra es una puñalada. Meses matarían el lanzamiento.

—Si te atacan, lo perdemos todo —le digo.

—Dom, ¡estamos tan cerca! —Está suplicando ahora, el cabello se le revuelve mientras gesticula con frustración—. Tengo que

quedarme donde estoy. Por favor.

Es terca, tengo que reconocerlo. Quiero asegurar esto por completo. Pero si Clara tiene razón, si mudarnos nos retrasa tanto, entonces nadie perderá tiempo en eliminarla. Simplemente nos pasarán por alto, nos ganarán en el mercado y lo perderemos todo de todos modos. Este avance, todo este proyecto, se vuelve inútil. Es un riesgo de cualquier manera. Lo sopeso, rápido y preciso, y sus ojos siguen los míos, el trabajo de su vida pendiendo de mi respuesta.

Asiento, breve y decisivo. —Bien, te quedas en el laboratorio. Rafe duplicará tu seguridad.

Rafe asiente, más bien se encoge de hombros, y sé lo que está pensando: ella es un riesgo. Si perdemos a la química, perdemos el negocio.

Clara mira entre nosotros. Se coloca un mechón suelto detrás de la oreja.

—Bien. Gracias —dice.

—¿Qué era eso sobre un problema de pureza? Necesito producto puro, éxtasis total, efectos secundarios mínimos. ¿Eso va a ser un problema?

Ella niega con la cabeza. —No, no, nada de qué preocuparse. Solo un problema técnico que estamos resolviendo.

—Avísame en cuanto eso cambie. ¿Algo más que reportar?

Ella niega con la cabeza. —No. Entonces, ¿a la misma hora la próxima semana? ¿No podemos hacer estas actualizaciones por teléfono?

Entrecierro los ojos. —Eres más inteligente que eso.

Clara se encoge de hombros, luego desaparece entre la multitud, perdida de nuevo en el mar de gente y música. Mantengo mis ojos en ella hasta que sale de vista, luego asiento a dos de mis hombres para que la sigan. La vigilarán hasta que llegue a casa sana y salva y se quedarán fuera de su casa hasta que yo les diga lo contrario.

Rafe se toma otro trago, lo traga como si fuera agua. Me está observando con esos ojos fríos de nuevo como si toda la maldita

situación le divirtiera.

—Deberías hacer apuestas, ver qué te mata primero. La química o tu sonrojada nueva novia —dice.

La puya da en el blanco, y él lo sabe.

Rafe se reclina, esperando ver cómo reaccionaré. Le encanta cuando las cosas se ponen complicadas, cuando la presión aumenta y tiene un asiento en primera fila. Esto no es diferente.

—Aún no estamos casados —mascullo.

Rafe suelta una carcajada. —Mañana no está lejos, amigo.

Los planes del viejo son un peso alrededor de mi cuello, arrastrándome hacia abajo en el peor momento. Sal ha decidido fortalecer nuestras alianzas con los albaneses de toda la gente, los putos albaneses, y mi cabeza es la que está en juego. Una esposa como garantía. Una novia como pago. Es un movimiento tan condenadamente imprudente que podría explotar en el segundo en que se pronuncien los votos.

Los Dushku no quieren una fusión, quieren sangre. Pero Sal está manejando los hilos, y yo soy el que baila, tratando de evitar que todo se derrumbe. La química, la novia... mi cabeza ya está sobre el tajo. Si dejo que algo se me escape, tendré la bota del viejo en el trasero y una bala con mi nombre. Sin mencionar una química muerta, una reputación ridícula y un imperio perdido.

Rafe se aparta de la barra y me da una palmada pesada en el hombro.

—Trata de que no te disparen antes de la luna de miel —dice.

—No te preocupes por mí. —Me lo quito de encima—. Tengo un negocio que dirigir.

Se aleja, desapareciendo entre la multitud, una sombra vestida de cuero. Sabe que estoy en un aprieto y lo disfruta demasiado. Su advertencia se repite en mi mente, y desearía poder quitármela de encima tan fácilmente como él lo hace. Pero no estoy programado como Rafe. O mi padre. Salvatore Rosetti ve todo en términos de poder, no de precisión. Una familia, un imperio. Este matrimonio es

solo una parte de la estrategia, pero no de mi estrategia. Tengo suficiente caos en mis manos con Iride.

Una mujer en mi casa es una variable más. Un riesgo más. Una pieza más de caos que no necesito.

El bajo de los altavoces sacude mi pecho, y las luces bajan. Un destello de cabello largo, liso y oscuro y ojos verde pálido. Ni siquiera he conocido a la mujer, solo he visto un par de fotos, y mañana llevará mi apellido. Pero esta noche, es solo otro problema más.

3

Besiana

Sale de la caja cegadoramente blanco, capas de satén y encaje que se derraman sobre la alfombra. Es pesado e incómodo de ponerse.

Me falta el aliento mientras una desconocida ajusta el corsé alrededor de mi cintura y otra cierra la cremallera de la espalda. Los espejos muestran un costoso error. Un vestido de novia que no elegí.

Tres mujeres orbitan a mi alrededor. Una con rizos castaño oscuro, otra esbelta y elegante, y otra con grandes ojos color avellana y una melena rubia rizada. Las reconozco de las fotos en el expediente de Domenico, el que Baba me dio como regalo de compromiso. La hermana de Domenico, su cuñada y alguien llamada Juliet Price cuya relación con la familia no recuerdo.

Sus leves toques me hacen estremecer. La última vez que tuve familia en la habitación para una prueba de vestido, tenía nueve años.

—Es increíble, ¿no? —dice Juliet. Una voz dulce, pero que corta como el cristal. Ni siquiera puedo mirarla.

—Debería serlo —respondo—. Costó lo suficiente.

—La boda será en una catedral —dice Juliet como si eso debiera emocionarme. Como si ese no fuera el lugar donde se entierra a la gente. Cierro los ojos. Tengo que ser fuerte.

La habitación es una explosión de telas y encajes. Las tres mujeres hablan una encima de la otra, llenando el aire de felicitaciones, pero todo lo que escucho es el Rosetti en sus voces. Sus palabras caen como piedras en mi regazo.

—¡La prisa vale la pena, espera a ver la cara de Dom!

—¡Dios mío, esta es la mejor boda de la historia!

—¡La mejor novia de la historia!

Cuento sus toques, cada alfiler que muerde a través del vestido. Cinco. Seis. Más. Pierdo la cuenta. Tengo meses de pruebas en media hora. Esta familia no hace nada con suavidad.

Se arremolinan a mi alrededor, tirando, ajustando.

—¡Vaya, estás temblando! ¿Estás nerviosa?

—¡Apuesto a que tiene miedo de que Dom no pueda quitarle las manos de encima!

Se ríen y intercambian miradas, ajenas. Mi pulso ruge en mis oídos, ahogándolas. Lo que soy es una Dushku. Ellas creen que están siendo lindas, inteligentes. Pero para mí, son armas con silenciadores, explosiones con el volumen bajado. Me preparo para lo que sé que viene después. Después de todo, he sido vendida a una familia mafiosa. Ahora están fingiendo, pero pronto mostrarán sus verdaderas caras. Su calidez será temporal.

Ni siquiera sé quiénes son, no realmente. No importa. Son Rosettis. Cada célula de mi cuerpo me dice que no confíe en ellas, pero mi familia tiene un acuerdo que cumplir. Las órdenes de mi padre. Ellas creen que tienen algo que celebrar, pero no son las que están siendo intercambiadas por información. Me muerdo el labio y contengo las lágrimas. He sido entrenada para esto. No debo llorar.

—Oye —dice la de los rizos castaños. Es la hermana. Carmela, así se llama. Su voz es más suave, más cercana. Está justo frente a mí —. Sé que todo esto debe ser demasiado. Pero ahora somos familia. Eso es lo que importa.

Su toque es gentil mientras acomoda un mechón de cabello rebelde en su lugar. Esta vez no me estremezco, pero solo porque lo veo venir.

La más joven, Juliet, parece que podría llorar ella misma. Junta las manos y me sonríe, nerviosamente.

—¿Estás tan emocionada? ¡Te ves como un millón de dólares!

—Nos pasamos bastante del presupuesto, así que más le vale —dice Eleanor, prendiendo una orquídea en mi cabello.

Ella es la cuñada. A ella también la obligaron a casarse con los Rosetti, así que tal vez encuentre una aliada en ella, aunque parece una de ellos por lo que puedo ver.

Se supone que este es el día más importante de mi vida, y siento como si estuviera fuera de él, viendo a alguien más. La boda será en una catedral. Dom es el heredero, el mayor. Ahí es donde se casa el hijo mayor, dicen, como si debiera estar emocionada. O halagada. Su entusiasmo rebota en mí.

Cuando se detienen para respirar, encuentro mi voz. Distante, fría. —Estoy segura de que será maravilloso.

Me sonríen, y yo les devuelvo la sonrisa, serena como siempre.

Las paredes se cierran a mi alrededor, atestadas de extraños, asfixiantes. No puedo respirar.

—¿Estás segura de que estás bien? —Carmela, de nuevo, extendiendo la mano para acariciar mi mejilla.

—Por supuesto —digo, firme esta vez. Sin grietas—. Solo me estoy acostumbrando a todo esto. —A todas ustedes, quiero añadir, pero suena demasiado desesperado.

—No te preocupes —dice Eleanor, retrocediendo para admirar su obra—. Yo estuve en tu lugar una vez, y todo salió bien. Te acostumbrarás a nosotros en un abrir y cerrar de ojos.

Eso es lo que temo. No quiero acostumbrarme a ellos.

—Tenemos que irnos —dice Eleanor, mirando su reloj. Me da una sonrisa rápida—. No hay novias tardías, especialmente no en nuestra familia.

Escucho el Nuestra. Es más grande que la habitación.

Me ponen unos tacones como zancos y me envuelven en un abrigo de piel blanca. Besiana Dushku, ya no más. En este vestido, en esta familia, soy alguien completamente diferente. Me

acompañan por las escaleras hasta un auto que espera. El conductor abre la puerta con un asentimiento.

—Estarás bien —dice Eleanor, ayudándome a entrar.

—Estarás increíble —añade Carmela.

El auto se aleja. Está en silencio, un espacio libre de Rosettis, y me recuesto contra el asiento y exhalo.

Las luces pasan borrosas por las ventanas, manchando las calles como pintura. Es finales de octubre, pero se siente más frío que eso. Esto es Nueva York, pero bien podría ser la luna.

¿Quiere Domenico este matrimonio? ¿Lo exigió? ¿Me exigió a mí? Él es otro Baba. Implacable, frío, peligroso. Me lo imagino con los brazos cruzados. Me lo imagino y desearía no hacerlo.

Paso la lengua por mis labios y saboreo el miedo, pero me estoy acostumbrando. Dejo que el zumbido constante del camino se hunda en mis huesos.

Seré fuerte. Hay cosas peores que ser propiedad de alguien. Los Rosetti pronto pueden poseer mi cuerpo, pero nunca poseerán mi alma. Esperaré mi momento y atacaré cuando pueda.

El auto reduce la velocidad y gira, se detiene suavemente. La puerta se abre y una mano busca la mía. Trago saliva con dificultad.

—¿Está lista? —pregunta una voz, y asiento. El conductor me da una mirada tranquilizadora, pero no me la creo.

Salgo con la espalda recta. Los Dushku no se encorvan. La catedral se alza frente a mí como un desafío. Lo acepto, a regañadientes. No es como si tuviera otra opción.

Pan de oro y luz de velas llenan la catedral, pero no hay calidez. Ni alegría. Solo una interminable línea de pétalos por el pasillo y una novia que camina como si fuera a la guerra. Mi padre conoce el significado del poder. Este lugar lo grita con cada centímetro de

techo fresquado. Domenico también entiende el poder. Se nota en su postura y su expresión. Se nota en los hombres Rosetti, armados e inmóviles, alineados en los bordes como centinelas.

Estamos en la catedral más alta que he visto jamás. Domenico es el heredero. El hijo mayor. Le toca la boda bajo el techo de treinta metros. Su familia está en cada banco, hasta donde alcanza la vista. Como si fuera una competencia de quién puede amarlo más. Primos, tías, tíos, amigos. Sus rostros son demasiado brillantes. Demasiado cálidos. Es cegador.

No es así en mi lado. Bueno, en realidad no tengo un lado. Solo asociados, tantos como Baba me envió. El cártel Dushku no es familia, solo una colección de colegas. Llenan los bancos como si estuviéramos sentando a un pequeño ejército, vistiendo trajes en lugar de sonrisas. Reconozco algunas caras, pero ninguna es de amigos.

Baba no está aquí porque, por supuesto, no lo está. Me explicó que no quería arriesgarse, siendo el jefe de nuestro cártel, pero se siente como si estuviera haciendo un punto: no valgo la pena.

Miro a Domenico en el altar. No se inmuta. No sonríe. Solo me observa con esos ojos agudos e implacables. Está limpio y suave y perfecto como un diamante pulido. Si está emocionado por obtener una novia, no lo demuestra.

Un bebé Rosetti balbucea, el sonido más fuerte del mundo. Mi respiración se entrecorta y tropiezo. Los Dushku no tropiezan. El peso del vestido me hala hacia abajo, pero me obligo a no caer. Me obligo a no llorar. No aquí. No ahora.

El órgano es un tambor, un réquiem disfrazado de música nupcial. Algún asociado Dushku agarra mi brazo, demasiado fuerte, como si temiera que salga corriendo. El ramo está frío bajo mis dedos, y tengo que aflojar deliberadamente mi agarre para no romper los tallos.

Llego al altar, más atrapada que nunca. El órgano se hincha, más fuerte ahora, luego la música se detiene, y mi mundo se detiene con

ella. El asociado me suelta, y siento la pérdida más de lo que pensé. Me mira como diciendo *buena suerte*. La necesito.

Domenico Rosetti se yergue alto e inmóvil en el altar. Viste un traje perfecto, probablemente un Brioni, con blanco crujiente en el cuello y los puños. Me observa con una mirada tan evaluadora, tan calculada, que estoy segura de que me midió desde el otro lado de la sala y ya ha decidido que no soy suficiente.

Conozco esa mirada, ese vistazo, esa arrogancia. Es como recibir una bofetada con un libro de contabilidad. Te hace sentir pequeña, como un número esperando ser tachado. He visto esa mirada en el rostro de Baba mil veces, y siempre significa lo mismo: *tú eres quien me necesita, no al revés*.

No sonríe. No parpadea. No se inmuta. Sus rasgos no se parecen en nada, pero se ve exactamente como mi padre.

Domenico está cerca, y me concentro en respirar mientras el sacerdote comienza a hablar.

La ceremonia es breve. Lo esperaba. ¿Qué se puede decir sobre un matrimonio de conveniencia? Sin romance, sin calidez. Solo una transferencia simbólica de activos. El sonido de plumas firmando y contratos cumplidos. Me muerdo el labio mientras el sacerdote sigue monótonamente.

—Para bien o para mal —dice, mirándonos por turnos.

Sé cuál me tocará. Mis labios se mueven alrededor de las palabras, los votos sonando huecos en este vasto espacio.

Domenico dice sus votos con una voz fría y segura de absoluta indiferencia. Su tono es profundo, áspero y completamente aburrido.

El sacerdote asiente como si aprobara la fusión. —Puede besar a la novia.

Domenico cierra la distancia entre nosotros, dando un paso más cerca. El mundo contiene la respiración, esperando. Un momento que debería brillar con calor está vacío y frío. Su familia parece suspendida, con los ojos fijos en nosotros. Mantengo mi mirada en Domenico. Mi futuro. Mi enemigo. No me estremezco, pero es casi imposible mantener mi posición.

Se inclina, y nuestros labios se rozan, ligeros como el aire, apenas un toque. Su cuerpo no roza el mío. Sus manos ni siquiera me alcanzan. Las únicas partes de nosotros que hacen contacto son nuestros labios, y los suyos están fríos y reptilianos. La multitud murmura como un océano distante.

Cuando llega el momento, firmo mi nombre con manos que apenas tiemblan.

Los Rosetti salen en fila, charlando como si la iglesia fuera suya. Lo es. Escucho las palabras Increíble, afortunada, amor. Deben referirse a alguien más.

Entonces, se ha ido. Domenico desaparece entre la multitud de Rosetti sin dirigirme una sola palabra.

4

Besiana

Domenico y yo estamos en el asiento trasero de una limusina blanca, la imagen perfecta de los recién casados. Mantengo mis ojos en la ventana, en las luces que pasan rápidamente y se convierten en sombras. Domenico está a mi lado, pero bien podría estar sola. No me toca. No hablamos. Apenas respiramos.

El viaje a casa es lo suficientemente largo como para pensar en nuestra próxima noche de bodas, en cómo me tratará. Ya sé la respuesta. Y sé que no estoy en posición de rechazar a mi marido, a menos que quiera enfrentar la ira de mi padre.

Cuando llegamos a la mansión Rosetti, es una bestia de vidrio y acero, con ventanas largas como ojos de troneras. Altas cercas rodean la casa como cadenas. Las cámaras de seguridad brillan en la luz gris. Una garita se encuentra junto a la entrada. Más hombres, todos de negro. Dom ni siquiera los mira mientras nos deslizamos por el camino de entrada curvo.

Él sale del auto y espero un momento para ver si abrirá mi puerta, pero no planeo quedarme en la limusina toda la noche, así que salgo por mi cuenta y lo sigo escaleras arriba hacia la entrada principal.

Domenico me muestra el interior pero no dice una palabra. Simplemente camina por la casa, ocasionalmente mirándome, y yo

lo sigo como un cachorro obediente, asimilándolo todo. Me siento como si estuviera de vuelta en la iglesia. Pisos de mármol frío, pulidos hasta un brillo mortal. Habitación tras habitación, cavernosas y austeras. Sala de estar. Comedor. Biblioteca. Cada una tan sin vida como la anterior. Es hermoso de una manera cara e impersonal. Arte en las paredes, todo abstracto y sin alma. Sé que no debería sorprenderme. A él no le importaría la comodidad.

Si es aquí donde vamos a vivir, no seré más que un fantasma.

Él responde tres llamadas telefónicas en la primera hora. Su voz es baja y deliberada, haciendo eco en cada superficie vacía. Son más palabras de las que le he oído hablar, y me concentro en el tono, el timbre, la gravilla.

Me acomodo en un sillón en la sala de estar. Este vestido de novia es demasiado voluminoso para relajarse o ponerse cómoda, así que me conformo con sentarme torpemente mientras él atiende sus llamadas.

Cuanto más lo escucho hablar por teléfono, más lo veo: el poder viene del silencio. De saber que no necesitas hablar. Eso es lo que está haciendo, está esperando que yo hable primero, y lo hago, antes de darme cuenta de que está sucediendo.

—¿Dónde está el dormitorio?

Las palabras salen de mi boca antes de que pueda detenerlas, aunque no deseo nada más que arrancarlas del aire y tragarlas antes de que él las escuche. ¿Y si piensa que lo estoy seduciendo? Honestamente, todo lo que quiero es cambiarme este atuendo sofocante por un par de pantalones de chándal.

Fija sus ojos verde líquido en mí, y siento que un rubor sube por mis mejillas.

Cuando finalmente dice mi nombre, es más fuerte que cualquier palabra que haya escuchado de él. Me pongo en alerta, igual que con mi padre. Ni siquiera me doy cuenta de que lo he hecho hasta que es demasiado tarde.

Él se da cuenta de todo. —Por aquí, Besiana.

Lo sigo. No me permito dudar.

Me guía por una escalera y a lo largo de un pasillo, luego abre silenciosamente una puerta. —Su habitación está aquí.

Parpadeo ante lo que debe ser el dormitorio principal, atónita por un momento. Es enorme, como el resto de la casa. La cama es un monstruo, tamaño king, con marcos oscuros y ropa de cama blanca inmaculada. Sus sábanas parecen nítidas y sin arrugas, nada como el enredo de mantas al que estoy acostumbrada. Muebles elegantes, todos ángulos pulcros y superficies frías, bordean las paredes. Un espejo gigante con un elaborado marco dorado refleja toda la escena opulenta. Me recuerda a algo salido de una revista. Impersonal y extravagante. Nada en él es real. Nada en él soy yo.

Respiro profundo y me recuerdo que solo estoy aquí por información. Esto es una transacción. Él no necesita mi alma, solo mi cuerpo.

—Cámbiese a algo menos voluminoso y encuéntreme abajo —ordena, luego se da la vuelta y se va, cerrando la puerta tras él.

Obedezco. Siempre lo hago. Busco mis maletas por todas partes, sin éxito, pero finalmente encuentro toda mi ropa desempacada en el enorme armario. *Menos voluminoso*, dijo. Lo cual es prácticamente todo lo que poseo. Supongo que es demasiado pronto en nuestra relación para pantalones de chándal, así que me decido por un vestido cruzado de seda en verde pálido que me dicen que combina con mis ojos.

Encuéntreme abajo, dijo, así que salgo al pasillo y retomo mis pasos hacia las áreas principales. Es difícil encontrar el camino porque la mansión es un laberinto de puertas y giros idénticos. Los pasillos son largos e interminables, y por un momento, me pregunto si quedaré atrapada en ellos para siempre.

El vestíbulo de entrada se extiende ante mí, mármol frío bajo mis pies mientras regreso. Me acomodo de nuevo en el sillón mientras lo espero, pero no tengo que esperar mucho. Aparece, tan indescifrable como siempre, y mantiene su distancia.

Me da un rígido asentimiento, como aprobando mi cambio de vestuario.

—Sírvame un trago.

Es una orden, no una petición, perfectamente acorde con su carácter. Por supuesto que lo es. Me levanto y busco vasos. Mi movimiento es torpe y febril, y mis manos tiemblan mientras lleno el vaso con un whisky caro que nunca antes había escuchado y un poco de agua del grifo.

—Aquí —digo, pasándoselo.

Lo toma con cuidado, asegurándose de no rozar mis dedos con los suyos, y luego me dice que lo siga. Es lo mismo que antes, su figura alta moviéndose delante de mí, sus pasos haciendo eco en las paredes. De cierta manera, es exactamente lo que necesito. Un recordatorio. Estoy aquí para interpretar el papel de su esposa mientras reúno lo que necesito para Baba.

—Todas estas ventanas me hacen sentir expuesta —digo. Tal vez obtendré una reacción.

—Entonces cierra las malditas cortinas —responde, apenas mirando hacia atrás.

Hago lo que dice, como una novia buena y obediente, aunque no es solo por él. Me digo a mí misma que es por mí. Que quiero mantenerlo hablando. Que cada palabra es información. Que es mi elección cerrar cada cortina, que yo tengo el poder aquí. Soy la espía, no la esposa.

Es convincente. Casi.

Me sorprende bostezando mientras cierro la última cortina pesada. Deja de caminar y me espera.

—Estás cansada.

Ladrando órdenes como siempre.

—Sí —digo.

—Hora de dormir.

Escaleras arriba de nuevo, un desfile reluctante. Él guía, yo sigo. Alcanzo el pomo de mi puerta una vez que estamos de vuelta en el pasillo, pero su mano se cierra sobre mi muñeca antes de que la toque. No me suelta, y es, bueno, es el mayor contacto que hemos tenido aparte de ese beso fantasmal en la boda. Mi piel hormiguea

ante la sensación. Chispa y ardor, un fósforo listo para prender pero sin llegar a encenderse.

—Ahí no —dice.

Genuinamente confundida, frunzo el ceño mientras mi mente busca desesperadamente una respuesta. Puede que no quiera obedecer todas sus estúpidas órdenes, pero necesito mantenerlo contento mientras reúno información sobre Iride.

—Pero usted dijo que esta es mi habitación.

Él me suelta. Como si estuviera dejando caer algo que no debería haber tocado en primer lugar.

—Ese es tu cuarto. Puedes hacer lo que quieras allí. Guarda tus vestidos, tu maquillaje, lo que sea que hagas. Pero no duermes ahí.

Espera que lo siga, y lo hago. Abre la puerta contigua a la mía, haciéndose a un lado para que entre primero. La habitación es enorme, y me detengo sorprendida. Mi cuarto es grande, pero esto... esto es más grande que algunas casas enteras. Las paredes están pintadas de un azul profundo y melancólico con molduras plateadas, y el techo es de mármol pálido que combina con el suelo. Es tan masculino y afilado, el tipo de habitación que esperaría ver en la portada de una revista, no en la vida real. Me quedo mirando. No puedo evitarlo. ¿Aquí es donde duerme?

Hay una cama enorme, tan grande como la mía, pero no parece tan impecable. Mis ojos se detienen en ella. ¿Es aquí donde espera que duerma? Parece demasiado íntimo. Demasiado pronto.

Hay una cómoda larga con relojes caros encima y una pequeña pila de papeles y libros. Un área de asientos baja se encuentra contra una pared. Dos sillones, uno de cuero oscuro y el otro de algún tipo de lana pesada, enfrentados entre sí. Una mesa entre ellos, medio cubierta con un desorden de vasos medio vacíos y más papeles, algunos en un idioma que no conozco, italiano supongo. La escena parece sacada directamente de una de sus reuniones de negocios.

¿Y quiere que duerma aquí?

Aparto la mirada de la habitación y lo miro, confundida.

¿Por qué me está dando tanto? ¿No tiene cosas mejores y más importantes que hacer? ¿No tiene reuniones de negocios que dirigir y papeles que firmar con sangre? El hecho de que esté dedicando su tiempo a mí, que me esté incluyendo en su propio espacio, que no esté atendiendo otra llamada y me esté tratando como un miembro de su familia en lugar de como una extraña...

Sacudo la cabeza. No puedo pensar así. No puedo dejarme engañar y creer que soy algo más para él que una espía.

Mantente fuerte, me recuerdo. Tienes un trabajo que hacer. Mantenlo contento. Mantenlo hablando. Haz lo que Baba quiere.

—¿Este matrimonio es lo que usted quiere? —pregunta.

Se para cerca, mirando mi rostro en lugar de mi vestido. Me sorprende.

—Soy la hija de mi padre —le digo. Dice más de lo que pretendo.

La comisura de su boca se eleva. No sonríe. Pero casi.

—Bueno, los hijos mayores rara vez pueden elegir a sus propias parejas. —Suena nostálgico, y no puedo decir si está hablando de mí o de sí mismo.

Soy lo suficientemente terca como para tomar eso como un desafío.

—Los negocios son negocios —digo.

—Nuestro negocio es simple. —La misma voz fría y segura—. Yo te obtengo a ti. Tu padre obtiene paz. Nadie obtiene amor.

Es más de lo que pensé que diría, y estoy de acuerdo con cada palabra. Pero yo también obtengo información, por supuesto, aunque él nunca necesita saberlo.

—¿Eso es todo? —pregunto.

Cierra el espacio entre nosotros, un brazo de distancia que se siente como un kilómetro. No estoy acostumbrada a que los hombres tomen mi miedo y lo conviertan en deseo, pero aquí estamos.

—No —dice, y escucho la ira bajo su calma—. No todo.

Pone una mano en mi cadera. Su toque es fuego. Su atención es como lava. Contengo la respiración.

Me mira con un hambre que me hace perder la voz. Y mi valentía. Las encuentro a ambas de nuevo, y encuentro sus ojos. He aprendido que los hombres como él, como mi padre, no dan segundas oportunidades. Cuando te piden que te pruebes a ti misma, lo haces.

—¿Dónde me quiere? —pregunto audazmente. Si vamos a follar, al menos quiero sentir una semblanza de control. Su calor es abrumador, y parte de mí quiere ver si puedo manejarlo.

Está sorprendido. Lo oculta rápidamente, una línea delgada que capto justo antes de que desaparezca. Su voz baja, y recorre mi cuerpo con la mirada, centímetro a centímetro, luego vuelve a encontrarse con la mía.

—No estás lista para esa respuesta —dice.

Un pequeño ruido se me escapa ante su insinuación. Apenas puedo creer que lo haya dicho. Mi piel hormiguea caliente donde me toca. Cuando sus dedos se clavan en mi cadera, prácticamente chillo, y el sonido resuena entre nosotros.

—Ahora eres mi esposa, Besiana.

Está calmado cuando lo dice, demasiado calmado, y esa es la peor parte. Me dice que es lo suficientemente peligroso como para ser paciente.

—¿Sabes lo que eso significa?

Su cinturón golpea el suelo con un sonido frío y definitivo. Me estremezco cuando cae.

—Compartes mi casa.

Su sangre es el mismo veneno que la mía. Da un paso adelante, entre mis muslos, y el movimiento se siente practicado. Con propósito.

—Compartes mi cama.

Agarra mi barbilla y la levanta.

—No porque me importes.

Sus labios rozan los míos. El más mínimo toque de lo que realmente podría ser capaz.

—Porque eres mía.

5

Domenico

Estoy lo suficientemente cerca para ver mi nombre en sus labios.

Pero no lo dirá. Me coloco entre sus piernas y el mundo cambia. Solo yo, ella y mi orden de que comparta mi cama.

La miro fijamente, dejándole ver el ardor en mis ojos, la exigencia. Su vestido es de un verde pálido que hace brillar sus ojos, envuelto alrededor de su cuerpo y atado con un lazo. Con solo tirar de ese cordón, toda la prenda caería. Casi extiendo la mano para jalar el nudo, pero aún no.

Desearla tanto debería ser un crimen. Es todo lo que puedo pensar mientras observo cómo está presionada contra la pared para mí. Cabello oscuro, piernas de infarto, pero son esos ojos los que me cautivan. La forma en que me atraviesan pero actúan como si no lo intentaran. Es sexy como el infierno, y el hecho de que su sexo esté tan cerca de mi muslo me está volviendo loco. Pero no me apresuraré. No puedo simplemente tomarla. No así.

—Dime que dormirás en mi cama —exijo, en voz baja y áspera.

Necesito que ella desee esto. Necesito que me desee a mí. Además, tengo que descifrar a esta maldita mujer. Su reacción siempre está cambiando. Es como perseguir una sombra, como tratar de clavar humo a la pared. Me deja entrar en su espacio, pero

luego me mira como si tuviera fuego para quemar. Actúa como la esposa perfecta y obediente y luego me lanza miradas asesinas.

Sus labios se contraen, casi en una sonrisa.

—Si lo requieres —responde, y las palabras suenan sumisas pero un filo de acero las atraviesa.

Su mezcla de obediencia y desafío me está volviendo loco, y casi tiro del lazo que mantiene su vestido en su lugar. Casi.

—Dime que quieres hacerlo.

No me refiero solo a dormir en mi cama. Me refiero a nosotros. A nuestro matrimonio. Pero sé que es un riesgo. Un empujón, un desafío.

Me alejo lo suficiente para leerla. Ella no se mueve. Cuando finalmente parpadea, sus pestañas atraen mi mirada.

—¿Quieres que mienta? —pregunta, en voz baja y suave.

No son las palabras las que me golpean. Es la maldita forma en que las dice, como si me estuviera desestimando con la verdad. Como si yo fuera el que no ve las cosas con claridad.

Esta mujer está loca. Enigmática como el infierno. En la superficie, parece dócil, tal vez incluso pasiva. Pero lo creo cada vez menos con cada minuto que pasa. Está jugando conmigo, y no sé cómo. ¿Quién diablos es ella? Esta esposa mía que se supone que está aquí porque su padre lo exigió, porque no tuvo elección.

—Eres mi esposa, mujer. Dime que quieres dormir en mi cama.

—¿Qué cambiaría eso? —pregunta.

Fría, compuesta. Imperturbable. El destello inicial de miedo —esa única grieta que vislumbré en sus ojos cuando la acorralé contra la pared por primera vez— ha desaparecido hace tiempo.

Es la tensión, un cable vivo entre nosotros, lo que hace que sus palabras suenen como un desafío. Me muero por cerrar el espacio entre nosotros, por tirar del lazo que mantiene su vestido en su lugar, por abrirlo de un tirón y ver qué hace entonces. Pero no puedo descifrarla, y eso me está volviendo aún más loco que el hecho de que estoy listo para sangrar de deseo. ¿Quién es ella?

¿Qué es ella? Esta mujer que se balancea entre la rendición y el desafío.

—No cambia nada. Me perteneces ahora, Besiana. No lo olvides nunca.

Me inclino, dejo que mi muslo presione contra ella, y siento su calor. Observo cómo salta su pulso. Cómo se separan sus labios. Su vestido es lo suficientemente suelto como para deslizarse y abrirse, y su piel se ve tan suave debajo, como si pudiera dejar mi marca en ella con solo un susurro de mi mano. Quiero hacerlo. Dios, quiero hacerlo. Pero necesito que ella también lo desee.

—¿Qué quieres? —pregunta, pero escucho lo que realmente quiere decir. ¿Qué quieres de mí?

Mi mano encuentra el borde de su vestido, seda bajo mis dedos. Lo jalo lo suficiente para ver el destello de piel debajo. Lo suelto y dejo que la tela se cierre de nuevo.

No la entiendo. La chica que aceptó este matrimonio sin pelear. La chica que dejó que su padre la vendiera como un par de zapatos robados. La chica que me deja acorralarla contra una pared y ni siquiera se inmuta. Finge jugar a ser la víctima, pero no es más que fuego. No la entiendo. Me está volviendo loco.

Pero no importa. Nada de esto importa. Nuestro matrimonio es solo una tregua, una forma de mantener la paz con su familia mientras lanzo Iride. Una forma de dejar de preocuparme por los albaneses mientras aseguro todo lo demás.

Sus ojos se estrechan como si supiera lo que estoy pensando. La toco de nuevo, mi mano firme en su pierna esta vez, mis dedos encontrando el calor en el borde de su vestido. Inhala bruscamente, pero no me aparta. Tampoco me acerca, que es lo que necesito que haga. Que admita que me desea. Que lo suplique.

La miro y veo el fuego. Veo la obediencia. ¿Cuál es real?

Inclina la cabeza hacia atrás contra la pared y deja ver la suave línea de su cuello. Me deja ver el latido de su pulso. Me deja sentirlo. Me vuelve loco. Siento la sonrisa que esconde. Es pequeña, como el filo de un cuchillo.

Mi boca está casi sobre ella, a solo un aliento de distancia. Es mi esposa, y quiero tomarla, arruinarla, hacer que me desee. Lo quiero más de lo que debería. Lo quiero más que nada.

Pero ella permanece en silencio. Lo dice todo sin decir una palabra.

Pero no puedo dejar que tenga el poder. Así que le recuerdo con quién se casó. Inclinándome cerca, le susurro al oído.

—No avergüences a la familia —digo.

Solo importa que no arruine el apellido Rosetti. Solo importa que se mantenga en línea. Eso es todo lo que me importa. No el calor de su piel o la mirada en sus ojos o que no pueda descifrarla o lo jodidamente duro que me pone.

Doy un paso atrás.

La comisura de su boca se eleva una fracción de pulgada, revelando el borde de esa sonrisa oculta. Esa maldita sonrisa de cuchillo.

—Cobarde —susurra.

Esta mujer no conoce el miedo. Ni siquiera se inmuta.

La deseo. Ella sabe que la deseo. La forma en que me mira con esos ojos luminosos y esa media sonrisa, es suficiente para quitarle los huevos a un hombre. Está jugando a hacerse la fría, y no puedo dejar que esta maldita mujer gane.

—Cámbiate y ve a la cama —le ordeno, bruscamente.

Me regala un segundo más de su mirada ardiente, luego, como la esposa obediente, asiente con gracia y tira del lazo de su vestido cruzado.

Esta es la parte en la que un caballero tendría la decencia de alejarse. Darle espacio para cambiarse en privado, darle la espalda y dejarla sola en la habitación mientras espera a que ella interprete el papel de buena esposa. Pero yo soy bueno dando órdenes, malo siguiéndolas. Y no soy ningún caballero.

La deseo más que mi próximo maldito aliento. Sé que ella lo sabe. Ella me observa. Yo la observo. Ella lo usa. Estoy clavado en el lugar, fijo en este punto donde puedo verla toda. Me convierto en el

hombre más débil del mundo, porque incluso ahora, incluso cuando es evidente que está a punto de desvestirse, no me muevo.

La tela se afloja al tirar de sus dedos, y no podría alejarme aunque lo intentara. Estoy pegado al suelo, mirando fijamente, mientras ella abre su vestido de seda y se encoge de hombros para dejarlo caer a sus pies. Se para frente a mí con un conjunto de sostén y bragas color durazno, y me toma cada gramo de autocontrol no empujarla contra la pared y follarla allí mismo. Juro que me está provocando deliberadamente. Mi mandíbula está tensa, mis músculos tensos, y mi verga es un cable vivo en mis pantalones. Ella sabe que no la tocaré. Lo sabe maldita sea y lo está usando en mi contra.

—Mi ropa está en la otra habitación —dice, sacando una cadera y resaltando esas malditas curvas.

La visión de ella es irreal, labios entreabiertos, piel resplandeciente. Su cuerpo es lo único que puedo ver. Ni siquiera parpadeo.

Solo me quedo ahí parado, y la miro fijamente.

Dejo que el silencio se extienda entre nosotros. Dejo que ella me vea mirarla, firme y sin parpadear. Ella me permite absorber la vista de su cuerpo, medio desnuda, los finos tirantes de su sostén curvándose sobre sus hombros, las bragas a juego apenas cubriendo lo que deberían.

—Necesito cambiarme —dice de nuevo, como si fuera ella quien diera las órdenes por aquí.

—Siéntete libre de quitarte el sostén. O puedo quitártelo yo. En cuanto a esas bragas... —Me acerco, solo un paso, y me complace ver una chispa de fuego en sus ojos.

Me acerco más, invadiendo su espacio. Estoy a un paso de acorralarla contra la pared, de besarla hasta quitarle el aliento y ver qué hace cuando no puede respirar, cuando cada gramo de su control se ha ido, para ver si realmente es tan indiferente como quiere hacerme creer. Estoy a un paso de perder mi último vestigio de paciencia y arrancar la tela de su cuerpo.

—¿Puedo pedir prestada una camiseta? —pregunta.

Tres palabras. Solo esas tres palabras saliendo de su boca y estoy perdido. Es su tono casual lo que me destroza. La imagen de ella con una de mis camisetas es casi suficiente para hacer que mi verga explote. Sus pezones presionando contra la tela, frotándose fuerte hasta que estén lo suficientemente duros para verse. El dobladillo rozando sus muslos, mi olor cubriendo su piel. Mi mandíbula está tensa, mis músculos tensos, y no puedo hacer nada más que seguir el comando en su voz. Ya no me importa quién esté dando las órdenes ahora.

Sin decir palabra, me dirijo a mi armario. Necesito un segundo para respirar, un segundo para controlarme. Agarro una de mis camisetas limpias y se la lanzo. Ella es pésima atrapando, y cae al suelo detrás de ella. Cuando se inclina para recogerla, me da una perfecta vista de su trasero redondo, y puedo ver una línea oscura de humedad en sus bragas color durazno. Casi me corro en mis malditos pantalones. Se cambia lentamente porque sabe exactamente lo que me hace. Está tratando de volverme loco, y está funcionando.

Se mete en mi cama, donde pertenece, y se cubre como si no acabara de desnudarse frente a mí, como si no se hubiera tomado su tiempo haciéndolo. No me muevo. No respiro. Me quedo justo donde estoy. Ella me mira. Yo la miro. Esto debería ser fácil. Pensé que lo sería. No lo es. Casarme con ella se suponía que resolvería el problema de los albaneses para poder concentrarme en Iride, se suponía que simplificaría mi vida.

Tengo la sensación de que no será así. Tengo la sensación de que lo hará jodidamente difícil.

6

Besiana

Un destello brillante se cuela entre las pesadas cortinas y baña la cama vacía. Se ha ido, dejando solo sábanas frías. Pasé la noche temiendo que mi esposo me tocara y deseándolo al mismo tiempo. Destrozó mi cuerpo sin siquiera intentarlo. Alivio mi tensión sexual, trabajando con mis dedos entre mis muslos, luego tomo una ducha larga y caliente. Cualquier cosa para borrarlo de mi mente.

Me deslizo de vuelta a mi propia habitación, evitando mi reflejo en los vastos y dorados espejos. Probablemente Domenico quiere que me vista como una princesa de la mafia, toda minifaldas con lentejuelas y chaquetas de piel, pero hasta que me lo ordene, no es estrictamente necesario. Así que me cambio a un vestido de Zuhair Murad, uno de mis diseñadores favoritos, un llamativo número negro con recortes geométricos en las mangas. Me siento yo misma, como Besiana Dushku en lugar de la esposa Rosetti que pretendo ser.

Salgo de puntillas, tratando de que mis pasos no hagan eco en esta mansión sin vida. El silencio se rompe cuando escucho voces abajo, y me congelo, mis instintos gritando que evite el conflicto. Pero respiro hondo y me obligo a dirigirme hacia el sonido, donde me encuentro nuevamente con dos de los hermanos Rosetti. Me concentro en recordar sus nombres, porque esta familia es una

prueba, y fallar no es una opción. Carmela, la más joven y la única hermana. Y Emilio, uno de los gemelos, el callado.

—¡Eh, cariño! —Carmela me ve y se acerca rebotando con una gran sonrisa. Sus rizos salvajes bailan con cada paso—. ¡Mira quién decidió unirse a nosotros!

Me agarra del brazo y me arrastra al centro de la habitación, demasiado fuerte para ser tan pequeña. Me pregunto si todos van a ser así de falsamente amistosos. Es aterrador de una manera diferente.

Rápidamente escaneo la habitación. Son solo Carmela y Emilio, no hay otros Rosetti escondidos en las esquinas. No estoy buscando a Domenico, obviamente. No podría importarme menos dónde está. Me alegro de que no esté aquí. Puede ir a aterrorizar a alguien más. Carmela lleva un dulce vestido rosa de verano, desparramada en un sofá, y agradezco a Dios que Dom no esté holgazaneando con ella. Tal vez está en la cocina... Doy unos pasos y miro alrededor de la esquina.

Un hermano Rosetti dobla la esquina, casi chocando conmigo. Mide 1,88 metros y es larguirucho, con una sonrisa con hoyuelos y cabello castaño rojizo que parece que acaba de pasarse la mano por él.

—¿Estás buscando a Dom? —pregunta—. ¿O solo viniste a pasar el rato conmigo?

Es Matteo, el otro gemelo, aunque no se parecen en nada. Matt tiene una sonrisa pícara, la misma que llevaba en la boda, y ya puedo decir que es un encantador, un hablador suave. El playboy de la familia. Es un buen cambio de tanto ceño fruncido.

—No estoy buscando a Dom —digo, demasiado rápido.

Matteo se ríe.

—Eso es suerte porque está fuera. Se fue con Leonardo y Eleanor. Por negocios —dice la última palabra lentamente como si se supone que debe asustarme—. No volverá hasta tarde.

—¿Así que estará fuera todo el día? —pregunto, mordiéndome el labio.

—Sí —Matteo salta al sofá junto a su hermana, dándole un toquecito con los dedos—. Pensé que te alegrarías de deshacerte de él.

—Lo estoy —digo.

Definitivamente. Absolutamente. No podría estar más feliz de que mi nuevo esposo me haya dejado sola en una casa llena de mis enemigos.

Carmela inclina la cabeza, sus rizos rebotando con el movimiento.

—No pareces contenta.

—Dormiste tanto que pensamos que estabas muerta —grita Emilio desde el otro lado de la habitación, reclinándose en un sillón.

Con su expresión en blanco y sus jeans y sudadera discretos, Emilio casi desaparece entre todo este lujo. Como el resto de ellos, es molestamente guapo, aunque a diferencia de sus hermanos, parece desinteresado en dominar la habitación.

Está recostado con la tranquilidad de alguien que lo sabe todo, y me pregunto si es así. Si ya ha descubierto mis secretos. Tal vez sea de él de quien debo tener más cuidado.

No es de extrañar que lo llamen "el Fantasma".

—Es bueno saber que sobreviviste la noche, Besiana —agrega Emilio, con un guiño lascivo.

—Puede que no sobreviva el día —murmuro, escaneando la habitación.

Los otros hermanos son demasiada testosterona y músculo en un solo lugar. Estoy nerviosa alrededor de Emilio, y Rafe me da náuseas directamente. Dobla la esquina, caminando como si estuviera en una misión, y cuando me ve, sonríe. Es aterrador.

—Buenos días, Besiana —dice Rafe, su voz un bajo retumbar que me hiela. Puede que sea educado, pero sigue siendo enorme e intimidante. Todos esos músculos son para romper cosas.

—Hola —logro soltar en un chillido.

—Pensamos que ibas a dormir todo el día —bromea Carmela, pasándose una mano por los rizos—. ¿Dom te mantuvo despierta hasta tarde?

Emilio le lanza una mirada, un rápido no-empieces-algo-que-no-puedes-terminar. Me recuerda a la escuela, pero más cálido. Como si realmente pudieran gustarse. Eso hace que sea aún más difícil sentarse ahí con ellos, sonriendo y fingiendo que soy una de ellos.

—No, yo... —Olvídalo. No necesito explicarme ante mis rivales. Estoy aquí por una razón, y no la lograré holgazaneando—. Solo voy a explorar un poco, si está bien.

—Claro —dice Rafe.

—Te mostraré los alrededores —ofrece Carmela, pero la rechazo.

Emilio solo me observa con esos ojos grises.

—Avísame si quieres compañía —Matteo me guiña un ojo mientras salgo de la habitación—. Soy mucho más divertido que mis hermanos.

Deambulo por los pasillos, fríos y estériles, con arte como el de mi padre en las paredes. Mis instintos me gritan que averigüe sobre Iride, que le dé una actualización a mi padre. Si fallo, sé exactamente lo que pagaré, así que finjo explorar la casa, todo el tiempo buscando información.

Habitación tras habitación, no encuentro nada. Mi corazón late más rápido con cada búsqueda inútil, el miedo familiar goteando a través de mí mientras las paredes hacen eco de mis pasos. Cuando llego a otro pasillo imposiblemente largo, finalmente veo la primera señal de vida. Una nota dejada en una mesa lateral. No es más que un recordatorio sobre una reunión con un químico, pero la agarro como un salvavidas. No es mucho, pero es un comienzo.

Decido preguntarle a Dom sobre eso más tarde si puedo hacerlo sonar natural. *Oye, esposo, ¿dónde guardas a ese genio de la química que todos están tratando de encontrar?*

Renuncio a mi misión y me dirijo de vuelta hacia donde dejé a los Rosetti relajándose.

Incluso el pensamiento de decepcionar a mi padre cuando se entere de esto hace que el pánico se hinche en mi pecho, y trato de reprimirlo, de reprimir todo. Necesito respirar, aunque sea solo por un minuto.

Cuando llego a la sala de estar, solo está Carmela recostada en el sofá. Gracias a Dios. Me hundo en los cojines frente a ella, finalmente capaz de exhalar.

—¡Volviste! —exclama Carmela—. ¿Encontraste el camino?

Estoy a punto de responder cuando escuchamos a dos de los hermanos ausentes antes de verlos. Irrumpen en la habitación, discutiendo tan fuerte que me sorprende que el vidrio no se rompa.

—¡Es tu desastre, Matt! —dice Rafe. Tiene una mirada asesina en los ojos.

Matteo sonríe, enfureciendo aún más a Rafe.

—Si no te gusta cómo lo estoy manejando, hazlo tú mismo.

—¿Por qué no me sorprende? —La voz de Rafe retumba por la habitación. Le lanza una mirada furiosa a su hermano, sus ojos helados se estrechan hasta convertirse en rendijas—. Nunca pones a esta maldita familia primero. —Con eso, pasa junto a nosotros como una tromba, sus pesados pasos resuenan mientras se dirige directamente hacia la puerta, sus músculos tensos y listos para pelear.

Me encojo instintivamente, acurrucándome en los cojines mientras me preparo para una inevitable explosión de temperamentos Rosetti. Una discusión sobre lealtad está destinada a terminar en un baño de sangre, y no quiero ser parte de ello. Escaneo la habitación frenéticamente, comprobando la distancia a las salidas más cercanas, calculando si sería más rápido salir por el vestíbulo delantero o correr hacia la cocina.

Pero la habitación está incómodamente silenciosa. Levanto la vista y, para mi sorpresa, todos me están mirando. La discusión se ha desvanecido, como si se hubieran olvidado por completo.

—¿Qué pasa, cariño? —susurra Carmela, con ojos suaves y curiosos.

—No es nada. —Me siento más erguida para demostrarlo.

—Estás temblando como una hoja. —Posa una mano en mi brazo, y me aparto bruscamente, pero intento disimularlo con una tos.

Niego con la cabeza, pero las palabras salen a borbotones.

—Mi padre siempre decía: "Los huesos rotos son más fáciles de reparar que la lealtad rota". Supongo que simplemente pensé que este iba a ser uno de esos momentos.

—¿Uno de qué momentos? —pregunta Matteo.

Me encojo de hombros.

—Oh, ya saben, una oportunidad para aprender con los puños, como diría Baba.

Las cejas de Carmela se elevan, y lanza una mirada furtiva a Eleanor.

—Así no es como funciona aquí.

Mis manos no dejan de temblar, así que las meto debajo de mis muslos.

—Esta es la mafia, ¿no?

Carmela y Matteo se miran como si hubiera contado un chiste en el idioma equivocado.

Incluso Rafe parece confundido. Resopla.

—Peleamos. Es familia.

—A veces nos ponemos físicos —agrega Matteo con una sonrisa maliciosa.

—Pero el amor viene primero —Carmela tira de un rizo suelto—. Eso es lo que cuenta.

Lo dice como si fuera así de simple. Como si el amor fuera suficiente para mantener intactos los huesos y las lealtades. Me pregunto si eso puede ser cierto. Lo dudo.

Sacudo la cabeza para aclararla y saco las manos de debajo de mis piernas, colocándolas cuidadosamente sobre el cuero a mi lado. No importa qué juegos mentales estén jugando estos Rosetti conmigo, yo sé cómo funciona mi propia familia, y debo mantener a Baba feliz, o si no. Así que aparto mis pensamientos sobre los Rosetti y dirijo mi mente hacia Iride. Eso es algo que puedo entender.

7

Domenico

El frío de Manhattan me abofetea la cara al abrir la puerta de la limusina. El pavimento brilla por la lluvia. Octubre en Nueva York. La noche huele a escape, el viento aúlla por la calle. Acerco a Besiana a mi lado mientras subimos los escalones del Met, nuestros zapatos resuenan en el concreto mojado. Ella tiembla un poco en su vestido, y siento los ojos de la ciudad sobre nosotros: voraces, expectantes. Su cabello oscuro es como tinta contra su piel desnuda. Sus tacones podrían ser armas. Esta es una prueba para ambos. Mi mano aprieta la suya con más fuerza. Los flashes explotan a nuestro alrededor, y sigo caminando. Quiero que miren. Quiero que la vean, que sepan que es mía.

Adentro, la gala se despliega, todo brillo, ruido y luz. Las arañas cuelgan del techo, derramando oro sobre la multitud de abajo. Hombres en esmoquin y mujeres con vestidos que valen más que la vida de algunos hombres. La risa y la música ahogan el aire, mezclándose con el aroma del champán y el perfume caro.

Pero todo lo que veo es rojo. El vestido de Besiana. El escote bajo la hace parecer expuesta, casi frágil, pero hay fuerza en la forma en que se mantiene, con la cabeza alta y la espalda recta. Es perfecta. Más que la hija del enemigo de mi padre. Más que una obligación.

Me inclino hacia ella, mi boca en su oído, observando cómo se prepara para mis palabras.

—Hagamos que hablen —digo.

Sus ojos se alzan hacia los míos, fríos y compuestos.

—Pensé que no te gustaban los chismes.

—No me gustan —digo, llevándola a través de la sala—. Pero es hora de que sepan quién eres.

Ella no se resiste. Nos abrimos paso entre el mar de gente, y las miradas nos siguen, hambrientas y sorprendidas. Probablemente no creían que el heredero Rosetti se casara tan rápido. Besiana está demasiado tranquila, demasiado serena, y me pregunto cuánto de esto es una actuación. Quiero ver qué hay debajo de eso, debajo de ella.

Tomo una copa de champán para Besiana de una bandeja que pasa y pido un whisky para mí.

—Quédate a mi lado —le digo—. Te quiero donde pueda tocarte. —Sin embargo, no la toco, aún no se lo ha ganado.

Nunca le he dicho eso a otra mujer, pero quiero ver cuán obediente es mi nueva esposa. Hasta dónde puedo empujarla antes de que me muerda y me muestre ese fuego que sé que se esconde bajo la superficie.

—Por supuesto, Domenico —responde serenamente, sin vacilar ni un momento.

—No le sonrías a nadie a menos que yo les hable primero.

Puede que no lo sepa, pero mi esposa está rodeada de depredadores, de mentirosos encantadores y jugadores de poder. Y no me refiero solo a mí.

—Ciertamente. —Sorbe su champán y mira alrededor con una expresión benigna, completamente intacta por mis órdenes.

Su obediencia me desconcierta. Cada petición, cada demanda, ella no vacila. Pensé que esto sería diferente, que se resistiría, que el fuego que vi antes no fue solo una casualidad. Me hace querer presionar más fuerte, ver si se quebrará, ver qué está escondiendo.

La pruebo de nuevo. Su aceptación me atraviesa más que la desafío lo haría.

Cuando un cuarteto de cuerdas comienza y los invitados más audaces empiezan a balancearse, me inclino hacia adelante y susurro al oído de mi esposa:

—Baila conmigo. Solo conmigo.

Su obediencia es desconcertante y embriagadora, especialmente porque sé que esconde fuego. ¿Hasta dónde me dejará empujarla? ¿Quién será cuando rompa esa calma helada? ¿Cuánto tiempo pasará antes de que la chispa prenda y muestre sus verdaderos colores? No lo sé, y es emocionante.

La atraigo hacia mí mientras la música se intensifica, ambos moviéndonos al unísono. Su cuerpo pegado al mío envía un mensaje a la multitud, uno que resuena más fuerte que las notas: posesión. No hay ni una pizca de romanticismo en la forma en que la hago girar por la pista, solo pura exhibición. Ella es más que una esposa; es una declaración. Una afirmación. Que vean. Que se pregunten cómo logré poner mi anillo en la princesa de la mafia albanesa tan rápido.

Mis labios rozan su oreja, y sé que debe sentir el calor de mi piel.

—Bailas bien —murmuro.

—Por supuesto —responde suavemente, sin siquiera parpadear—. Me entrenaron en todas las artes de la alta sociedad. Y de la vida familiar.

Su voz es como hielo, enfatizando *familiar* de una manera que me dice exactamente a cuál se refiere. La albanesa. No solo su dulce mamá y papá. Hay un toque de arrogancia en la forma en que lo dice, como para recordarme que no es solo un trofeo. Recordarme quién es realmente debajo de ese hermoso exterior.

Incluso mientras la atraigo más cerca y la música nos envuelve, ella permanece perfecta. No hay fracturas en Besiana. Sin grietas. Sus hombros están erguidos y su barbilla alta, su rostro como porcelana. Sigo esperando que vacile, que muestre algún signo de debilidad, pero es impecable, y eso me hace aún más hambriento

por saber qué está escondiendo debajo de esa superficie prístina. Cada momento de silencio entre nosotros estira la tensión más fuerte, y deseo que diga algo, cualquier cosa, solo para poder observar esos ojos fríos y calculadores en busca de una pista de lo que realmente está pensando. Lo que realmente está sintiendo.

La pruebo de nuevo, mi voz baja.

—¿Todas las artes? ¿Incluyendo la seducción?

La hago girar, atrayéndola hacia mí con una fuerza que envía un mensaje. Esto es poder. Esto es dominio. Esto soy yo. Su pecho presiona contra el mío, y juro que puedo sentir su latido, constante e imperturbable. Es enloquecedor.

Ella parpadea con una dulzura burlona que casi me hace reír.

—Por supuesto. Y combate cuerpo a cuerpo. —Sus palabras cortan a través de la música, llegando directo a mi núcleo.

Ahí está. Un destello de calor en su mirada, un resplandor que rompe su exterior controlado. Veo el fuego, real y vibrante. Me golpea con fuerza, me excita, y me deja queriendo más. Me hace querer conquistarla, quitarle esas capas hasta que yo sea lo único en lo que está pensando, hasta que esté sin aliento y suplicando.

Me toma toda mi fuerza alejarme antes de arrancarle ese vestido rojo. Este no es el lugar para mostrarle cuánto quiero poseer cada centímetro de ella. Aún no. No puedo dejar que la ciudad murmure sobre los huevos azules del heredero Rosetti días después de la boda.

La guío a través de la multitud nuevamente. Más rostros se voltean. La gente murmura nuestros nombres. Ella interpreta el papel de la esposa perfecta demasiado bien. Se para a mi lado, sonriendo cuando debe sonreír, callada cuando debe estar callada. Un accesorio, hermoso e inquebrantable.

Un par de tipos aburridos del sector inmobiliario se acercan y se los presento a Besiana. La observo de cerca y me complace ver que no les sonríe hasta que yo hablo. La dejo quedarse con los promotores inmobiliarios y sus esposas mientras busco a mis hermanos, cada mirada que le echo hace que apriete más la

mandíbula. Todavía está serena y compuesta cuando los encuentro. Raffaele tiene una bebida en la mano y me mira con una sonrisa cómplice.

—No pensé que vendrías —dice, apoyándose en una columna como si fuera suya. Sus guantes negros de cuero no combinan con el esmoquin, pero le quedan bien.

—No todos tenemos el lujo de ignorar al jefe —respondo, lanzando una mirada a Matteo y Emilio, que están inmersos en una conversación y apenas me prestan atención.

Rafe resopla. —¿Te refieres a Salvatore o a la mujer?

Lo ignoro y doy un largo trago. —Tenemos que hablar sobre la distribución de Iride.

—Tenemos que sacarlo a las calles, Dom —dice, sin sonreír ahora —. Podemos moverlo rápido. Ganar un montón de dinero.

—Hacer un desastre, querrás decir —replico—. Esto se queda en lo exclusivo. Bajo perfil. Solo clientes ricos. Clientela exclusiva con bolsillos profundos que saben cómo mantenerse fuera de problemas.

Entrecierra los ojos, azul hielo y cortantes. —Es demasiado lento. Demasiado suave, carajo.

—Lo mantiene bajo control —digo—. Evita que se ponga feo.

—Es una maldita droga, no un cachorro —responde Rafe.

Sigue con más estupideces, pero estoy demasiado distraído para escuchar. Besiana ha estado rechazando educadamente invitaciones para bailar, pero ahora está hablando a solas con uno de los magnates inmobiliarios, sin rastro de las malditas esposas. Y se está riendo. Demasiado cerca de otro hombre. El sonido de su risa atraviesa la habitación y mi agarre se tensa alrededor del vaso.

—Es mi puta decisión, Rafe —escupo.

Estoy a medio camino de Besiana antes de que termine, con mi atención puesta en ella y el hombre a su lado. Él está hablando demasiado, gesticulando con las manos como si tuviera derecho a ponerlas tan cerca de mi esposa. Su risa es brillante, casi real, y los celos se encienden agudos en mi pecho. No debería estar cerca de ella. Nadie debería. No me importa un carajo si armo una escena.

Entonces la música cambia y su rostro se congela. Se ha puesto blanca, todo el color desaparecido. Su sonrisa se desvanece y ya no se está riendo. Parece que no puede respirar. Me olvido del hombre y me concentro en ella. Mi propia respiración se entrecorta y estoy frente a ella antes de darme cuenta, con mi mano en su brazo.

—Besiana.

Sus ojos están muy abiertos, vacíos. —Dom...

—¿Qué pasa? —pregunto. Escaneo la habitación como si pudiera destruirla con la mirada.

La música. El cuarteto de cuerdas ha cambiado de canción. Reconozco la melodía, baja y cadenciosa.

Está temblando y mi pecho se retuerce.

—Besiana.

—No puedo... —Está jadeando por aire, con la mano en la garganta—. No puedo estar aquí dentro.

El hombre empieza a decir algo, pero le lanzo una mirada que le cierra la boca. Rodeo a Besiana con mi brazo y la dirijo hacia la puerta. La multitud se desdibuja mientras nos abrimos paso, y luego la noche nos golpea de nuevo, fría y cruda.

Nos quedamos bajo la cubierta de la entrada y ella se apoya contra la piedra, respirando con dificultad. Nunca la había visto así, expuesta y rota. Algo dentro de mí se quiebra.

—Háblame —digo—. ¿Ese hombre te dijo algo? Lo voy a matar...

—Estoy bien —dice, pero es una mentira, está escrito en todo su cuerpo.

—Patrañas —No me importa si mi voz suena áspera—. ¿Qué fue eso?

Mira hacia otro lado, con un temblor aún en sus dedos. —Esa canción.

—Continúa.

—No la había escuchado desde que era niña —Su voz se quiebra un poco, y el sonido es peor que cualquier cosa—. Era la favorita de mi madre.

Las palabras me golpean y entiendo. —Tu madre murió cuando eras joven.

Su rostro se desmorona y la atraigo con fuerza contra mí, acurrucada en mi pecho donde pertenece, y envuelvo mi chaqueta alrededor de sus hombros desnudos, envolviéndonos a ambos. Tengo la mandíbula tan apretada que me duele. Todavía puedo oír la música dentro, el sonido amortiguado que me envuelve. Debería preocuparme más por el trato, las drogas, por mis hermanos que aún están adentro. Pero todo lo que me importa es la mujer frente a mí, la forma en que su compostura se desmorona, la forma en que se recompone.

La sostengo hasta que deja de temblar, sintiendo que mi corazón se encoge. Tal vez hay más que solo fuego debajo de su máscara. Mi esposa fría como el hielo alberga una gama de emociones secretas, y quiero entender cada una de ellas.

8

Besiana

Las sábanas son de seda y suaves, y serían un sueño si mi mente simplemente se apagara. Pero me quedo acostada, con los ojos cerrados, recordando el rostro de mi madre, sus ojos tiernos y la canción que me hizo recordar. Incluso con él a centímetros de distancia, tal vez porque está a centímetros de distancia, estoy demasiado tensa para dormir. Estoy en una red de la que no puedo desenredarme, atrapada y un poco embriagada por la sensación. Necesito respirar. Pensar. Estar sola.

Me deslizo fuera de la cama, el mármol frío bajo mis pies. Dom se mueve pero no se despierta, su respiración es constante y tranquila. Lo envidio por eso, por estar tan controlado incluso mientras duerme. Pero no es solo el sueño lo que envidio. Lo envidio por estar tan seguro de lo que quiere.

Mientras salgo de puntillas, miro hacia atrás su silueta, ancha e inmóvil contra las almohadas. Mi pecho se aprieta, una presión que no desaparece, y cierro la puerta casi sin hacer ruido. Bajo por el pasillo hacia mi propia habitación, donde me quito el vestido de seda rojo y lo dejo caer al suelo. Una rebelión, esta escapada nocturna y el descuido del vestido tirado allí como algo muerto. Me pongo unos jeans Armani y una blusa, deslizándome en la comodidad de alguien que reconozco.

El aire afuera está fresco, un fuerte contraste con el calor estancado de la mansión. Las luces de seguridad se encienden cuando paso, y me meto en un auto, forzando una sonrisa para los guardias y dando una excusa frívola por salir. Asienten, sin cuestionar. Ahora soy la señora de la casa, aunque el título me pese como una carga. Saben que es mejor no preguntar.

Me deslizo por la puerta, pasando las altas vallas, la vigilancia, los guardias de negro. El suave ronroneo del auto es casi demasiado silencioso para mi mente frenética. Las palabras de mi padre resuenan en mi cabeza como un disco rayado: los huesos rotos sanan más fácilmente que la lealtad rota. Aprieto los dientes.

Las calles están oscuras y vacías. Me encanta la ciudad de noche. La ilusión de espacio en un lugar que se siente tan abarrotado durante el día. Las luces pasan borrosas mientras me dirijo hacia Brooklyn, hacia un viejo refugio donde a nadie le importan los linajes, los anillos o la lealtad. La princesa Dushku jugando a disfrazarse, soltándose el pelo. Me río en voz alta, el sonido agudo y hueco en el capullo del auto. Hace meses que no voy al bar. ¿Me reconocerá el cantinero?

Las tenues luces del bar son como un cálido abrazo cuando entro, la pesada puerta crujiendo en señal de bienvenida. El humo flota en el aire, mezclándose con el sudor y el sabor del whisky barato. No está lleno, pero hay suficiente gente como para perderme entre ella. Encuentro un asiento en la barra, ignorando las miradas curiosas, y pido un trago. Bourbon. Solo. No hay ojos sobre mí, así que puedo beber lo que se me dé la gana.

El primer sorbo quema, y lo saboreo. Dejo que pique mientras baja. Me hace pensar en ella, en mi madre, en Valmira y sus vestidos sencillos y ojos gentiles. Mami, la llamaba, pero nunca fue solo una mamá. Era una mujer con un cuchillo y una vida que nunca pudo vivir. Igual que yo, solo que más suave. Más amable. Me pregunto si habría terminado así si ella hubiera estado para ayudarme.

Otro sorbo, y dejo que el calor ahuyente el fantasma del aliento de Dom en mi cuello. Dejo que adormezca el nudo apretado de ira y anhelo que ha estado retorcido dentro de mí desde la gala de esta noche. Desde que sonó esa canción. Desde siempre.

Debería haber venido sin estas joyas que gritan dinero Rosetti. Me quito el enorme anillo de compromiso, la alianza también, y los meto en mi bolsillo. Un desafío para cualquiera que se atreva a llamarme propiedad.

Mi vaso está vacío, y estoy a medio camino de embriagarme cuando el cantinero pone otro frente a mí. —Invita la casa —dice, sus ojos demorándose en mi rostro, buscando un nombre que coincida.

—¿Es esta la parte donde finges que no me recuerdas? —pregunto, levantando el vaso—. ¿O la parte donde me cortas porque estoy armando un escándalo?

—Cortarte significa más trabajo para mí —dice, volviéndose para atender a otro cliente.

Se siente bien estar aquí, ser anónima y un poco salvaje. Como si estuviera tomando prestada la vida de alguien más por la noche. Pero nadie sabe mejor que yo que las cosas prestadas siempre tienen que devolverse.

Miro fijamente el trago, y mi mente vuela hacia Dom. A lo furioso que estaría si me viera así. Quiere que sea algo que no puedo ser. Dócil. Obediente. Como uno de sus elegantes autos o esa maldita casa, todo acero y vidrio y sin lugar donde esconderse. Está tan jodidamente seguro de sí mismo, y no lo soporto. Tomo un largo sorbo, desafiante, y lo saco de mi mente.

No tiene idea de lo que es ser parte de mi familia, cómo el fracaso no es una opción y sobrevivir es un milagro. Cómo mi padre se asegurará de que pague si no le consigo información sobre Iride, y rápido. Huesos rotos, lealtad rota. Las palabras resuenan de nuevo, y las ahogo con otro trago.

La puerta se abre de golpe, y una ráfaga de aire frío corta a través del bar. Un par de tipos me miran, evaluando si intentarlo.

Hago contacto visual con uno, y se acerca. Cabello rubio, bien afeitado. Probablemente veintiún años con suerte. Parece fuera de lugar de una manera universitaria, y pienso que podría ser divertido jugar con él. Me preparo para una frase más entusiasta que ingeniosa.

—¿Te invito un trago? —pregunta, apoyándose casualmente en la barra. Su confianza me divierte.

—Nunca digo que no al alcohol gratis —respondo, y él le hace una señal al cantinero.

—Dobles, de lo que ella esté tomando —dice, acomodándose en el taburete a mi lado. Espero más insistencia, un coqueteo, pero es solo un chico tranquilo, sincero y tratando de hacerlo bien.

Llegan las bebidas, y levanto mi vaso.

—Por las noches largas y las malas decisiones —digo, bebiendo el trago de un golpe.

Él sonríe y hace lo mismo.

—¿Vienes aquí a menudo? —pregunta, su voz apenas se escucha entre el ruido.

—Solía hacerlo —digo—. Antes de casarme y volverme aburrida.

Trato de ignorar la punzada de culpa por estar aquí. La emoción de estar aquí de todos modos.

—Qué suerte tiene ese tipo —dice, con el tipo de sinceridad fácil que me hace sentir imprudente. No es amenazante, y podría hablar con él durante horas y no importaría—. Entonces, ¿por qué estás bebiendo sola?

—¿Estoy sola? —bromeo, levantando una ceja.

Él se ríe, y veo que baja la guardia. Esto tampoco es lo que él esperaba.

—Ya no —dice.

Bebemos, y balbuceo más de lo que debería, sobre Dom y mi padre y la sensación de estar atrapada. Sobre lo jodidamente molestos que son los hombres y cuánto estoy disfrutando desafiarlos. Él asiente, un buen compañero que solo quiere que siga bebiendo.

Otra ronda y mi cabeza da vueltas de la mejor manera posible. Pienso en la canción de Mami, y en cómo la música te hace sentir incluso si no quieres. Pienso en mi padre, que no me dejará fallar. En Dom, que no me deja respirar. Y por un momento, no me importa.

La puerta se abre de golpe y entra una ráfaga de aire frío. Un hombre llena el marco y todo se detiene. Es Dom, y está furioso, oscuro e imponente, imposible de ignorar. Sus ojos me encuentran como un láser, y sé lo que viene.

Cruza el bar en cinco zancadas largas, irradiando posesión.

—Nos vamos a casa. Ahora —dice, con voz baja y controlada.

Es la voz que hace que los hombres adultos le teman, la voz que nunca grita porque no lo necesita.

Lo miro desafiante, sintiendo que el licor me da coraje.

—¿O qué? —lo provoco, un poco más arrastrado de lo que me gustaría—. ¿Vas a castigarme?

El chico a mi lado se baja del taburete y retrocede.

—Oiga, amigo, yo no sabía...

Dom lo ignora, su atención está completamente en mí.

—Besiana —advierte, cada sílaba una amenaza y una promesa.

—Qué gusto verte también, esposo —digo, levantando mi trago en un saludo.

Me siento libre y salvaje y no estoy lista para renunciar a esta sensación, todavía no.

—Vámonos —dice, la orden tan tensa que podría romperse.

Agarra mi brazo, y su agarre es firme, posesivo.

Me libero de un tirón, jugando a tener el control.

—Iré a donde quiera, cuando quiera —digo—. Toma tu anillo y métetelo por donde te quepa.

Sus ojos centellean, revelando la tormenta bajo su superficie. No está acostumbrado a la desobediencia. Especialmente no de mí.

—Estás usando mi anillo —dice, cada palabra afilada como el cristal—. Compórtate como tal.

Siento las miradas del bar, y algo en mí lo adora. El drama. El peligro. La forma en que puedo afectarlo así.

—No eres mi jefe, Dom —digo, empujándolo—. Sé cómo lastimar a un hombre como tú, y lo hago—. No te tengo miedo.

Algo en él se rompe, y antes de darme cuenta, estoy sobre su hombro, mirando el suelo. Su brazo es como acero alrededor de mis piernas, y golpeo su espalda en protesta.

—¡Bájame, imbécil! —grito, debatiéndome mientras me saca.

—Sigue así, Besiana —dice, su voz áspera y prometiendo un castigo que casi deseo—. Te reto.

Es demasiado fuerte, y sé que pagaré por esto después. Mis puños golpean inútilmente contra él, pero no me detengo. No lo dejaré ganar tan fácilmente. Una multitud observa mientras me saca afuera, y recupero el aliento en el aire frío de la noche. Me da una palmada en el trasero, una advertencia, y chillo.

—No me provoques —gruñe, posesivo y ardiente—. A menos que quieras descubrir hasta dónde puedo llegar.

Llegamos a su auto, y abre la puerta de un tirón, arrojándome dentro. Lo miro con furia, borracha y desafiante, admirándolo y odiándolo al mismo tiempo. Se cierne sobre mí, la furia aún en sus ojos, y no puedo evitarlo: quiero empujarlo más lejos, ver qué sucede cuando el perfecto control Rosetti se rompe. Pero sé esto: va a ser explosivo.

9

Domenico

Sus puños golpean contra mi espalda mientras la arrastro escaleras arriba, pero apenas los siento.

Apenas puedo sentir algo que no sea ese pulso candente de rabia, celos y lujuria, todos enredados dentro de mí como un nudo corredizo. Ella cree que puede huir, que puede escapar de mí. No tiene idea de lo equivocada que está. Se está resbalando, su cuerpo cayendo más por mi hombro, y la jalo de vuelta a su lugar, sintiendo el satisfactorio golpe cuando su estómago choca contra el hueso. Me está maldiciendo, diciendo palabras en albanés que cree que no conozco, pero las conozco todas y me importa un carajo. Esta es ella, desenmascarada, y ya era hora de que la viera así. Pateo la puerta del dormitorio para abrirla y la arrojo a la cama.

—¿En qué mierda estabas pensando? —exijo.

Besiana me mira desde el enredo de sábanas. Su cabello es un desastre y hay fuego en sus ojos, y quiero arrancarle esos jeans ajustados y hacer mucho más que hablar. Pero me debe respuestas, y las voy a obtener.

—¿En qué mierda estabas pensando *tú*? —me devuelve. Su voz está ebria y viciosa—. ¡Sacándome de ahí como un cavernícola!

—Sacándote de un bar de mala muerte en Brooklyn —replico—. Emborrachándote con algún don nadie. Mi esposa.

Las palabras saben amargas y calientes, y los celos están justo ahí con ellas, ahogándome. Veo al hombre de nuevo, el de la mirada presumida y los ojos por todo su cuerpo. El que casi maté antes de sacarla de allí.

—¿Es con él con quien estás huyendo? —pregunto—. ¿Con ese pedazo de mierda?

Ella se pone de pie, tambaleándose un poco, como si pensara que va a salir de aquí—. ¿Por qué te importa? Ya me tienes en tu maldita prisión. ¿No es eso lo que querías?

—Siéntate.

Agarro su brazo y la empujo de vuelta a la cama. Me deja hacerlo, pero no porque se esté rindiendo. Tiene esa mirada salvaje y temeraria en sus ojos, como si quisiera que la follara y la matara al mismo tiempo. Apenas puedo soportarlo. Estoy tan jodidamente duro que no puedo pensar con claridad, pero no se lo voy a poner tan fácil.

—No puedes mantenerme aquí. —Se está riendo de mí, de la manera en que solo una mujer borracha puede reírse de su marido —. ¿Crees que puedes obligarme a ser tu pequeña esposa obediente? Sigue soñando, Dom. Voy a huir cada puta vez.

Su desafío es un afrodisíaco. No puedo recordar haberla deseado más que en este momento. Ella no se da cuenta de que le estoy dando exactamente lo que necesita, que su máscara la asfixia incluso más de lo que me asfixia a mí. Me inclino cerca y dejo que lo vea en mis ojos.

—¿Crees que tú estás dando las órdenes, Besa? —lo digo bajo y tranquilo, de la manera que hace que todos los demás tengan miedo —. Esta noche no.

Su barbilla está levantada y sus ojos fijos en los míos, y es un desafío, una maldita provocación. Casi me deshace.

—¿Qué vas a hacer, Domenico? ¿Castigarme? —Se está burlando, las palabras lentas y afiladas.

—Si es eso lo que estás rogando.

Hace un sonido, mitad risa, mitad burla—. ¿Crees que no sé cómo rogar?

La inmovilizo en la cama y siento la lucha en sus músculos y en el latido errático de su pulso. Está caliente y furiosa debajo de mí. Está viva de una manera que nunca veo cuando está en su jaula.

—Sé que lo harás —le digo.

Ahí está esa risa de nuevo. Helada y temeraria—. Vete a la mierda.

Su rodilla sube y me toma por sorpresa, golpeándome lo suficientemente fuerte como para enviar una punzada aguda de dolor a través de mis costillas. Es un golpe suficiente para dejarla escabullirse, deslizándose de mi agarre con una velocidad que no esperaba. Está de pie en segundos, y está sonriendo.

—No vas a ir a ninguna parte. —Está tratando de escapar, pero no tiene oportunidad. No así. Estoy sobre ella rápido, agarrando ese cabello sedoso y tirándola de vuelta hacia mí. La arrastro al suelo, y ella está luchando en cada centímetro del camino hacia abajo. Es duro y repentino, y está donde la quiero, de rodillas frente a mí. Su respiración es entrecortada y la mía también. El aire se siente crudo, eléctrico con ira y lujuria y todo lo que apenas estoy conteniendo. Está borracha y desenmascarada, y estoy perdiendo el control pero no me importa. Nunca me ha importado menos.

—¿Qué va a ser, Besiana? ¿Qué quieres?

Me mira, su respiración entrecortada por la lucha, su cuerpo como el de un animal salvaje, enroscado y listo para huir o atacar. Lo veo entonces, la vacilación que parpadea el tiempo suficiente para que sepa que tengo razón. Se está conteniendo, pero solo por un instante. Luego se estabiliza, ojos agudos y divertidos, y corta como un maldito cuchillo.

—Sabes lo que quiero —ronronea.

Juro que mi polla se pone aún más dura, la necesidad retorcida con ira porque no está diciendo las palabras.

Aprieta su boca en una línea delgada, los ojos ardiendo de desafío, y por un segundo pienso que no va a responder. Las

palabras que estoy esperando nunca llegan, pero tampoco llega el escape para el que me estoy preparando.

—Eres un bastardo —me escupe, pero se queda justo donde está, de rodillas.

Agarro su cabello con mi mano y siento todo su cuerpo resistiéndome, negándose a ceder.

—Dilo, Besa.

Estoy tirando tan fuerte que tiene que doler, pero ella ni siquiera se inmuta. Su mirada es firme, eléctrica de furia y deseo, y puedo ver la guerra dentro de ella, la última lucha antes de que se rinda.

—A ti —dice finalmente, la admisión tan cruda que es casi una herida—. Te quiero a ti.

—¿Cómo me quieres?

El rubor sube a sus mejillas, y sé que la tengo. Está donde la quiero, el fuego todavía está ahí pero el hielo empieza a derretirse, y nada me ha puesto más duro en mi puta vida. Ella necesita esto. Necesita que yo tome todo.

—Quiero que me cojas —dice, las palabras crudas y tensas—. ¿Es eso lo que necesitas oír, Dom?

Sé que lo dice en serio. Me desea, desea mi cuerpo, desea mi castigo. Debería sentir algún tipo de culpa, algún tipo de remordimiento por retorcerla de esta manera, pero todo lo que siento es el pulso entre nosotros, más vivo que nunca. Más real. Sus ojos están fijos en los míos, y quiero cada parte de ella, pero lo que más quiero son sus palabras. Es lo único que tomaré antes de tomar todo lo demás.

—Necesito oírlo todo.

Se lame los labios, y me cuesta todo lo que tengo no correrme ahí mismo.

—Me tienes tan retorcida que no puedo pensar con claridad —dice—. Quiero tu cuerpo. Quiero tu verga.

Creo que nunca he deseado nada más de lo que la deseo a ella ahora mismo. Mi contención se rompe como una cadena demasiado tensa, y es su maldita culpa. Ha abierto la jaula y me ha liberado.

—Buena chica —le digo, crudo y temerario de necesidad. He esperado tanto para oírla decirlo, y ahora voy a asegurarme de que nunca lo olvide—. No fue tan difícil, ¿verdad?

Me bajo el cierre del pantalón, y su boca está sobre mí antes de que haya terminado, y ya estoy tan perdido que casi no puedo soportarlo. Casi.

Su boca está húmeda y caliente y perfecta, y no se está conteniendo. Es lo opuesto a la esposa obediente que ha interpretado hasta ahora. En cambio, es salvaje y apasionada y no deja que nada se interponga entre ella y sus necesidades.

Empujo con fuerza y ella gime, enviando una descarga por mi columna. Ahora soy yo el que está rogando. Rogando por más, por todo de ella. Sé que ella puede notarlo porque me mira con esos ojos grandes y desafiantes, sin detenerse nunca, sin dejarme recuperar el maldito aliento.

Enredo mi mano en su cabello y la acerco más. Sus dientes raspan contra mí, y no sé si me está castigando o empujándome al límite. No me importa. Es el cielo. Es todo lo que he querido desde el momento en que la vi.

—Besa —gimo, y la palabra suena como rendición.

Me toma más profundo, y es una explosión de sensaciones, de control y liberación, y sé que no puedo aguantar. No quiero hacerlo. Me dejo ir, me permito perderlo todo en el calor y la humedad y la salvajería de ella. Me corro con fuerza, gritando su nombre como si fuera lo último que diré, lo único que importa. Ella sigue chupando, sigue hasta que ha tomado cada parte de mí, y estoy colapsando, el mundo girando a mi alrededor, y ella sigue ahí, exactamente donde la quiero.

Exactamente donde ella quiere estar.

10

Besiana

Un rayo de luz se cuela entre las persianas, dibujando barras en las paredes del dormitorio. Es temprano, pero sé que Dom está despierto. Su lado de la cama está vacío y frío. Me levanto y me envuelvo en seda. En esta familia, nada permanece cálido por mucho tiempo.

Encuentro mi camino hacia abajo, el eco de mis pasos tragado por los largos pasillos. Dom ya está sentado a la cabecera de la enorme mesa del comedor. Hay un periódico doblado junto a su plato y su teléfono en la mano. El frío mármol se extiende entre nosotros, severo y poco acogedor.

—Buenos días —dice, sin apartar los ojos de su pantalla. Llevamos varios días casados, y aparte de la intimidad desenfrenada de la noche en que me escapé y me emborraché en Brooklyn, ha estado distante. Distraído.

—Buenos días —Me siento y alcanzo el café. Mis dedos rozan los suyos por un segundo antes de que se aparte, tecleando algo con el pulgar—. ¿Día ocupado?

—¿Acaso no lo son todos? —Su sonrisa es rápida y tensa.

Después de tres días de matrimonio, todavía me siento como una extraña en su casa. Dejo que el silencio se asiente entre nosotros,

sorbo mi café y estudio su rostro. Parece que no ha dormido, con sombras bajo los ojos y líneas de preocupación en la frente.

Pienso en la nota que encontré sobre una reunión con un químico. Tengo que saber más, tengo que averiguar qué me está ocultando. Tal vez pueda aprender algo sin que se dé cuenta de que tengo curiosidad.

—Necesito algunas cosas de la farmacia. ¿Sabías que en Inglaterra llaman químicos a los farmacéuticos? ¿No es interesante?

Observo cómo la boca de Dom se tensa, su descontento formando una grieta a lo largo de su mandíbula. Vierto crema en mi taza y observo cómo el negro se aclara.

—No realmente —dice.

Su desinterés es frío, punzante.

Insisto. —Bueno, es que vi una nota sobre una reunión con un químico, y me preguntaba si podrían tener las cosas que necesito. Para no tener que ir a la farmacia. —Hago una pausa, tratando de sonar lo más casual posible—. Tal vez podría ir contigo y preguntar. En lugar de andar sola por la ciudad.

Sus ojos están sobre mí ahora, agudos y suspicaces. Está tratando de leerme, de averiguar cuál es mi intención.

—¿Qué nota? —pregunta.

Revuelvo el azúcar en mi café y mantengo un tono ligero.

—Oh, solo una nota que vi en una mesita arriba —digo, encogiéndome de hombros como si no fuera importante. Es difícil suprimir el impulso de presionarlo, de exigir respuestas—. Entonces, ¿la reunión es hoy? Porque realmente no puedo esperar hasta mañana.

Hay una pausa antes de que responda, un tramo de tenso silencio que se siente como un enfrentamiento.

—La reunión es hoy, pero no vas a venir.

Las palabras quedan suspendidas en el aire. Finjo desinterés.

—Está bien, no hay problema. Iré a la farmacia en su lugar. —Dejo mi taza. Mi apetito ha desaparecido, y la tensión en la

habitación ha agotado mi paciencia—. Bueno, me voy. Las compras me llaman.

—No compres toda la ciudad, Besiana —dice con un atisbo de sonrisa burlona, luego vuelve a su teléfono.

Camino hacia la puerta, pero las palabras de Dom me siguen, haciéndome detener en el enorme pasillo. Me vuelvo, encontrando su mirada con una mirada firme.

—¿Cuál es mi límite? —pregunto, cuidando de mantener mi voz casual, despreocupada.

No quiero molestarlo gastando de más ni llamar su atención gastando de menos, necesito mantenerlo contento y mirando hacia otro lado. Pero para eso, necesito entender sus expectativas.

—¿Qué límite?

La ceja de Dom se levanta, una mezcla de diversión y seriedad en su rostro.

—En el Amex negro que me diste. —Lo observo, esperando una reacción.

Finalmente levanta la mirada, mi pregunta captando por fin su atención.

—No tiene límite, Besiana. Deberías saberlo.

Lo presiono más, negándome a dejar que me descarte tan fácilmente.

—Me refiero, ¿cuál es tu límite de lo que puedo gastar?

Hay un destello de algo en su expresión antes de que vuelva a dirigir su atención al teléfono.

—Gasta lo que quieras. Diez mil, veinte mil. Lo que necesites.

Sus palabras son definitivas, sin dejar lugar a dudas o negociación.

Asiento, satisfecha, y lo dejo en la mesa, fingiendo que su indiferencia no me molesta. Arriba en el cavernoso dormitorio, me visto cuidadosamente, sabiendo que cada elección es una declaración. Me pongo un vestido de una diseñadora albanesa, Mirela Vokshi, que viste a diplomáticos y princesas. Me hace sentir poderosa y desafiante.

Me pongo tacones y un abrigo largo, revisándome en el espejo. Todo encaja perfectamente, cada línea suave e intencional. Mi reflejo me devuelve la mirada, una mezcla de hielo y acero. Perfecto.

Luego dejo atrás la fría y vacía habitación, el sonido de mis pasos haciendo eco en las escaleras.

Afuera, me detengo por un momento, el viento mordiendo mi rostro. Un cielo gris y opaco se extiende sobre mí. Miro hacia atrás a la mansión, imponente y poco acogedora, y decido que no tengo nada que perder.

El frío me sigue mientras dejo la mansión, el cielo una sábana de pizarra. Me demoro cerca del garaje, ajustando mi abrigo contra el frío de noviembre, decidiendo mis próximos pasos. Tomo prestada una camioneta y salgo por las puertas, pasando a los guardias con un saludo. A la vuelta de la esquina, me detengo en un camino detrás de un seto y espero.

Pasan horas antes de que el auto negro preferido de Dom pase con su chofer al volante. Lo sigo a distancia.

Los persigo por la ciudad. Mi corazón late contra mis costillas con cada giro que dan. Al este, luego al sur, serpenteando por calles concurridas y cuadras de fábricas. Cuanto más avanzamos, más siento que Dom está arrastrando un cable a través de mí, tensándolo y a punto de romperse. Pasamos edificios con ventanas tapiadas, el paisaje de la lucha de otra persona.

En una calle lateral estrecha, el auto de Dom entra en un estacionamiento vacío. Espero hasta que desaparece en un edificio, luego paso conduciendo y me estaciono a la vuelta de la esquina. Diez minutos después, el auto de Dom se aleja, y apenas puedo distinguirlo en el asiento trasero. Para estar segura, espero cinco minutos más antes de doblar la esquina y caminar hacia el edificio.

Mis tacones resuenan contra el asfalto agrietado mientras me apresuro hacia la entrada. La seguridad es estricta, pero cuando toco el timbre, alguien me deja subir. Respiro profundo antes de entrar, preparándome para la mezcla de olores a productos químicos y polvo.

Dentro del exterior destartalado hay un laboratorio impecable, con superficies relucientes y equipos de última generación. Al fondo, una mujer se mueve entre filas de aparatos, sus rizos rubios atados en un descuidado moño. Tiene el aspecto ajetreado de alguien enamorado de su trabajo, sin tiempo para nada más.

—¿Hola? —digo.

El sonido rebota en las paredes de concreto.

Ella levanta la mirada, con una pregunta en sus ojos. La veo calculando, sumando quién soy y por qué estoy aquí.

—Besiana Rosetti —dice.

Suena extraño e inseguro en su lengua. Claramente sabe quién soy, lo cual es un golpe, pero ya no hay vuelta atrás.

—Esa soy yo. Y usted debe ser la famosa química.

Le doy mi mejor sonrisa, desarmando con encanto. Otra de las habilidades que Baba me enseñó.

—Dra. Voss —me dice. Me estudia por un largo segundo, luego se encoge de hombros y vuelve a su trabajo—. Me temo que acaba de perder a Domenico. Si se apresura, quizás lo alcance.

Esta es la primera persona fuera de la familia que he escuchado referirse a mi esposo por su nombre de pila, y por su valentía, sube un punto en mi estimación.

—Los chicos están ocupados —observo, intrigada por el caos ordenado—. Pensaron que me gustaría ver el trabajo en progreso.

Ella me hace un gesto para que me acerque, animándose con la atención. Sus movimientos son rápidos y seguros, sus dedos vuelan entre botellas y tubos de ensayo.

—No hay mucho que ver, pero estamos progresando. Los nuevos compuestos químicos llevan tiempo.

Finjo seguirla, dejando que me explique mientras archivo detalles. Nombres de químicos. Sus funciones.

Levanta un frasco grande de color ámbar.

—¿Ve esto? —Sus ojos brillan con una extraña especie de hambre —. Ixaforina. Compuesto casi puro. Es la clave de nuestra nueva fórmula.

—¿Iride?

Digo el nombre, cuidando de sonar solo ligeramente curiosa.

—Sí —coloca el frasco con reverencia—. Será revolucionario. Una modulación neurocognitiva transitoria con efectos secundarios agudos o persistentes mínimos.

La miro sin comprender, tratando de descifrar qué demonios está diciendo.

—Eh...

Sonríe.

—Como el éxtasis pero sin el riesgo de deterioro neural a largo plazo. Verdaderamente, es un avance científico.

Miro los estantes, contando los frascos.

—No es mucho para algo que aún está en progreso.

—Guardamos el grueso en otro lugar —dice, distraídamente, absorta en su propio genio.

—¿Y este compuesto? ¿La ixa...?

—Ixaforina.

—Cierto. ¿Dónde...?

Me interrumpe, más entusiasta que reservada.

—Un almacén en la calle 12. La ixaforina es difícil de encontrar, increíblemente rara, en realidad, pero creo que tenemos suficiente para meses.

—Impresionante —dejo que la admiración se filtre en mi voz—. Gracias por mostrarme todo, Dra. Voss.

Parece sorprendida por mi gratitud.

—Clara —dice con un atisbo de sonrisa.

Saco mi teléfono en cuanto estoy afuera. Mis dedos vuelan sobre la pantalla.

—Dime que tienes algo para mí —llega la voz de mi padre. Suena tan fría, como furia congelada.

—Sí, yo...

Estoy a punto de decirle que encontré a la química y el laboratorio, pero la sonrisa de la Dra. Voss, la sonrisa de Clara,

aparece en mi memoria. Fue amable, y claramente solo está en esto por la ciencia, no por el poder, y odio pensar en lo que Baba le haría.

En realidad, sé exactamente lo que le haría, y el pensamiento me revuelve el estómago.

—Habla, hija. ¿Encontraste a la química?

Su voz vibra con fría satisfacción.

—No, pero yo... —busco frenéticamente algo más que pueda decirle. El aire se siente pesado, y me cuesta respirar—. Descubrí uno de sus ingredientes clave. Iaxa-algo. No puedo recordar el nombre, pero tengo la dirección donde lo almacenan. Calle 12.

Guarda silencio por un momento. Me lo imagino sentado detrás de su escritorio, esa inquietante mirada gris fija en algún punto distante.

—Lo has hecho bien —dice finalmente.

La llamada termina antes de que pueda responder. Me quedo de pie en la acera vacía, el cielo colgando bajo y opresivo. Guardo mi teléfono, temblando contra el frío y la verdad de lo que he hecho.

Respiro profundo, forzando la calma, pero todo lo que puedo sentir es el apretón de las cadenas.

11

Domenico

Exactamente 15.000,15 dólares. Los números parecen imposibles. Imposiblemente precisos, hasta los centavos. Anoté las cifras cuando el contador me devolvió la llamada, y ahora el número me mira fijamente. Quince mil. Eso es lo que Besiana gastó ayer de compras. Le dije que gastara diez, que gastara veinte, que comprara lo que diablos quisiera. De alguna manera, ha llegado justo al punto medio. Su obediencia demasiado perfecta la envuelve como una máscara. Otra de sus mentiras perfectas.

Doy vueltas a la nota entre mis dedos y siento los bordes clavarse en mi piel. Hay algo deliberado en esto, calculado. Está esa expresión en sus ojos, la que me hace pensar que quizás sea más de lo que aparenta. La que me mantiene preguntándome cuánto control tengo realmente. Presiono la nota contra el escritorio, pero sigue escapándose de debajo de mi palma como si no pudiera sujetarla. No puedo sujetarla a ella. Estoy listo para quemar ese pedacito de papel, pero eso no ayudará.

Agarro mi abrigo, arrugo la nota y la tiro a la papelera. El aire frío y cortante me espera fuera del edificio de gran altura. Mi hermano está esperando, y no apreciará que me quede atascado en el último movimiento de Besiana. Aparto el pensamiento de ella para más tarde y me dirijo a Brooklyn.

Es un largo camino desde nuestra elegante torre de cristal en la ciudad hasta el estacionamiento vacío en el borde de Brooklyn, pero todavía sostengo ese maldito pedazo de papel en mi mente. Besiana. Incluso cuando no está aquí, está aquí. Aparto todo eso y entro para encontrarme con Rafe.

El lugar es todo concreto y sombras. Sillas metálicas vacías están apiladas en una esquina, listas para la próxima noche de peleas clandestinas. Durante las peleas, el aire es denso con calor y ruido y el hedor de demasiada gente con demasiado dinero. Hoy, está casi frío. Encuentro a Rafe parado en medio del ring. Lleva sus guantes de cuero como siempre, aunque solo estamos nosotros dos. Por si acaso, supongo.

—Pensé que tal vez traerías a la vieja —dice, sonriéndome con sorna.

—Besiana se mantiene fuera de los negocios —echo un vistazo alrededor de la sala silenciosa—. ¿Qué está pasando?

Se acerca y se apoya contra la cuerda que rodea el ring. —Los Callahan se están encargando del lado financiero de las cosas para el ring de peleas.

Cruzo los brazos sobre el pecho. —Mira, si solo me arrastraste hasta aquí para decirme mierda que ya sé, te arrancaré esa sonrisita de la cara.

Los Callahan son nuestros socios comerciales para los rings de pelea, la nueva empresa de la que Rafe se está encargando. Son una familia irlandesa con largos tentáculos en los que no confío ni diez segundos seguidos, pero Rafe conoce al hijo del reformatorio y responde por él. Parece estar funcionando bien hasta ahora.

Rafe sonríe. —Tranquilo, hermano mayor. Solo quería una segunda opinión sobre los libros.

Me doy vuelta para irme. —Si necesitas que te arreglen el dinero, tienes al hermano equivocado. Habla con Emilio. Tengo otras cosas que hacer.

Como lanzar Iride. Revisar la seguridad en el laboratorio. Y sacar a Besiana del interior de mi mente.

Estoy a mitad de camino hacia la salida cuando el golpe sordo de hueso golpeando carne llama mi atención.

—Los imbéciles no pudieron ponerse de acuerdo —Rafe inclina la cabeza hacia atrás—. Decidieron empezar la pelea temprano.

Salta la cuerda, y lo sigo a través de la habitación, nuestros pasos haciendo eco en el espacio vacío. Dos miembros del personal se están dando puñetazos. Uno de ellos ya tiene la nariz ensangrentada.

—¡Oigan! —grita Rafe—. No les pagamos por eso.

Siguen golpeando. El más pequeño conecta y el más grande se tambalea. Rafe está sobre ellos en dos segundos, agarrando al tipo más pequeño por el cuello. Me muevo a su lado, agarrando el brazo del grande. Está sudando y tiene la mirada vacía de alguien que no sabe quién soy. Rafe acerca a su tipo.

—No fue una petición —dice Rafe.

El hombre más pequeño lo fulmina con la mirada. Tiene el labio partido y su ojo se está hinchando. —Él empezó.

Puedo sentir la tensión emanando de Rafe. Su voz baja. —No me importa. Empaquen y lárguense.

El tipo se libera de él, tropezando hacia atrás. Maldice y me dice que me vaya a la mierda, y mi sangre se dispara como si alguien me hubiera inyectado hielo en las venas. Besiana. Pienso en ella y en la nota adhesiva y en la forma en que tiene de meterse bajo mi piel. Me maldijo la noche que la arrastré a casa desde ese antro en Brooklyn, pero ella es la única que puede hablarme así.

Estoy distraído por ella, gran sorpresa, cuando el golpe me toma desprevenido. Un destello brillante. El dolor explota en mi cara. El tipo pequeño parece que está a punto de arrepentirse cuando Rafe llega primero a él.

—Ese fue un error —dice Rafe.

Los ojos del hombre se abren de par en par cuando el puño de Rafe se estrella contra él, y sus luces se apagan. Cae al suelo con un golpe desordenado.

El tipo más grande me mira como si no pudiera creer que todavía estoy de pie. Se aleja de nosotros, disculpándose, y se dirige a la puerta.

Rafe sacude su mano enguantada, luego se vuelve hacia mí.

—Ese ojo se va a ver como la mierda —dice, sonriendo de nuevo con sorna.

—Bueno saber que algunas cosas nunca cambian —murmuro, tocándome la cara donde más me duele. La piel se siente en carne viva y magullada, e inmediatamente me pregunto por la reacción de Besiana. ¿Se preocupará por mí? ¿Mostrará su fuego interior y me mandará a la mierda? ¿O simplemente obedecerá y hará lo que sea que le pida?

Dejamos el cuerpo y regresamos a Manhattan, de vuelta al caos controlado de la casa Rosetti. Todavía siento el impacto del golpe con cada paso. Normalmente evito que me golpeen, dejando esa mierda para Rafael y Matteo, pero hoy, mi mente estaba en otro lugar. En un lugar que no podía controlar.

Rafe es el primero en hablar cuando estamos de vuelta en el camino.

—¿Le vas a decir cómo te hiciste eso?

Gruño, con la cabeza apoyada contra la ventanilla del auto. —A ella no le importa.

—Claro que no —enciende la radio y deja que la música crepite entre nosotros.

Atravesamos las puertas y nos detenemos en el garaje. El cielo está gris. Hay una tormenta acercándose, puedo sentirlo en el aire. Dejo que Rafe entre primero y me quedo atrás. Cada movimiento tira de mi ojo magullado, lo hace palpitar. Mantengo la cabeza baja, esperando que nadie me vea, especialmente ella.

Adentro, el lugar es su caos habitual. Emilio en una esquina con una laptop, Leonardo y Eleanor en una acalorada discusión. Carmela también está allí, pero su voz se ahoga detrás de la de todos los demás. Paso a través de todo como un fantasma. Ninguno de ellos nota que me deslizo hacia mi oficina.

La puerta se cierra con un clic. Me desplomo en la silla, mirando una pila de papeles que debería haber firmado ayer. Los revuelvo, mi ojo doliendo cada vez que cambio el enfoque. Sigo viendo la maldita cara de Besiana.

Pasan las horas. Mi cabeza es un tambor que retumba con cada tic tac del reloj. El trabajo sigue sin terminar, pero al menos nadie me ha encontrado. Todavía.

La manija gira. Me enderezo de golpe.

Besiana entra, cerrando la puerta con un suave clic. Su cabello oscuro está recogido, su vestido ajustado pero no apretado. Me mira, ve mi ojo hinchado, sin un atisbo de sorpresa.

Sus zapatos apenas hacen ruido sobre la alfombra mientras se acerca a mí. Me pongo tenso, esperando que hable, que diga algo mordaz o frío. No lo hace.

En cambio, acerca su mano a mi rostro, con las yemas de los dedos suaves y deliberadas. Saca una botella de alcohol y algo de gasa y los coloca sobre el escritorio.

Se sienta en el borde del escritorio y se inclina cerca. El olor a antiséptico es fuerte entre nosotros. Su cabello sigue impecable, sin un solo mechón fuera de lugar. Pienso en tocarlo, de la misma manera que ella toca mi rostro, pero no me muevo.

Con cuidado, empieza a limpiar el corte. Su respiración es lenta, pareja. Espero que rompa el silencio. Que me pregunte cómo me hice el ojo morado. Que me regañe por ello. Que pida instrucciones. Cualquier cosa.

Pero se mantiene en silencio, atendiendo mi herida con competencia. Sin duda, otra de esas habilidades que le dio su padre.

Cuando termina, me siento en carne viva y sin sutura. Su mano descansa en mi mejilla un momento más de lo necesario. Luego se levanta y alisa su falda.

—Se le permite sangrar, Domenico —dice.

Las palabras cortan la quietud, dejándome con el sonido de sus pasos que desaparecen por el pasillo.

12

Besiana

Domenico parece querer dispararle a algo. O a alguien. Golpeo con mis tacones el piso del auto, tratando de que el silencio incómodo no me mate.

—¿A dónde vamos exactamente? —pregunto.

Él no quita los ojos de la pantalla de su teléfono. —Ya lo verás.

Arqueo una ceja. Críptico. Muy típico de Domenico. No es que me sorprenda. Siempre ha sido de los que me mantienen adivinando. Como ahora: nuestra primera "cita", y no puedo saber si nos dirigimos a un restaurante a la luz de las velas o a la escena de un crimen. Respiro hondo, ignorando los nudos en mi estómago.

Finalmente levanta la mirada, sus ojos verdes afilados y cortantes, como él. Mi corazón da un estúpido vuelco, y casi me río de mí misma. La reina de hielo, derritiéndose en el asiento trasero de un auto.

Es principios de noviembre, pero el frío ya se ha instalado. La ciudad pasa como un borrón de neón y acero. No puedo dejar de mover el pie, esta emoción y ansiedad retorciéndose dentro de mí. Tal vez esta vez me preste algo de atención.

El teléfono en la mano de Domenico empieza a vibrar. Frunce el ceño, apenas un gesto de molestia antes de contestar. —Sí.

—¿Dom? Soy Clara.

Él suelta un suspiro. —¿Qué necesitas, Clara?

Ella habla lo suficientemente fuerte como para que pueda escuchar su voz metálica por la línea. —Lo mismo que necesitaba hace dos horas. Tienes que darme acceso a más ixaforina. Tu maldita seguridad no me deja entrar al almacén.

—Se suponía que esperarías hasta mañana.

—Y se suponía que tú serías más competente que esto.

Él me lanza una mirada, sus labios formando una sonrisa burlona. No está enojado. Está divertido. ¿Debería estar celosa de esta mujer? Le permite llamarlo por su nombre y llamarlo incompetente, y él responde con una sonrisa. Si yo hiciera eso, respondería con una mano firme en mi trasero y me tendría de rodillas.

El calor se acumula en mi entrepierna ante el pensamiento. Hmm, tal vez debería intentar eso más a menudo.

—Bien. Pasaré por ahí —dice él.

—Estoy esperando —responde ella.

Cuelga, guarda el teléfono y se vuelve hacia mí. —Tenemos que hacer una parada antes de la cena.

Intento mantener la calma, encogiéndome de hombros. —Por mí está bien.

Está más que bien. ¿Ver el almacén? ¿Ver dónde ocurre la magia de los Rosetti? Actúo como si no estuviera emocionada, pero por dentro, estoy trazando un mapa de lo que puedo contarle a mi padre. Esto podría ser enorme. Mi pecho se agita con anticipación, pero hay un tirón de algo más también. Culpa. Tal vez incluso arrepentimiento.

—Será rápido —dice Domenico.

Me está mirando con el ceño fruncido. Siempre observando, siempre calculando. Le devuelvo la sonrisa, fingiendo que no me importa, fingiendo que esta no es la noche más complicada de mi vida.

Llegamos al almacén, y es un edificio poco llamativo, pero grande, oscuro e imponente contra la noche. Guardias de seguridad, chaquetas pesadas, armas.

Domenico abre su puerta, y el frío aire de Nueva York se precipita dentro. —Quédate en el auto —me dice.

Asiento. Pero esta es una orden que no tengo intención de seguir. No cuando esto podría cambiarlo todo. Lo observo mientras se dirige a los guardias, su andar confiado.

El conductor me está mirando. Le lanzo una sonrisa y salgo, el crujido de la grava bajo mis tacones. Domenico ya está dentro. Tomo aire y lo sigo, el pulso acelerado con cada paso. Esto es peligroso, estúpido, exactamente lo que no debería estar haciendo. Pero necesito saber qué hay ahí dentro. Necesito ver.

Los guardias me dejan pasar después de que explico quién soy, y con este costoso vestido y el pesado collar de diamantes, serían estúpidos si lo dudaran. Además, me vieron salir del mismo auto que mi esposo.

El interior del almacén es enorme, cavernoso, el tipo de espacio donde las sombras se alargan. Veo a Domenico. Está con Clara ahora, sus rizos rubios alborotados, la bata de laboratorio ondeando mientras gesticula enojada. Me deslizo entre las sombras, lo suficientemente cerca para escucharlos.

—¿Quieres el producto o no? —exige ella.

—Estamos adelantados al cronograma —responde él, tranquilo y compuesto.

—No lo suficientemente adelantados.

Desaparecen en otra habitación, dejándome con una oleada de adrenalina. Ahora tengo algo real. Algo que mi padre puede usar.

Me acerco más, con cuidado de no hacer ruido. Quiero más. Más información, más para informar. De esa manera, mi padre no...

La explosión destroza el aire. Calor, ruido, todo a la vez. Caigo al suelo con fuerza, mis oídos zumbando, mis palmas y rodillas raspadas. El humo llena el espacio, espeso y sofocante. Caos. Guardias gritando, corriendo. Las luces parpadean y se apagan, sumiendo todo en la oscuridad.

Estamos bajo ataque. No puede ser otra cosa. Los hombres de mi padre, mi información, mi traición. Yo hice esto.

Intento levantarme, intento ver a través del humo. Pasos, acercándose rápidamente. Domenico. Está aquí, levantándome, su agarre como el hierro.

—Tenemos que movernos —dice, con voz baja y urgente.

—¿Qué hay de...?

—Tú. —La palabra es una orden, cortando a través del ruido.

Me arrastra con él, esquivando cajas y caos, y por un segundo, olvido todo excepto la sensación de su mano y la certeza en su voz.

Llegamos al aire exterior, y lo respiro, frío y limpio. Detrás de nosotros, gritos. Hombres con armas, sus siluetas borrosas por el humo.

El auto está ahí, con el motor en marcha. Domenico me empuja hacia él, pero me detengo, volviéndome.

—¿Qué hay de la ixaforina? —digo.

Su mandíbula se tensa. No está acostumbrado a perder. No está acostumbrado al fracaso. —Sube al auto.

Y entonces estoy dentro, y estamos corriendo por la calle desierta, la grava escupiendo detrás de nosotros. El auto se lanza hacia adelante, las luces cortando la noche, el rugido del motor casi ahogando el latido de mi corazón.

Mi plan, el plan de mi padre... ni siquiera puedo aferrarme a esos pensamientos ahora. Se desvanecen como la mancha oscura del almacén que desaparece en la distancia. Todo en lo que puedo pensar es en Domenico, en cómo se sintió su mano cuando me levantó del suelo, en su implacable necesidad de sacarme. Fuera del caos. Fuera antes que Iride. Fuera antes que cualquier cosa. Domenico, quien me eligió a mí, su esposa no deseada, por encima de la preciosa ixaforina que se suponía que debía proteger, por encima del negocio que nunca compromete. Es imprudente, una locura,

Su expresión es sombría, cerrada, pero aún no ha soltado mi muñeca.

¿Por qué?

¿Por qué yo?

Las calles pasan volando, y me quedo con la sensación de que tal vez, solo tal vez, he cometido un terrible error. Los Rosetti me han tratado mejor que mi propia familia, exceptuando a Mami y Dritan. Pero ellos ya no están aquí. Quizás esta familia italiana es donde pertenezco. Pero la perspectiva de fallarle a Baba me provoca un estremecimiento, y todo mi cuerpo tiembla.

Ante el mínimo movimiento, Dom levanta la cabeza de golpe, como si su atención hubiera estado enfocada en mí todo este tiempo.

Aquí está, tan feroz y dominante como siempre, con la mandíbula tensa y apretada como si estuviera tratando de contener algo. Pasión, rabia. Es la mirada que tiene cuando está decidiendo si arruinarle el día a alguien o su vida entera. Contengo la respiración, esperando ver cuál será su veredicto sobre mí.

Sin decir palabra, se inclina hacia mí, y la cercanía hace que mi corazón dé un vuelco. Estoy segura de que puede sentirlo, salvaje y rebelde, el latido del pecho de una mujer culpable. Sus manos son rápidas y seguras mientras desabrocha mi cinturón, el roce de sus dedos ligero contra mí. El calor de su toque envía escalofríos por todo mi cuerpo.

En un solo movimiento fluido, Dom me desliza por el asiento trasero, y yo se lo permito. La desesperación y el alivio que me inundan me hacen sentir imprudente y viva. Y así, de repente, todo está al revés y al contrario. Después de esto, después de mi traición, no merezco nada de él. Merezco que me dejen tirada en el suelo, ser nada más que una ocurrencia tardía. Pero en su lugar, me aprieta contra él, y para mí es todo.

Respiro profundamente contra su pecho. Ahí está, ese olor limpio y fresco de Dom que odio y anhelo. El que me hace sentir que estoy a salvo. Es un aroma del que no puedo tener suficiente.

Después de su distancia y frialdad desde aquella noche en que me castigó por correr en la noche, esto lo es todo para mí.

Este pequeño gesto silencioso es tan grande como el mundo entero.

Me apoyo contra mi esposo y respiro su aroma. El ataque al almacén debería ser una victoria para mí. Pero aquí estoy, al lado del hombre que se supone que debo traicionar, y ya no sé de qué lado estoy.

13

Domenico

Hago más ruido del necesario al salir de la cama. Cajón que raspa, puerta que azota, zapatos pesados sobre el piso de mármol. No me importa despertar a los muertos mientras la despierte a ella, pero su respiración sigue constante. Sus ojos permanecen cerrados.

Salgo por la puerta del dormitorio y bajo las escaleras. Mis pensamientos se retuercen en el aire vacío. Llenan las habitaciones con todas las cosas que no pude decir anoche. Todas las cosas que debería haber dicho. No fue en el almacén en lo que pensé cuando volaron las balas. No fue en la mercancía. Fue en ella, ella, ella. ¿Cuándo se convirtió en mi todo?

La casa es demasiado grande y demasiado vacía a esta hora temprana. Me siento a la cabecera de la larga mesa del comedor, esperando compañía. Esperando a mi familia. A mi esposa. La lluvia golpea las ventanas, el único sonido que rompe el silencio. Una mucama me trae café y tostadas, hace una pequeña reverencia y luego se va.

—Hola —Emilio es el primero en llegar. Viste jeans y una camiseta como si fuera un don nadie de fuera de la ciudad, no un maldito Rosetti.

—Hola —gruño.

—Te levantaste temprano.

—Siempre —digo.

Emilio asiente. —¿Dónde está tu esposa?

—Tranquilo, Emilio —suspiro—. No antes de que haya tomado mi café.

Se encoge de hombros y agarra un trozo de tostada de mi plato mientras espera el suyo. La mucama va y viene, y mis ojos permanecen clavados en la puerta.

Resuenan pasos. Levanto la mirada, pero es Raffaele, no Besiana, quien entra arrastrando los pies. Ya lleva puestos sus guantes negros de cuero.

—Te ves bien descansado para un hombre cuyo almacén se incendió —dice—. ¿Dormiste como un bebé, Dom?

Le lanzo una mirada. Sabe que es mejor no terminar ese pensamiento. Podría contarle sobre despertar empapado en sudor frío a las 3 de la mañana, buscándola a ella antes incluso de buscar mi arma. En cambio, solo sorbo mi café y espero.

Rafe capta la indirecta y se desliza en un asiento junto a Emilio.

—¿Cuánta mercancía perdimos? —pregunta, sirviéndose un vaso de jugo de naranja—. Dime que no tenemos una situación.

—Aún lo estamos evaluando —dejo mi taza. Suena fuerte y duro contra la mesa—. No se ve bien.

Nos quedamos así, los tres, hasta que mi paciencia se desgasta. Debería haberme ido hace rato, ya ocupado en los negocios, arreglando el desastre que cayó anoche. Pero necesito asegurarme de que ella esté bien. Debería haber estado abajo con nosotros hace una hora.

Me echo hacia atrás, mi silla raspando contra el suelo, mientras apoyo los codos en la mesa.

—Rafe, llama a Clara. Asegúrate de que esté tranquila. Dile que conseguiremos más mercancía. Milo, asegura una nueva ubicación de almacenamiento. No podemos volver a la calle 12.

—¿Y tú? —pregunta Rafe—. ¿Te vas a quedar aquí sentado lamentándote?

La tensión está apretada dentro de mí, y me pongo de pie de un salto, con los puños en alto, listo para liberarla.

Entonces la veo, y mis brazos caen a los costados. Su cabello oscuro liso contra su mejilla. Su vestido una armadura de alta costura y líneas más afiladas. Está perfecta, ni un pelo fuera de lugar, como si no hubiera pasado la noche esquivando balas.

—Buenos días —su voz es tranquila y controlada, pero sus ojos sostienen los míos más tiempo del necesario. El más leve indicio de una sonrisa, ahí y luego desaparece. Se siente como si hubiera quitado un alfiler de mi pecho. Como si solo ahora empezara a respirar.

—Llegas tarde —digo, las palabras se me escapan antes de que pueda medirlas.

Su ceja se arquea casi imperceptiblemente. Está sorprendida de que me importe lo suficiente como para decirlo y aún más sorprendida de que lo demuestre. Lo veo en sus ojos, la forma cuidadosa en que me consideran, la leve inclinación de su cabeza.

Quiero decir más, decir todo lo que se tambalea al borde de derramarse. En su lugar, me lo trago y observo en silencio mientras se sienta frente a mí. Toma una taza de café, y por un momento, imagino que es un escudo que levanta entre nosotros. Lo huele con cautela y arruga la nariz.

—¿Algún problema con el café? —pregunto.

—¿Qué? —dice, atrapando mi mirada y manteniéndola esta vez —. No es de Bell & Fig. Pero está bien, lo tomaré.

—¿Bell & Fig? —La forma en que lo dice me hace querer saber. Me hace querer probar esta vida que me está permitiendo vislumbrar.

Sus hombros se alzan en un elegante encogimiento. —Es un pequeño lugar en Soho, escondido en la calle Mercer. Hacen los pastelitos de higo más lindos, sin mencionar el mejor café en el universo conocido.

Lo agarro como un salvavidas. —Vamos —digo.

Las palabras salen rápidas, decisivas, antes de que tenga la oportunidad de dudar. Rodeo la mesa con paso enérgico, todo urgencia y desesperación, tomando la taza de sus manos. Es de porcelana y casi no pesa. La pongo sobre la superficie de madera, apartando su silla, atrayéndola a este plan impulsivo.

Mientras la pongo de pie, su ceja se arquea aún más.

—¿No tienes trabajo? —pregunta.

Tengo mucho. Una mañana llena de llamadas telefónicas, lugares que asegurar y drogas que mover. Averiguar quién demonios filtró la ubicación del almacén. Tengo una casa llena de hermanos impacientes que notarán mi ausencia y sabrán exactamente lo que significa. Debería decirle que sí, decirle que estoy ocupado y dejar que me vea irme, pero no puedo hacerlo. No después de anoche. No después de haber estado tan cerca de perderla.

—Nada que no pueda esperar —digo, y nos vamos.

Ahora llueve más fuerte. Las calles brillan bajo nubes grises, y la gente se apresura bajo paraguas. Mi auto se desliza entre ellos como un fantasma. Dejé al chofer atrás para poder tener a mi esposa solo para mí. Ella se sienta a mi lado, en silencio. Mucho más calmada que anoche, cuando tembló en mis brazos durante todo el largo viaje a casa y siguió temblando en la cama hasta que se quedó dormida en mis brazos.

Llegamos a Bell & Fig en tiempo récord. La tienda tiene un pequeño letrero redondo colgando sobre su puerta roja, y las ventanas están rayadas por la lluvia. Adentro, está cálido y con un aroma dulce, el aire lleno de café y canela. Veo de inmediato lo que le gusta de este lugar. Es acogedor y elegante, lleno de mesitas y sillas que parecen salidas de alguna revista vintage. Las paredes son de ladrillo y están revestidas de estanterías, todas repletas de libros y juegos de mesa. Un par de estudiantes se acurrucan sobre laptops en la esquina, y un anciano con un periódico lee junto a la ventana.

Volantes de colores brillantes empapelan las paredes cerca de la entrada. Exposiciones de arte. Música en vivo. Lecturas de poesía. Lo observo todo, y estoy seguro de que destacamos como lobos en

un prado. Pero no importa, porque la tengo aquí, y se ve feliz. Más feliz de lo que jamás la he visto.

Los baristas detrás del mostrador se afanan con delantales a juego, charlando con los clientes como si fueran viejos amigos.

Una chica de pelo corto azul nos sonríe radiante y dice: —¡Hola, chicos! ¿Qué les puedo servir hoy?

Miro a Besiana, dejando que ella tome la iniciativa. Pide como si fuera una cliente habitual.

—Dos cafés negros —dice—. Y media docena de esos pastelitos de higo. —Sus ojos se desvían hacia los míos como preguntando: ¿Está bien?

Asiento con la cabeza, y siento que estoy asintiendo a mucho más que café y comida. Es un sí a esto, sea lo que sea que hay entre nosotros, y al hecho de que lo deseo más que cualquier otra cosa en mi vida. La chica nos cobra, y saco efectivo antes de que Besiana pueda alcanzar su bolso.

—Siéntense tranquilos, yo se los llevaré —dice la barista mientras le entrego los billetes.

Encontramos una mesa hacia el fondo, lejos de las ventanas. Es pequeña e íntima, y hay sillas disparejas a cada lado. Ella se sienta y sus ojos se encuentran con los míos. Algo en esa mirada me hace querer poner el mundo entero a sus pies. No estoy acostumbrado a este sentimiento, a esta atracción que ejerce sobre mí, y me está volviendo loco.

Digo: —Este lugar es agradable.

—¿No es a lo que estás acostumbrado? —bromea Besiana, dejando su bolso.

Es exactamente el tipo de lugar al que nunca entraría, pero ya sé que va a arruinarme para todos los demás sitios. Niego con la cabeza con una pequeña sonrisa. —Ni de cerca.

Ella recorre la sala con la mirada, pareciendo divertida y complacida. —¿Seguro que no estás demasiado ocupado para todo esto? —pregunta, pero oigo un poco de esperanza en su voz.

—Nunca estoy demasiado ocupado para ti —digo, y es lo más honesto que ha salido de mi boca en años.

La barista se acerca dando saltitos, equilibrando una bandeja con nuestro pedido. Coloca dos tazas y un platito de pasteles en la mesa.

—Aquí tienen, chicos —dice alegremente—. ¡Avisen si necesitan algo más!

El aroma del café y los higos calientes nos envuelve.

La observo mientras estamos sentados, mientras pide y come y llena el espacio de vida, no de tensión. La observo como un hombre hambriento mira la puerta de una despensa llena, esperando que me pregunte si estoy bien, esperando que me pregunte si me importa más ella o la maldita ixaforina. Pero no dice nada de eso. No dice mucho en absoluto, solo bebe su café y deja que la comisura de su boca se curve en la sonrisa más pequeña y brillante. Creo que podría quedarme aquí para siempre sin extrañar nada de lo que dejé en la casa.

—¿Estás bien? Después de lo de anoche, quiero decir. —Soy yo quien rompe el silencio. ¿Cuándo obtuvo esta mujer tanto poder sobre mí?

Una sombra cruza su rostro, pero la disipa con su habilidad habitual. Sonríe. —Fue un shock, por supuesto, pero...

—¿Pero qué?

Su voz vacila. —Pero tú me cuidaste.

Estiro la mano a través de la mesa y rozo el dorso de la suya. Ella se inclina hacia la caricia por un momento, dejándome vislumbrar su vulnerabilidad, antes de apartarse y volver a poner esa maldita sonrisa en su cara.

—Así que, gracias, Dom. Lo aprecio.

—No me hables como si fuera un puto socio de negocios —gruño.

Es como si me clavara un cuchillo con cada palabra educada.

Ella palidece, pero recupera la compostura, inclinando la cabeza de esa manera desafiante. Sus ojos brillan con una pequeña mirada

de enojo. —Pensé que habíamos acordado que eso es exactamente lo que somos.

—¿Olvidaste lo de anoche? ¿El almacén? ¿Los disparos? ¿El hecho de que estabas en mis malditos brazos?

—¿Tu punto?

—¿Cómo puedes...

Me detengo, luchando por encontrar las palabras adecuadas. Puedo manejar balas, traiciones y manos ensangrentadas, pero no puedo manejar esto; no puedo soportar que ella finja que no significo nada. Se levanta, arrastrando la silla y sin dejar lugar a más discusión.

De camino a la salida, un hombre sentado en la acera asiente cuando pasamos. Besiana se detiene, pone un billete de veinte dólares en su mano y acaricia el pelaje de su perro con un toque familiar.

—Cuídate, Dale —dice, y el rostro del hombre se agrieta en algo que podría haber sido una sonrisa en una vida pasada.

El agua gotea de su cabello desaliñado y su chaqueta, y sus ojos verdes tienen el mismo filo duro que su voz.

—Tú también, Bes.

Cuando estamos en el auto, digo: —¿No te dije que no sonrieras a la gente a menos que yo hablara con ellos primero?

Ella pone los ojos en blanco. —No seas ridículo. Eso fue solo para la Gala del Met. No puedo vivir mi vida así. Además, conozco a Dale desde hace años.

—Es un indigente.

—¿Desde cuándo eres tan observador? —se burla.

Ella está divertida, pero yo no.

—¿Por qué eres amable con él? No es nadie.

Ella se encoge de hombros. —Todo el mundo es alguien.

—Podría ser peligroso.

—No, Dale no. Ha estado ahí desde siempre. Desde que yo estaba en la universidad. Me pone triste pensar que nunca dejará ese lugar en toda su vida.

Lo hará. En aproximadamente una hora, estará en una habitación de hotel, no en una caja de cartón. Él y su perro. Lo arreglo con una rápida llamada telefónica y una respiración profunda.

Besiana no dice nada hasta que cuelgo. —¿Por qué hiciste eso?

—¿Por qué crees?

Ella se queda callada por un momento, y cuando habla, su voz es casi suave. Casi tierna. —Por mí.

Me da esa sonrisa otra vez, como si hubiera logrado sorprenderla. No se siente mal. Se siente jodidamente increíble.

Conducimos a casa bajo la lluvia, y ella me observa. Tratando de descifrar dónde encontré este repentino corazón que parezco estar mostrando. En quién demonios me estoy convirtiendo.

Bueno, ojalá pudiera ayudarla. Ojalá lo supiera.

14

Besiana

Paso la mañana en la biblioteca Rosetti, perdiéndome en la poesía. Cada palabra me aleja de las paredes desnudas y los pasillos vacíos de la mansión. Emily Dickinson es mi guía. Ella tiene más que decirme que cualquiera en esta casa. Su voz es urgente y verdadera, no fría como la luz gris de noviembre que se cuela por las largas ventanas. Estoy sumergida en uno de sus poemas cuando Carmela irrumpe, trayendo consigo una explosión de sonido y color.

—Dom quiere que te lleve de compras —dice. Sus ojos brillan con picardía—. Me enteré de que tienes un talento para gastar exactamente la cantidad correcta. Esta vez, nada de matemáticas.

Cierro el libro. Una cosa es ignorar a un poeta. Otra muy distinta es ignorar a una Rosetti.

La mansión Rosetti se alza amenazante en el espejo retrovisor mientras nos subimos al auto y recorremos las concurridas calles de Nueva York. El enorme edificio se desvanece contra el horizonte mientras Carmela parlotea en el asiento del conductor, y yo hago lo posible por seguirle el ritmo. Acelera como una conductora de fuga, zigzagueando por el tráfico a una velocidad aterradora.

—Recuerda, Besa —sonríe—, ¡esta vez nada de matemáticas! ¡Compramos todo!

Su entusiasmo es contagioso y me encuentro riendo. A medida que nos acercamos a la Quinta Avenida, los elegantes peatones incitan a Carmela a conducir más rápido, y por poco evita chocar con un camión de reparto que se aparta bruscamente. El auto apenas se detiene antes de que ella agarre mi mano.

—¡Hoy nos vamos a divertir y punto! —La voz de Carmela suena decidida, y sonrío ante la energía de la joven.

Dom le ha encomendado una misión a Carmela. No deja de moverse, señalando cada vitrina.

—¿A dónde vamos primero? —dice, mirándome como si fuera a escapar.

Sonrío, casi. —Tú eliges.

—¡Oh, lo haré!

Nos conduce a una tienda con una puerta tan pesada que se siente como entrar en una bóveda. El olor a cuero y lujo es embriagador, casi demasiado para mis sentidos. Echo un vistazo a una etiqueta de precio, y Carmela me da un manotazo como si fuera una niña traviesa.

—Nada de revisar el precio —dice, sonriendo como si me hubiera atrapado robando.

—Pensé que las instrucciones de tu hermano podrían incluir algo sobre presupuestos —digo.

—Dijo que te mostrara cómo comprar sin pensar demasiado. —Saca un vestido brillante y sedoso de un perchero y me lo empuja—. ¡Como este! ¡Pruébatelo!

Su entusiasmo es contagioso. Pronto, estamos rodeadas de un arcoíris de telas, cada una más brillante que la anterior. Me llena de vestidos, camisas, pantalones, todas cosas que normalmente no uso, menos cuellos estructurados y más telas fluidas. Mientras me dirijo al probador, me pregunto qué diría mi padre. Él me entrenó para ser eficiente, para nunca desperdiciar tiempo ni dinero. Aquí, siento que estoy rompiendo todas las reglas.

El probador es grande, lleno de espejos que reflejan cada uno de mis movimientos. Respiro hondo, sintiéndome un poco atrevida y un

poco nerviosa. El vestido que Carmela ha elegido para mí es audaz, impresionante, tan diferente a todo lo que he usado antes. Su tela es de un verde esmeralda profundo, rica y sedosa, que cambia como si estuviera viva cuando la luz la toca. El corte es dramático, dejando los hombros al descubierto y cayendo hasta el suelo como algo que una princesa usaría para un gran baile. Dudo por un momento, recordando los estilos cuidadosos y conservadores que mi padre insiste en usar. Este vestido lo enfurecería. El pensamiento me produce un escalofrío y me lo pongo. Se siente como una rebelión.

Salgo del probador con el corazón acelerado.

Carmela me hace girar como si fuera su muñeca personal. Debería ser molesto, pero no lo es.

—Te ves increíble —dice, admirando cómo el vestido brilla con la luz—. ¡Ese es el indicado!

—No creo que sea...

—¡Tienes que llevártelo! —No me deja discutir. Me siento mareada con tanto color, textura y opciones.

—Tu familia pensará que soy ridícula.

—A mi familia le encantan las fiestas —dice, escogiendo una bufanda amarilla—. ¡Puedes usarlo en tu cumpleaños!

—¿Cumpleaños? —Intento no sonar demasiado sorprendida—. Nunca celebramos cumpleaños.

—¿Nunca? —Sus ojos se agrandan.

—Mi padre decía que las familias criminales serias no hacen eso.

—Vaya. —Se ata la bufanda al cuello y se queda pensativa—. Bueno, ¡nosotros sí! ¡Puedes usarlo en tu primera fiesta Rosetti! —Se echa el vestido al brazo y se dirige saltando a la caja, dejándome para que la siga. Dudo por un segundo, pero no tiene sentido resistirse. Cuando Carmela se propone algo, sucede. Se parece mucho a Dom en ese sentido.

Carmela insiste en pagar, alejándome con una risa cuando abro la boca para objetar.

—Yo me encargo. —No acepta un no por respuesta.

La sigo mientras se dirige saltando a la caja, con el vestido balanceándose en su brazo, tan vivaz y brillante como ella. Le entrega el vestido a la empleada con una sonrisa radiante que casi resplandece.

—¡Nos llevamos este! —exclama, y pronto el vestido está siendo envuelto en papel de seda.

Mientras la vendedora lo registra, Carmela no para de hablar, contándole que es un regalo para su nueva hermana, que tiene un gusto increíble, que están celebrando. La empleada me lanza una mirada rápida y cómplice, y le devuelvo la sonrisa, sintiéndome como si me hubiera arrastrado un torbellino.

Carmela pasa la tarjeta de crédito, claramente una experta en eso, y se vuelve hacia mí con los ojos brillantes.

—¡Vamos a buscarte un bolso!

Salimos de la tienda y nos dirigimos a una boutique de bolsos. Me siento mareada, casi eufórica. Como si hubiera perdido la noción de quién se supone que debo ser. Tal vez los Rosetti no son mis enemigos. Tal vez yo no soy la de ellos.

—Bien, Besa —dice Carmela, enlazando su brazo con el mío—. ¿Te gusta el cuero o el cuero sintético? ¿Marrón claro o brillante? En realidad, no respondas eso, vamos a conseguirte algo atrevido y salvaje.

La siguiente tienda es más pequeña, pero igual de cara. Un bolso en el escaparate cuesta más de lo que algunas personas ganan en un año.

La tienda es elegante y reluciente, con paredes de cristal, techos altos y exhibidores perfectamente ordenados. Trato de no jadear ante los precios. Carmela ni se inmuta mientras entra como si fuera la dueña del lugar. Su confianza es desconcertante y atractiva al mismo tiempo. Las empleadas notan su determinación Rosetti, y creo que saben que están a punto de hacer su mayor venta del año.

—Lo único de lo que deberías preocuparte —dice Carmela, dándome un codazo— es de cómo vas a cargar todas estas bolsas a casa.

Flotamos por los pasillos, cada bolso más extravagante que el anterior. Cuero suave, colores ricos, detalles dorados: todo grita lujo y exceso. Carmela observa cada una de mis reacciones como si intentara descifrar qué podría gustarme. Ni siquiera estoy segura de saberlo yo misma.

—Déjame adivinar —bromea Carmela, sonriendo con suficiencia ante mi vacilación—. ¿Siempre has soñado con un maletín conservador y marrón?

—Más bien un bolso de lona —digo, devolviéndole la broma. Pero, por supuesto, nunca saldría de casa con algo menos que un Jimmy Choo.

—Hoy no, Besa —se ríe—. Vamos a ponernos locas, ¿recuerdas?

Saca un bolso metálico del estante y se ve reflejada en un espejo mientras lo hace, poniendo una cara llena de picardía. —¿Cómo se dice "a lo grande o nada" en albanés?

Me estremezco al recordar a mi padre, pero me contengo antes de que se note. —¿Cómo se dice "bájale dos rayas" en Rosetti?

—Escucha —dice Carmela. Se aclara la garganta como si estuviera a punto de hacer un truco de magia—. A më rri prapanica shumë e madhe me këtë?

Las palabras me golpean como un puñetazo. Albanés. Está hablando albanés. Un idioma que resuena con las reglas y exigencias de mi padre. La pronunciación de Carmela es temblorosa y juguetona, pero la voz de mi padre corta mi mente, precisa y fría. Me olvido de respirar.

Puedo oírlo ahora, recitando las duras sílabas como órdenes. Nos hacía practicar hasta que lo hiciéramos perfecto. Decía que era parte de nuestro legado, algo a lo que teníamos que aferrarnos, algo que nunca podíamos soltar, aunque significara aislarnos de todo lo demás.

Por un momento, olvido dónde estoy.

En lugar de la brillante boutique, veo las habitaciones sombrías de la mansión de mi padre y huelo los libros viejos y los muebles rígidos. Un lugar donde nunca se permitía la diversión, donde todo

era serio y planificado, donde los cumpleaños eran solo otro día en el calendario.

Las palabras de Carmela traen todo de vuelta, y no estoy preparada. Me estremezco, y esta vez no puedo ocultarlo. Mi corazón retumba y mi respiración se vuelve entrecortada. Es aterrador cómo una simple frase puede hacerme sentir como una niña otra vez, asustada y atrapada. Me esfuerzo por concentrarme. Los bolsos metálicos en las paredes brillan demasiado, el aire se siente escaso y mi visión comienza a nublarse en los bordes.

Carmela está en medio de todo, con los ojos muy abiertos, esperando que responda.

—Vaya, lo destrocé por completo, ¿no? —Se ríe, pero cuando ve mi cara, su expresión cambia—. ¿Besa? ¿Estás bien?

No puedo hablar. Su intento fue inocente, dulce incluso. Pero todo lo que escucho es ira y control. Mi padre solo hablaba albanés cuando lo había decepcionado. Cuando el castigo venía después. Carmela está ahí parada, sin saber qué hacer. Tengo que salir de esta tienda. Salir de esta conversación. Mi instinto es buscar a Dom. Él sabría qué decir, cómo hacer que todo deje de dar vueltas. Pero no está aquí.

—¿Besa? —La voz de Carmela es suave.

Parpadeo, tratando de recuperarme. —Lo siento. Yo...

—¿Fue terrible?

—No, fue... —Fuerzo una sonrisa—. Sorprendente.

Salimos y el aire de noviembre golpea mis mejillas. Por fin puedo respirar de nuevo.

Caminamos unas cuadras, Carmela cuidando de no decir nada que pueda sobresaltarme. Debe pensar que soy una tonta. Mi corazón se calma, pero la confusión persiste. Dom le ordenó a Carmela que me llevara de compras. No porque yo sea un activo o una herramienta. Porque quería que me divirtiera. Que perteneciera. Mi padre nunca me dio nada sin un precio. Aquí, no sé qué se espera de mí.

—¿Segura que estás bien? —pregunta Carmela. Se detiene e inclina la cabeza. Sus ojos son demasiado sinceros para alguien en mi vida.

—Estoy segura.

—¿Quieres que volvamos?

—Tal vez... tal vez podríamos ir a una tienda más.

Ella sonríe como si le hubiera dado el mejor regalo del mundo.

Dejo que me guíe a otra boutique, su energía cálida y segura. La familia de Dom no es nada como la mía. Sabía esto cuando se casó conmigo. Pero lo que no sabía, lo que no podía saber, es cuánto empezaría a necesitarlo. A necesitarlo a él. Mi padre me entrenó para creer en la lealtad por encima del amor. No sé en qué creo ahora.

Carmela escoge un par de zapatos de un verde esmeralda impactante para combinar con el vestido e insiste en comprármelos. Cuando me pregunta si deberíamos volver a casa, me sorprendo a mí misma.

—Vamos a almorzar —digo—. A algún lugar realmente caro.

15

Domenico

Il Lusso está vivo. Las luces del club brillan en cristal y oro. La élite de Nueva York acude aquí como polillas a la llama, sus risas elevándose hacia el techo. Mi familia construyó este lugar, y la forma en que vibra me hace sentir vivo. Preferiría estar aquí que en cualquier otro lugar, y con Besiana aquí, apretada contra mi costado, soy feliz.

Su vestido es elegante y negro, reflejando el humo y el whisky. Se ve perfecto junto a mi traje. La acerco más, para que no haya duda de con quién está. Ella me mira con esos ojos verde pálido, siempre calculadores, y me pregunto por millonésima vez qué estará pasando por esa linda cabecita suya. Normalmente no la traería a un negocio, pero después de lo que pasó en el almacén de la calle 12, no quiero que se aleje de mi vista.

Después de seguir secretamente a Besiana todo el día mientras compraba con Carmela y adquiría la mitad de Manhattan, decidí que era hora de que viniera conmigo. Ahora, la observo, tratando de entender si está complacida o tramando algo, pero su expresión es inexpresiva e ilegible. Estoy a punto de preguntar cuando finalmente aparece el socio comercial.

Héctor Galletti parece haber salido de un anuncio de Armani, con dientes demasiado blancos y una sonrisa digna de vallas

publicitarias. Me hace señas hacia el ascensor, sus ojos se detienen un momento de más en Besiana.

—¡Domenico! Qué bueno verte. Veo que trajiste compañía —la voz de Héctor retumba sobre el ruido mientras hace un espectáculo de mirar a todas partes menos a Besiana. Hombre inteligente. Muestra otra sonrisa digna de un anuncio antes de que pueda responder y señala el ascensor.

—Sí —mi tono corta cualquier pregunta adicional. Ella no es asunto suyo—. Empecemos.

Nos abrimos paso entre un laberinto de apostadores de alto riesgo. Héctor sigue mirando hacia atrás, probablemente preguntándose por qué ella está aquí. Realmente se preguntaría si supiera lo que pasó en el almacén. Entramos al ascensor y presiono el botón del tercer piso. Allá arriba todo es elegancia, salones privados con gruesas paredes de vidrio que dan al caos de abajo.

Los llevo a uno de los salones y le hago un gesto a Héctor para que tome asiento. No lo hace, así que yo tampoco. Este no es mi primer juego y sé cómo jugarlo. Los ojos de Héctor se desvían nuevamente hacia Besiana mientras me paro junto a ella, su curiosidad prácticamente zumbando.

—Estoy pensando en algo exclusivo, Domenico —se inclina, bajando la voz—. Solo clientela exclusiva. Cuando se corra la voz de que los Rosetti están comerciando con un producto de lujo, serán aún más legendarios —esas sonrisas que muestran los dientes nunca cesan con este tipo.

—Obviamente.

Dejo que Besiana se acomode en el sofá de cuero oscuro y me siento junto a ella. Héctor sabe cómo hacerme enojar, repitiendo mis ideas como si se le hubieran ocurrido a él primero, pero conoce a las personas adecuadas para distribuir el producto. Por eso lo llamé para este trato.

Está a punto de responder cuando la puerta se abre de golpe y Raffaele irrumpe como un maldito huracán. Sus guantes negros de cuero crujen mientras apunta con un dedo a Héctor, luego a mí.

Raffaele no se molesta en saludar. Sus ojos pasan de largo a Besiana y Héctor, clavándome con acusación.

—¿Me estás dejando fuera, Dom? ¿Qué demonios?

Sus palabras son una bala, sin vacilación, sin preocuparse por las consecuencias.

La ira crece dentro de mí, pero la mantengo controlada. Mi voz es lo suficientemente calmada como para enfriar la habitación.

—No discuto asuntos familiares contigo aquí, Raffaele.

Lanzo una mirada a Héctor, que nos observa como un zorro. ¿Cómo se atreve Rafe a sacar esto frente a un socio comercial, mostrando a los Rosetti fracturados? Es imprudente, impulsivo, el maldito estilo habitual de Raffaele. Se lo estoy haciendo saber exactamente con una mirada, pero él solo me devuelve la mirada furiosa.

Rafe se pasa una mano por el pelo, ignorando la advertencia, ignorando todo excepto su propia acusación. Luego cambia, se aleja de las cuestiones de lealtad familiar y comienza con la distribución. —Solo quiero hacer lo mejor para todos. Iride es una droga de fiesta, no un bolso Birkin. Ganamos más vendiéndole a todos.

Ahora está caminando de un lado a otro, con los guantes apretados a los costados, acumulando energía.

Lo observo, sopesando mis palabras. —Ya hemos pasado por esto —digo—. Queremos que la gente adecuada la tenga. Vamos a hacerlo exclusivo.

¿Cree que no he hecho ya los cálculos? Tenemos una imagen que proteger, un legado que mantener, algo que sabría si se molestara en pensar más allá de sus malditos puños.

—¿Exclusivo? ¿Qué demonios, Dom? —La voz de Rafe es un rugido. Rebota en las paredes de vidrio, llama la atención, hace que las cejas de Héctor se levanten divertidas—. Lo queremos en las calles, en todas partes. Necesitamos volumen.

Habla mortalmente en serio. Siempre lo está cuando siente que lo estoy pasando por encima.

Siento los ojos de Besiana sobre mí, fríos y observadores, esperando ver qué haré. Necesito mantener a raya a este hermano rebelde.

—No necesitamos que te arresten —digo, mi voz cortando a través de sus acusaciones.

—Los policías no me van a tocar —es ruidoso e implacable, todo lo contrario a la compostura presumida de Héctor—. Estamos perdiendo dinero haciéndolo a tu manera.

—Y lo perderíamos todo haciéndolo a la tuya.

Miro a Raffaele, desafiándolo a que me ponga a prueba en esto, mis ojos fríos y precisos. Hemos jugado este juego mil veces, pero él todavía no parece ver las paredes cerrándose a su alrededor.

Héctor se aclara la garganta como si estuviera tratando de tragar la incomodidad de quedar atrapado entre los temperamentos de los Rosetti.

—Tal vez debería darles un momento —dice, tratando de alejarse de la tormenta que se avecina frente a él.

—Quédate —digo, cortándolo, queriendo que vea cada centímetro de esto.

Ahora que ha visto el comienzo, necesito que Héctor sea testigo de cómo termino los desacuerdos familiares. Raffaele empieza a caminar de un lado a otro como un animal atrapado. Sabe cómo termina esto y todavía no ha descubierto una manera de ganar.

—Esto es estúpido, Dom —murmura Raffaele, pero hay una grieta en su voz.

Me reclino hacia atrás, llevando a Besiana conmigo, mostrándole lo imperturbable que estoy.

—¿Recuerdas lo que le pasó a Vincent la última vez que no me escuchó? —pregunto, dejando que las palabras lo golpeen donde más duele.

Puedo ver que el golpe da en el blanco, por la forma en que sus ojos se encienden antes de que la ira en él se apague. Eso es lo que pasa con Raffaele: es imprudente pero no estúpido. Sabe lo que haría, lo que haré si no juega según mis reglas.

Su mirada ardiente se dirige a Héctor, y veo que la duda lo paraliza por un segundo. Quiere pelear, pero sabe que ya ha perdido esta ronda. En su lugar, sale hecho una furia, el portazo que lo sigue suena como una acusación final. Hace que Héctor dé un respingo.

Mientras Raffaele sale furioso, parece que va a destrozar el club. Puedo imaginar el camino que abre a través de Il Lusso, abriéndose paso a empujones entre una maraña de traficantes y jugadores de alto nivel, a través de la multitud de multimillonarios y gánsteres con bordes dorados, pasando junto a las mujeres que reparten bebidas, saliendo de golpe a la fría noche de noviembre.

De vuelta adentro, dejo que el silencio se extienda, dejo que Héctor se cocine en él. Puedo ver que está procesando cada detalle de lo que acaba de ocurrir, pensando en lo rápido que se extenderá la noticia desde aquí hasta cada rincón de la ciudad. Es exactamente lo que quiero. Raffaele se ha ido y Héctor se ha quedado sabiendo exactamente cuál es su lugar. Nadie desafía a Domenico Rosetti sin arrepentirse.

Saboreo la expresión en el rostro de Héctor. Intenta mantener la calma, pero hay tensión escondida detrás de su sonrisa astuta. Veo la historia formándose en su mente, la que le contará a todos los que tengan intereses en este negocio. Necesito que haga precisamente eso, que le haga saber a toda la ciudad que los Rosetti siguen siendo intocables, que yo sigo al mando.

Se alisa la chaqueta de diseñador y aprovecha la oportunidad para volver a centrarse en el trato.

—Entonces —dice Héctor, alisándose la chaqueta de diseñador—. ¿Tenemos un trato?

—Sí —digo—. Y Héctor, esto se mantiene de alto nivel. Nada de negocios turbios.

—Por supuesto, Domenico. Solo lo mejor para usted. —Héctor se marcha, dejándonos solos en la habitación ahora silenciosa.

Besiana se vuelve hacia mí, esos ojos verde pálido escudriñan los míos con una intensidad que me hace tomar aire. Puedo ver que ha estado esperando para preguntar, esperando el momento perfecto

para pillarme desprevenido con su voz suave pero sus palabras afiladas como navajas.

—¿Me trajiste aquí para vigilarme o para que yo te vigilara a ti?

Su pregunta queda suspendida en el aire, un desafío envuelto en seda. Hay algo en la forma en que se inclina hacia mí, esperando mi respuesta, que me hace pensar que ya conoce la respuesta. La confianza es una moneda que aún estamos aprendiendo a gastar.

Inclina la cabeza, observándome con una curiosidad juguetona. —¿Cuál de las dos es, Domenico?

Es un juego en el que es buena, hacerme decir cosas que nunca tuve la intención de decir, obligándome a sacar mis sentimientos a la superficie incluso cuando quiero mantenerlos enterrados en lo profundo.

—Ambas —admito, con la voz baja y sin guardias.

Ella no sabe lo peligroso que es, hasta dónde llegaré para mantenerla así de cerca, sin importar lo que tenga que hacer. Me muevo, asegurándome de que no haya espacio entre nosotros, sintiendo su calor contra mí. Es una obsesión, una que no me molesto en ocultar. Ella tiene que saberlo a estas alturas, tiene que ver cómo está envuelta en mi mente.

Esta mujer podría arruinarme, y probablemente se lo permitiría.

Sonríe, algo rápido y agudo, luego aparta la mirada, trazando con el dedo la pulsera de diamantes que compró con Carmela. —¿Soy tu posesión o tu compañera, Domenico?

—Tú dímelo.

Toco su muñeca, manteniéndola quieta. Se siente como si estuviera tratando de agarrar agua.

—Soy lo que tú quieras que sea —dice, pero hay un desafío bajo las palabras.

Siempre lo hay.

Y ese es el problema. No puedo descifrarla. No puedo saber si está tratando de complacerme o si está jugando conmigo. Es la mujer más fascinante que he conocido porque es la única que no he podido quebrar.

—No te dejaré fuera de mi vista, Besiana —digo, con la voz baja.

—¿Tienes miedo de que huya?

Su voz es suave, un eco perfecto de la mía. Levanta la muñeca, haciendo tintinear la pulsera de diamantes.

—Tengo miedo de alcanzarte y no saber qué hacer después —digo, dejando caer mi mano de vuelta a mi costado.

Por un momento, solo nos quedamos sentados, y la observo en la tenue luz. El ruido del club de abajo está amortiguado aquí, haciendo que la habitación se sienta como un mundo diferente, una vida diferente.

Estoy tan acostumbrado a conseguir todo lo que quiero, todo por lo que lucho. Así ha sido siempre. Pero Besiana sigue siendo un misterio. No puedo saber si es obediente porque me ama o porque planea apuñalarme por la espalda en el momento en que me dé la vuelta. Eso hace que la desee aún más.

Me mira de nuevo, esa misma mirada rápida y calculadora, y el suelo se mueve bajo mis pies. Estoy acostumbrado al poder. Acostumbrado al control. Pero Besiana me hace preguntarme si, esta vez, soy yo el que está siendo superado. Me ha hecho obsesionarme, me ha hecho querer desentrañarla hasta saber exactamente qué hay en su núcleo.

Hasta entonces, la mantendré donde pueda verla hasta que me traicione o me ame.

16

Besiana

Todo en la torre de oficinas habla de acero y poder, pero aún no hay seguridad en los ojos de Dom. Lo veo cada vez que se encuentran con los míos, la determinación de que nada más se le escape de las manos. No como sucedió con el almacén de Iride. El frío elevador nos lleva a la suite Rosetti, y Dom me tiene a su lado, con la mano apoyada en la parte baja de mi espalda, una orden tácita de permanecer cerca.

Ahora me mantiene con él para todo, una forma de protegerme desde el ataque al almacén. Cuando el elevador se abre, Salvatore y Rafe ya están esperando, padre e hijo. La postura de Rafe es rígida, la de su padre todo lo contrario. Tiene esa mirada en el rostro, la misma que he visto muchas veces en mi padre, y sé que está a punto de apretar las tuercas a alguien.

Mis tacones resuenan en el mármol, y pienso en lo que mi padre siempre dice sobre los huesos rotos y la lealtad quebrantada.

—Parece un maldito pueblo fantasma aquí —dice Rafe, señalando el espacio cavernoso, las habitaciones vacías más allá de la mesa de conferencias. Cruza los brazos y se reclina en su silla, mirando directamente a Sal.

Su padre sonríe. Un rápido destello de dientes. —Menos gente significa menos errores.

Dom toma asiento y me atrae a la silla a su lado. Dijo que no quiere que esté sola después del ataque.

Funciona perfectamente para mí, tener acceso sin restricciones a todas las reuniones de negocios de mi esposo. Cada reunión a puerta cerrada me da un acceso como nunca antes lo había tenido, una oportunidad de transmitir información que mi padre no conseguirá en ningún otro lado.

Pero cuanto más me acerco a Dom, menos quiero traicionarlo. Cada día lo hace más difícil, pero lo he hecho de todos modos. Apenas puedo mirarlo.

—Necesitamos discutir la situación con el proyecto Iride —dice Dom, y la forma en que mira a Rafe deja claro que él es quien está en problemas aquí.

—¿Te refieres a cómo se fue todo al carajo? Perdimos la mayor parte de nuestra maldita ixaforina —la voz de Rafe es aguda, impaciente.

Sal mira de un rostro al otro, y la habitación vibra con la tensión creciente. —Sabemos quién lanzó el ataque —dice, y dos pares de ojos Rosetti se endurecen con interés.

Mi propio pulso se dispara. Tengo que reprimir mi instinto de huir, de inventar una excusa rápida antes de que digan un nombre que me señale directamente. Si saben que fue mi padre, si siquiera sospechan de los albaneses, entonces estaré implicada. Quedaré expuesta.

Mis nudillos se vuelven blancos mientras entrelazo las manos en mi regazo.

Los dos hermanos se inclinan hacia adelante en sus asientos, un enfoque compartido que agudiza el ambiente. Incluso los movimientos impacientes de Rafe se detienen mientras Sal juega con las siguientes palabras que está a punto de decir. Hay un destello de emoción entre ellos, la promesa de violencia. Siento como si el nudo ya se hubiera apretado alrededor de mi cuello, como si en segundos se volverían hacia mí con una certeza condenatoria. Me retuerzo bajo su mirada, esperando que caiga el martillo.

Los ojos de Sal brillan con satisfacción, y mi respiración se entrecorta mientras hace una pausa. Mi mente recorre mil posibilidades. ¿Cuánto saben? ¿Cuánto tiempo pasará antes de que dirijan esas miradas de acusación y sospecha hacia mí?

—Nos dejaron un pequeño regalo —dice Sal.

Abre un cajón y deja caer una bolsa sobre la mesa. La mano enguantada de negro de Rafe la agarra.

—Hijo de puta —gruñe Rafe, pasando el pulgar sobre el objeto: una cadena de oro con una cruz ortodoxa. El destello del metal bien podría ser una bengala en la noche, un faro anunciando enemigos por todas partes—. Es ruso.

—Lo dejaron durante la redada —confirma Sal.

—Así que fueron los rusos —concluye Dom.

Su voz es firme, pero capto un indicio de incertidumbre en sus ojos, una sombra de culpa que aún podría cambiar de objetivo.

El alivio me invade. Mi padre plantó bien el señuelo, como siempre lo hacía. ¿Fue para protegerme a mí, su hija? ¿O solo para protegerme a mí, su informante? Mi respiración se estremece, y la fuerzo a volver, tratando de mantener todo en su lugar, los secretos que he enterrado, las mentiras que he dicho.

Miro a Dom a mi lado, y la culpa me carcome por dentro. Está tan convencido de mi lealtad. De que nunca lo engañaría. De que no lo destrozaría desde adentro con la verdad. La ironía de todo esto me hiere más profundamente cada día.

Sal y sus hijos se reclinan en sus sillas, depredadores satisfechos, pero sé que la calma momentánea volverá a desatarse. Un desliz, un detalle equivocado, y la sospecha podría caer sobre mí de nuevo. He hecho esto el tiempo suficiente para saber cómo cambian las cosas rápidamente.

También lo he hecho el tiempo suficiente para preguntarme por qué sigo haciéndolo. Hace una semana, habría matado por este tipo de información, un premio para llevar a mi padre. Ahora, estoy paralizada en lugar de emocionada, apenas aguantando con los nudillos blancos.

—Se suponía que esa ubicación era segura —Sal se inclina hacia adelante, con los ojos fijos en Dom. No lo acusa, pero tampoco lo deja fuera de sospecha—. Acordamos que solo la familia lo sabría.

Dom sostiene la mirada de su padre. Tranquilo. Inflexible. —Entonces uno de nosotros cometió un error.

Mi piel se siente como hielo.

—No fui yo —espeta Rafe.

Salvatore se vuelve hacia Rafe, entrecerrando los ojos. —¿Entonces quién fue? ¿Matteo? ¿Emilio? ¿Carmela? ¿O Leonardo? —Se reclina, estirándose como un gato—. Ninguno de ellos conocía la dirección, Rafe, apuesto a que fuiste tú. Un desliz de la lengua, tal vez. Un poco de confianza excesiva en la persona equivocada.

—¡Eso es una mierda, y lo sabes! —Rafe se aparta bruscamente de la mesa, su silla raspando ruidosamente el suelo.

Ahora está de pie, con los puños apretados de rabia, pero hay más que enojo en sus ojos. Hay un destello de incredulidad, una mirada herida que hace que se me corte la respiración. Por un momento, casi siento lástima por él, por la forma en que su padre y su hermano pueden dejarlo de lado tan fácilmente. Pero solo por un momento. No son los sentimientos los que me van a sacar de esto con vida.

—Tu hermano tiene razón, Dom —coincide Sal, y su voz es tan suave como la crema, tan calmada como furioso está Rafe. Mira a su heredero con un lento asentimiento—. Rafe necesita controlar sus emociones.

La boca de Rafe se tuerce en una media sonrisa, medio desprecio, su frustración apenas contenida. El collar con la cruz golpea la mesa con un tintineo cuando lo arroja como un insulto, sus ojos taladrando a su padre. —¿Qué sigue, eh? ¿Me van a mandar a la cama sin cenar?

—Llegaremos al fondo de esto —dice Dom.

La firmeza en su voz corta el ambiente de la habitación. Es un tono que exige obediencia, y puedo ver que ha funcionado con Rafe

antes. Mira a Rafe con una autoridad que deja poco espacio para dudas. —Hasta que lo hagamos, estás fuera del proyecto Iride.

—No puedes hablar en serio —dice Rafe, pero la forma en que mira a Dom me dice que sabe cuán serio puede ser su hermano. Mi padre una vez llamó a Dom el más frío de los Rosetti, y puedo ver por qué. No hay suavidad en él, no hay margen para el error.

—Eso es un puto error —sisea Rafe.

—El error sería dejarte quedar —dice Dom.

La voz de Rafe baja, y su acusación se siente como una bofetada, aunque me la merezca. —¿Crees que es un error confiar en mí? Qué ironía, considerando con quién estás casado.

Los segundos pasan como horas. Nadie respira. Los ojos de Sal se desvían hacia mí y vuelven a Dom, y espero que mi esposo explote, que defienda mi honor e inocencia y todas las otras cosas que cree ciertas sobre mí. Lo observo, esperando que su temperamento despierte, pero él solo niega con la cabeza.

—Esto no está en discusión.

Rafe mira furioso a su padre, luego a Dom, y por último a mí. —Te arrepentirás de esto, Dom.

Sale hecho una furia, sus pasos como truenos en el suelo de madera. Mi culpa. Todo. Yo causé la filtración, la discusión, la grieta. Y no puedo arreglar nada de esto.

Sal exhala lentamente y me mira, con un brillo divertido en sus ojos. —Espero que no te moleste este tipo de reunión familiar, Besiana.

—No me molesta —digo, y mi voz suena como la de otra persona. Dom no tiene idea de la traidora con la que se casó—. Gracias por incluirme.

—Si hubieran sido los albaneses quienes atacaron, esto habría sido muy diferente —dice Sal.

Su voz es lo suficientemente pareja, pero reconozco una amenaza cuando la escucho.

—No amenaces a mi esposa —dice Dom, y hay un acero silencioso en su voz que me atraviesa.

La habitación queda completamente inmóvil. Es un tono que le he escuchado usar cuando promete retribución, cuando está a punto de estallar y derramar sangre. Sus ojos están fijos en Sal.

Sal sonríe, y la tensión desaparece. —Ni soñarlo.

Salvatore se pone de pie, alisándose la chaqueta.

—Los dejaré a ustedes dos para que hablen sobre el comportamiento caprichoso de Rafe —dice, descartando toda la situación con un gesto de su mano.

Mi esposo no responde, y cuando Sal finalmente se va, el silencio es una herida abierta.

Me vuelvo hacia Dom, buscando una manera de mejorar esto. —Estoy segura de que Rafe no quiso traicionar a la familia.

Dom resopla. —Por supuesto que no. Solo está siendo un cabeza caliente de nuevo, hablando de más como siempre lo hace.

Niega con la cabeza, frustrado pero confiado, tan seguro de todo. No quiero ser yo quien destruya eso.

Lo intento una última vez. —Tal vez deberías dejarlo quedarse en el proyecto, Dom. Sabes cómo es. Necesita sentirse útil, parte de las cosas.

—No —dice Dom, negando con la cabeza otra vez—. No hasta que lleguemos al fondo de esta filtración.

Me mira, y veo que su sospecha hacia Rafe es completa. Yo hice esto. Lo observo, a mi esposo, el hombre al que me entregué en un trato que hizo mi padre. Soy una traidora para él en todos los sentidos. Me pregunto cómo ha mantenido su fe en mí durante tanto tiempo.

Desvío la mirada por si puede ver la culpa grabada en mi rostro. Se acerca y tira de mi silla hasta que nuestras rodillas se tocan. —Oye. ¿Estás bien?

Asiento. Pero no lo estoy. No sé cómo ser su esposa y una espía.

Está oscuro afuera y aún más oscuro aquí dentro, nuestra habitación se siente más como una tumba que un hogar. Las estrellas sobre Nueva York brillan fuera de nuestra ventana, pero todo lo que puedo ver es la mirada en el rostro de Rafe cuando Sal lo acusó de traición. Cuando Dom le dijo que estaba fuera del proyecto.

La habitación está en silencio hasta que la puerta se abre y luego se cierra. Escucho el deslizamiento de la corbata de Dom, un sonido pequeño pero de alguna manera más de lo que puedo soportar. Las luces están bajas, y también lo está la sensación de malestar en mi estómago. Mi traición llena la habitación. El pensamiento de ello también me llena, hasta que se desborda en lágrimas.

Dom me encuentra así. Acurrucada en el sofá de nuestra habitación, hecha un desastre de lágrimas. Cruza la habitación, tan silencioso, como si temiera que me fuera a romper. Cuando se arrodilla frente a mí, su mano aparta mi cabello, sus dedos suaves y lentos, y quiero morir por lo amable que es.

—Besiana. ¿Qué pasa?

Quiero contarle todo. Las palabras anhelan salir, pero el miedo a perderlo las reprime de nuevo.

—Por favor. —Me atrae a sus brazos y me mece hacia adelante y hacia atrás hasta que mis sollozos se convierten en escalofríos—. Dímelo.

Su calidez es demasiado. No puedo dejar de temblar.

—Es... —Me ahogo con la palabra, la entierro en su hombro.

—¿Es qué, eh? Dímelo.

Cuando no respondo, simplemente me abraza con más fuerza, apoyando su barbilla en mi cabeza, envolviéndome en el tipo de consuelo que me hace sentir como la peor persona viva. No merezco nada de esto. —Nunca debí haberte llevado a la reunión.

—No. —Finalmente encuentro mi voz. Un pequeño fragmento de ella, de todos modos—. No es eso.

—Ya has pasado por suficiente. Tu padre... —No termina la frase, solo me atrae aún más cerca—. Dios, lo siento. No pensé.

Me quedo quieta contra él. ¿Lo sabe? La sangre ruge en mis oídos, ahogando cada pensamiento excepto uno: él lo sabe. Pero cuando miro hacia arriba, su expresión es toda preocupación, nada de la traición que espero ver.

Limpia una lágrima de mi mejilla. —Nunca más tendrás que pasar por eso de nuevo. Carmela me contó cómo nunca celebraste cumpleaños. Cómo te sobresaltas con los ruidos fuertes. Nunca más, Besa. Nunca.

La oleada de alivio me golpea tan fuerte que casi empiezo a llorar de nuevo. —Dom...

—Lo digo en serio, Besiana. —Sus manos acunan mi rostro, obligándome a mirar sus ojos—. No estás sola. Me tienes a mí. Nos tienes a todos nosotros.

No sé qué duele más. Que él piense que estoy tan molesta por mi padre, o que lo estoy dejando pensar eso. Mi cabeza cae contra su pecho, y se siente como ahogarse. Como caer.

Su voz es tan baja que apenas la oigo. —Te protegeré.

—¿Lo prometes?

Mi susurro sale en carne viva, desgarrado. Él no sabe que en realidad le estoy pidiendo que me proteja de su propia familia cuando descubran lo que he hecho, pero no duda en estar de acuerdo.

—Por supuesto que sí.

Su aliento agita mi cabello, y suena tan seguro, tan firme, tan condenadamente amoroso que rompe algo profundo dentro de mí. Presiono mi boca contra su camisa y asiento, y el movimiento me destroza de nuevo. No puedo hacerle esto, no puedo soportar el peso de lo que estoy haciendo, pero tampoco puedo parar. Mi propia necesidad egoísta de él no me lo permite.

Me acomoda para que quede acostada en el sofá, con la cabeza sobre su regazo. Acaricia mi cabello con movimientos largos y reconfortantes.

—Ahora tienes una nueva familia —dice.

Cierro los ojos, deseando que las lágrimas se detengan. Pasa mucho tiempo antes de que lo hagan.

Su toque sigue siendo suave. Su voz un susurro en la oscuridad. —Nosotros somos tu familia.

Me quedo dormida así, envuelta en él y sus promesas. Diciéndome a mí misma la mentira más grande de todas: que él nunca lo descubrirá.

17

Domenico

Hay silencio en el restaurante, una especie de calma que cae sobre una sala llena de gente rica. Están vestidos para matar, estos tipos del Upper East Side. Trajes elegantes y joyas resplandecientes, llevando su importancia como una capa extra de piel. Besiana parece pertenecer aquí, con la espalda recta y llena de aplomo. No estoy acostumbrado a verla fuera de las reuniones de negocios y las reuniones familiares, siempre con un amortiguador entre nosotros. Pero aquí está, sentada frente a la mesa, mirándome fijamente.

—Así que estamos haciendo esto al revés —digo—. Primero casados, ahora nuestra primera cita.

Su boca se curva en una sonrisa. Es pequeña y precisa, como hace todo. —¿Lo tendrías de otra manera?

Su vestido está perfectamente confeccionado y es sencillo. Se ajusta perfectamente. Un blanco intenso contra sus rasgos oscuros. El escote es bajo, el dobladillo coqueto. Se sienta con una pierna cruzada sobre la otra, cada tacón como un arma, letal y elegante. Besiana no solo usa ropa; la convierte en arma. Mi primera impresión es de precisión, pero cuanto más la miro, más veo más allá de la armadura. Las horas que debe haber dedicado a prepararse. Nuestro matrimonio puede ser un movimiento de

negocios, pero esto —el vestido, la cena, la casi sonrisa— es algo completamente diferente.

El restaurante es de alta gama, cada detalle inmaculado. Pisos de mármol, manteles blancos y candelabros que proyectan un tenue resplandor sobre todo. Estamos rodeados por la élite de la ciudad: personas que poseen rascacielos y barrios enteros, todas piezas en movimiento en un tablero de ajedrez que creen controlar. Los ojos de Besiana se encuentran con los míos, y por una vez, no siento que esté jugando un juego.

—Es una primera vez para mí —digo.

Levanta una ceja, divertida. —¿Tener una cita?

—Hacer algo fuera de orden.

Nuestra mesa está junto a la ventana, las luces de la ciudad parpadean justo más allá del cristal. Lleva un vestido azul oscuro, elegante y sofisticado, que se ajusta a su figura en todos los lugares correctos. Me doy cuenta de cuánto tiempo he estado esperando esto: este momento, esta mujer, este espacio entre nosotros que finalmente comienza a reducirse.

Aparece un mesero con menús, tan silencioso que apenas lo noto. Dejo que Besiana ordene primero, y su voz es como terciopelo cuando le habla al hombre. Pide salmón y espárragos, las palabras lentas y cuidadosas. Luego cierra el menú de golpe.

—Tomaré lo mismo —digo, entregando mi menú sin mirar.

Sus ojos se entrecierran una fracción. —¿Me estás copiando ahora?

—Es difícil mejorar la perfección.

El mesero se escabulle, dejándonos solos de nuevo, rodeados por el murmullo de conversaciones adineradas. Recuerdo lo que me preguntó hace unas semanas, un indicio de curiosidad que me desconcertó. Es la apertura perfecta, así que la aprovecho. —El químico que te interesaba —empiezo—. El que querías conocer.

Observo cómo su expresión se cierra, el interés desaparece. —No quiero saber.

—No fue eso lo que dijiste antes.

Se mueve en su silla, sus dedos apretando la servilleta. —He cambiado de opinión. Además, ya fui a la farmacia. No necesito ningún químico.

Está levantando un muro, y por una vez, no estoy de humor para derribarlo.

—Está bien —digo, sabiendo cuándo no presionar.

Pero deja un sabor amargo en mi boca, la oportunidad perdida de hacer algo por ella.

Miro por la ventana, dándole espacio para respirar. La gente pasea por la acera, sus vidas simples e intactas por nuestro mundo. Suena la bocina de un auto, la ciudad nunca está en silencio. Me recuerda algo más que había planeado, un gesto que ahora empieza a parecer torpe. —Pensé en aprender algunas palabras en albanés para ti —digo, volviéndome hacia ella—. Carmela me dijo que no me molestara.

Un destello de emoción pasa por su rostro, tan rápido como un relámpago. Lo reconozco como dolor, pero desaparece tan rápido que me hace cuestionar si lo imaginé. La cuidadosa compostura de Besiana toma el control como un editor reescribiendo un borrador desordenado, corrigiendo cualquier señal de vulnerabilidad.

—Carmela es muy observadora —me dice con suavidad.

Su voz es tranquila, pero hay una tensión en ella, una señal de que está conteniendo algo en su interior.

—¿Por qué no te gusta hablarlo?

Su mano alcanza la copa de vino. Se toma su tiempo para levantarla y la sostiene cerca de sus labios. No bebe, no se mueve, como si estuviera congelada en un momento de indecisión.

—Me recuerda a la ira y la violencia.

Su confesión es tan silenciosa que casi no la capto, pero las palabras quedan suspendidas en el aire entre nosotros, más pesadas de lo que deberían ser.

—¿Por qué? ¿Porque lo aprendiste de tu padre?

Asiente, y hay una especie de finalidad en ello. Deja la copa sin beber.

—Sí.

Su voz es firme pero tensa, como una cuerda floja por la que camina. Sus dedos se aferran al tallo antes de soltarlo.

—Todo en mi vida vuelve a él —dice, con amargura en su tono—. La forma en que hablo, la forma en que pienso, la forma en que me siento sobre los idiomas. —Intenta sonreír, pero no llega a sus ojos —. Especialmente los idiomas.

Siento que la puerta se cierra, su renuencia a revisitar un pasado que aún está demasiado presente para ella. Pero algo me impulsa a presionar un poco más, a conocerla un poco más.

—¿Por qué es eso? —pregunto.

—Incluso ahora, cuando lo escucho, todo lo que puedo pensar es en Baba.

Toma su servilleta, alisando los bordes. Espero, sintiendo que hay más.

Pasa un largo momento antes de que hable de nuevo.

—Pero no siempre fue así —dice, y debajo de su control, casi puedo escuchar una grieta.

—Puede que haya sido la lengua materna de mis padres, pero en nuestra casa, solo se hablaba con ira. —Besiana deja su copa, mirando más allá de mí—. Excepto cuando Mami estaba viva —dice suavemente—. Recuerdo que me cantaba en albanés. Una canción de cuna.

La intimidad del momento queda suspendida entre nosotros. Me dan ganas de estirarme sobre la mesa y atraerla hacia la seguridad que he estado construyendo, ladrillo a ladrillo. Pero no me muevo. En cambio, pregunto: —¿Cantaba a menudo?

—Todas las noches —dice.

Hay una tensión en sus palabras ahora, como si estuvieran conteniendo más de lo que dicen.

—¿Cómo murió?

—Una enfermedad —responde Besiana, pero hay algo extraño en su respuesta.

Suena ensayada, como si estuviera repitiendo una historia que no está segura de creer. El aire entre nosotros es pesado, y siento que presiona, el peso de lo que no me está diciendo. Me doy cuenta entonces de que haría cualquier cosa —diría cualquier cosa, sería cualquier cosa— para evitar que vuelva a sentir ese peso alguna vez.

Llega nuestra comida, pero apenas lo noto. No puedo creer que alguna vez la consideré una transacción comercial, solo un peón en un movimiento estratégico. La idea de que ella sufra, de que no esté protegida, es como un tornillo apretándome el pecho. Corto el salmón, pero he perdido el apetito.

Un mesero se acerca y nos pregunta si necesitamos algo más. El servicio aquí es excelente, atento sin ser abrumador. Pero luego se dirige a Besiana, hablándole con un ligero tono en su voz. —¿Algo para beber además del vino?

El tono, la forma en que la mira, hace que el calor suba por mi cuello. No merece su trabajo. Diablos, ni siquiera merece sus manos. Antes de darme cuenta, le he agarrado la muñeca, clavando un tenedor en su mano y en la mesa. Deja escapar un grito, con los ojos abiertos de shock y dolor.

—¡Dom! —La voz de Besiana es cortante, atravesando la neblina roja de mi temperamento.

Me inclino, hablando para que solo el mesero pueda oír. —Consigue una toalla. Termina tu turno. Luego busca un nuevo trabajo.

Se aleja tambaleándose, agarrándose la mano, dejando el tenedor atrás. La sala zumba de sorpresa, los ricos fingiendo que no han visto nada. Me vuelvo hacia Besiana, esperando su enojo, su decepción. En cambio, veo un destello de gratitud en sus ojos. Parpadea por un momento y luego desaparece.

—Puedo cuidarme sola —dice, en lugar del gracias que estoy seguro que está pensando.

Sus palabras son confiadas, pero hay un destello de incertidumbre en sus ojos. Está tan acostumbrada a valerse por sí misma, una fortaleza de independencia. Me pregunto si puede ver a

través de su propia armadura, ver lo cansada que está de ser intocable.

Dejo que el silencio se extienda, sabiendo que le molestará. A Besiana no le gustan las pausas; es toda precisión.

Finalmente, digo: —Una vez me dijiste que se me permite sangrar. Lo mismo va para ti. Se te permite sentir, y se te permite dejar que te ayude.

Abre la boca, la cierra, sus pensamientos trabajando. Sus dedos juguetean con la servilleta, y su mirada cae a la mesa. Puedo verla luchando consigo misma, la idea tan ajena que apenas puede aferrarse a ella. Cuando levanta la mirada, sacude la cabeza, con una sonrisa irónica jugando en sus labios. —Nunca debí haber sido tan directa.

—Sí que jodidamente deberías haberlo sido.

Sale más contundente de lo que pretendo, pero no me arrepiento.

La miro, absorbiendo su forma, la manera en que su vestido se hunde en su escote. Me siento como un hombre ahogándose, y ella es lo único que quiero que me hunda.

Llega la cuenta, y tiro unos cientos sobre la mesa, sin molestarme en contar. Veo a Besiana ponerse de pie, grácil como siempre, y mis ojos se detienen en sus piernas, en la curva de sus caderas. Es toda elegancia y control, y no deseo nada más que destrozar ambos.

Salimos, y la ciudad me golpea con su ruido y luz. La gente sale en tropel de los bares, riendo demasiado fuerte, viviendo vidas que me parecen ajenas. Mi mundo se estrecha y se afila hasta que solo somos nosotros dos. Mi mano encuentra la suya, y la atraigo hacia mí, hacia la sombra del restaurante.

Todo en lo que puedo pensar es en sus labios. La única vez que le permití acercarse a mí, el castigo que me castigó más a mí que a ella. El recuerdo arde, abrasando cada pensamiento. Envolvió esos labios alrededor de mi verga como si fuera un acto de desafío, como si me estuviera reclamando incluso cuando yo intentaba reclamarla.

Pero ahora quiero darle más que eso. Más que castigo. Quiero darle placer.

La empujo contra la ventana. Ella no se resiste, no intenta contenerse. Es un shock para mi sistema, su disposición. Sus ojos se encuentran con los míos, llenos de un fuego que refleja el mío propio.

—Puedes ser directa conmigo, cara —digo.

Tomo su boca con la mía, besándola como si estuviera hambriento de ella, de ella. Sus labios son suaves y urgentes, y me presiono contra ella, sintiendo el calor y la necesidad y la promesa de todo lo que está por venir.

18

Besiana

El restaurante se encuentra en una acera concurrida en medio de Manhattan. Es exactamente el tipo de lugar que promete privacidad y ofrece espectáculo. Domenico ignoró nuestra mesa junto a la ventana tanto como pudo durante la cena. Ahora no la está ignorando.

Me presiona contra ella, besándome con fuerza. Estoy mareada por el beso. Mi vestido, blanco e indecente, se ha enredado en mis piernas, y la mirada en sus ojos está haciendo lo mismo con el resto de mí.

Digo:

—Vamos a casa.

Se aleja un poco, solo un poco, y ya lo extraño.

—Tengo una mejor idea —dice.

La mano de Dom agarra la mía, posesiva y urgente, mientras me guía por la cuadra. Hay tanto ruido y luz: taxis amarillos salpicando charcos, luces traseras rojas detenidas en fila, y el destello de los semáforos al cambiar. El aire tiene un frío que puedo sentir a través de mi vestido, pero mi piel está caliente, eléctrica. La ciudad huele a cuero, asfalto y poder, y la acera está llena de hombres de traje y mujeres con tacones. Las mujeres miran fijamente mientras Dom se abre paso entre la multitud. Él está acostumbrado a esto; yo estoy

acostumbrada a esto. Pero esta noche no me gusta. No quiero compartirlo con sus miradas. No esta noche. No después de que me besara así.

—¿Cuál es esa idea asombrosa? —pregunto, bromeando, sintiéndome más ligera que nunca.

—Ya verás, cara.

Estamos a dos puertas cuando me doy cuenta de adónde nos dirigimos. Un elegante toldo negro. Un vestíbulo lleno de granito y vidrio. Un discreto letrero de bronce sobre un portero con abrigo de lana verde: el Hotel Aman.

Domenico se dirige a la recepción. Una pulsera dorada brilla en la muñeca de una chica con un moño de bailarina y acento francés. Sabe quiénes somos.

—¿Tiene una reservación, señor Rosetti?

—Domenico —digo, cambiando mi peso y cruzando los brazos—. ¿Hiciste una reservación? —Mi voz tiene un tono frío, pero en realidad estoy un poco asombrada. En este lugar, de último minuto significa el próximo mes. No para nosotros, aparentemente.

Me atrae contra él, mi espalda contra su pecho, sus manos en mis caderas. No es una respuesta a mi pregunta, pero es mejor que una.

—Sin reservación. Pero tomaré la suite penthouse.

—Monsieur, el penthouse ya está reservado...

—Ahora —dice, sacando un grueso fajo de billetes de su billetera. La chica del moño sonríe profesionalmente, pero sus ojos se iluminan.

—Déjeme traerle la llave de inmediato.

Trato de no temblar mientras el frío de la calle se asienta de nuevo en mi piel. Trato de no jadear cuando su aliento, cálido, sopla contra el lado de mi cuello. Es un sonido pequeño, pero él lo escucha y me atrae con más fuerza.

Las puertas del ascensor se cierran tras nosotros. El vestíbulo desaparece, luego el segundo piso, luego el tercero. Ya no quiero bromear. Atraigo su rostro al mío. Quiero más. Él me da más,

levantándome contra él, saboreándome, saboreando el lado de mi cuello, justo donde sabe que me volverá loca. Mis piernas se envuelven a su alrededor, apretadas. Sus manos se enredan en mi cabello. Estoy perdiendo la cabeza.

Imagino que la suite será agradable, pero el ascensor es mejor. Es mi lugar favorito en el que hemos estado. Me presiono contra él y pienso que podría morir. He deseado esto desde siempre, y finalmente voy a tenerlo. Él no tiene idea de lo que ha hecho, de lo peligrosa que soy. Las reglas han cambiado. No puede tocarme así y esperar mantener su ropa puesta.

Deslizo una mano entre nosotros y desabotono su chaqueta, luego la empujo sobre sus hombros y la dejo caer al suelo del ascensor. Su camisa es la siguiente, pero no con paciencia. He querido poner mis labios en su pecho cada noche que hemos compartido cama —platónicamente, por acuerdo mutuo, lo que ahora parece jodidamente ridículo— y no voy a esperar ni un momento más. Desabrocho los botones con mis dedos y dientes, abriéndola de un tirón y presionando mi boca, abierta y caliente, contra su piel.

—Besiana —dice, con voz áspera y ronca. Creo que nunca lo he escuchado así.

El ascensor suena y él retrocede, solo por un segundo. Se quita la camisa arruinada de los hombros y sonríe de una manera que asustaría a cualquier otra persona. Pero yo no soy cualquier otra persona. Me encanta, y él sabe que me encanta, y estoy harta de tratar de ocultarme. Finalmente, siento que he encontrado a alguien de quien no necesito esconderme.

Estoy tan absorta en su cuerpo que casi me pierdo toda la cosa del penthouse cuando entramos.

El pecho desnudo de Dom, todo músculo delgado y piel, es tan perfecto como siempre lo he imaginado. Cada vez que he pensado en él ha sido exactamente así. Su camisa arruinada está hecha un charco en el suelo, blanca y crujiente y hecha a medida y rasgada, y no puedo creer que hice eso, excepto que sí puedo, porque es como

me siento ahora mismo. Es como me he sentido desde que me empujó de rodillas para castigarme con su polla en mi boca.

Me atrapa contra la pared más cercana, sus ojos tan feroces y duros como su polla. Su boca es suave, húmeda, en todas partes, luego está dejando besos a lo largo de mi clavícula, luego está en mis muslos. Mis malvados y afilados tacones caen de mis pies al suelo. Desliza sus manos por mis piernas, subiendo mi falda, arriba, arriba, arriba. Besa una línea ascendente por mi pierna, una línea deliberada de fuego, y mi cabeza cae hacia atrás contra la pared. Mis ojos se cierran y pierdo la noción de todo.

—Dom —digo, arqueándome, la pared dura y fría contra mis hombros—. Dom.

No responde. Su rostro está al nivel de mi centro. La tela de mis bragas se mueve a un lado, y sus dedos se deslizan dentro de mí, trabajándome hasta que no puedo soportarlo. Hasta que no puedo mantenerme en pie. Me aferro a su cabello, tirando de él en grandes puñados, atrayéndolo más cerca. Su otra mano presiona contra mi cadera, dejando moretones, insistente. Quiere que me quede quieta. Pero estoy temblando, salvaje. Nunca pensé que podría ser así. Nunca he dejado que fuera así con nadie antes, tan salvaje y temerario.

—Más —digo porque soy débil y codiciosa y no puedo pensar en ninguna razón para no pedir.

Sus dedos empujan dentro de mí, más fuerte y más rápido, hasta que todo mi mundo se inclina y gira. Estoy sin aliento e indefensa, aferrándome a él y apretándome a su alrededor, y estoy tan cerca de quebrarme que temo que pueda detenerse. Pero no se detiene. Me empuja más lejos, mi cuerpo tan apretado alrededor de sus dedos, llevándome más alto, más cerca, mi mente un borrón salvaje y mareado.

Luego está sacando sus dedos de mí. Sacándolos lo suficientemente lento como para volverme loca, lo suficientemente lento como para que piense que podría morir por ello.

Y entonces está de pie, alto y ancho y perfecto, sus ojos feroces mientras se encuentran con los míos. Mantiene mi mirada, ilegible, luego lleva sus dedos a mis labios.

Los separo, húmedos y deseosos, tomándolo, saboreándome a mí misma. Él me observa, intenso pero silencioso, mientras envuelvo mi lengua alrededor de su piel.

Luego su boca está sobre la mía otra vez, su lengua deslizándose contra las puntas de sus propios dedos, un enredo perverso y delicioso que me deja sin aliento.

—Abajo, esposo —le digo, ejerciendo una suave presión sobre sus hombros y, para mi sorpresa, obedece.

En un momento, está de rodillas nuevamente, justo donde lo necesito. Su boca está donde estaban sus dedos, una lenta caricia de fuego que me consume. Lame mi clítoris, juega con él, sin darme suficiente presión hasta que mis manos se entierran en su cabello y empujan. Ahí. Sus dedos se unen a su lengua, vibrando contra mí. Mi espalda se arquea y se levanta de la pared. Y estoy ardiendo y perdida y viva. Mueve su lengua, áspera y precisa, y mi mundo es él.

Está ávido de mí, puedo saberlo por sus gemidos, ávido por la forma en que tiemblo y me deshago, por la forma en que no puedo evitar llamarlo por su nombre. Me destrozo una y otra y otra vez, y a él le encanta, a mí me encanta, y me encanta que me encante.

Es casi demasiado, la forma en que me trabaja. La forma en que gana. La forma en que lo dejo. Se aleja y me mira, temblorosa y expuesta. No hay distancia, no ahora. Ya no. Está bajo mi piel, y lo sabe, y está tan malditamente complacido que casi quiero llorar. Mantenerme distante de él ha sido como luchar por respirar. Nunca se me ha permitido ser así: imprudente y deseosa y amada. Pero ahora, con él, lo soy. Soy libre.

Está de pie en un instante, atrayéndome a sus brazos y acariciando mi cuello con esa barba incipiente suya. Sus labios dejan un rastro de fuego sobre mi piel, y gimo un poco, aún sensible por mi clímax. Él se ríe, bajo e íntimo.

—¿Puedes soportar más? —susurra contra mi lóbulo. Me estremezco.

Sus manos van a la parte baja de mi espalda, bajando el cierre de mi vestido muy lentamente, dejándolo caer a mis pies. Ahora estoy desnuda ante él excepto por mis bragas de encaje. La tensión es deliciosamente insoportable; cada segundo que pasa me hace desearlo aún más. Y él lo sabe; se está tomando su tiempo a propósito.

Sus dedos trazan la curva de mis caderas antes de enganchar un pulgar en la cintura y tirar de ellas hacia abajo.

—Hermosa —murmura contra mis labios, su cuerpo un muro duro de músculo contra el mío.

Desabrocho sus pantalones, empujándolos hacia abajo junto con sus calzoncillos, todo en un movimiento apresurado. Su dureza se libera, y jadeo ante la vista de él, erguido y orgulloso ante mí. Es hermoso de una manera que es casi pecaminosa.

Finalmente, está de pie ante mí completamente desnudo. Su cuerpo es una escultura de músculos delgados, cada centímetro duro y suave bajo mi mirada. Pero es la forma en que me mira lo que realmente me deshace.

Sus manos caen a sus costados mientras me mira, ojos oscuros y pesados de deseo. Está en silencio, solo bebiéndome con la mirada, y una oleada de adrenalina recorre mis venas como una dosis de la droga más fuerte. Me deleito en ello, en él, en el poder que tengo sobre este hombre que domina cada habitación en la que entra.

Lentamente, se acerca a mí, su mirada nunca dejando la mía. Su mano sube para acunar mi mejilla mientras su pulgar acaricia suavemente mi labio inferior. El toque es ligero pero envía escalofríos por mi columna, haciendo que se me erice la piel.

Alzo la mano para tocar su rostro, trazando la línea afilada de su mandíbula antes de bajar a los firmes planos de su pecho.

—Dom... —jadeo cuando sus dedos se deslizan hacia mi cuello y luego mi clavícula, trazando cada línea y curva.

Él se ríe al escuchar su nombre en mis labios, el sonido profundo y resonante en la habitación silenciosa. —Paciencia, cara — murmura, bajando la cabeza para capturar mis labios en un beso abrasador.

Su lengua se desliza contra la mía en una danza lenta que me hace caer en un vertiginoso remolino de deseo. Su sabor es embriagador, y mis dedos se clavan en su espalda, desesperados por más contacto.

Se aparta lentamente, dejándome sin aliento y deseosa. Sus manos recorren mi cuerpo mientras da un paso atrás, observándome de pies a cabeza. Sus ojos están llenos de lujuria, su mirada devorando cada centímetro de mi piel expuesta.

—Eres exquisita —confiesa, su voz baja y ronca—. Mía.

Su posesividad envía un escalofrío de emoción a través de mí. Una pequeña parte de mí está aterrorizada por lo mucho que me encanta, lo mucho que quiero ser reclamada por él. Pero la parte más grande, la parte que ha cobrado vida en sus brazos esta noche, se deleita en ello.

Sus dedos trazan mis curvas con una reverencia que me quita el aliento. Cada toque es firme pero cuidadoso, como si temiera romperme. Sus manos continúan su exploración, moviéndose por mi cuerpo, a lo largo de mis costados, sobre la curva de mi cintura. Se está tomando su tiempo, provocándome con cada toque, cada beso. Su palma encuentra mi pecho y acaricia el pezón endurecido con su pulgar, su toque ligero como una pluma y enloquecedoramente lento.

Gimo en su boca hasta que baja la cabeza para reemplazar su pulgar con su boca. La sensación de sus labios en mi piel es electrizante y no puedo suprimir el gemido que sale de mi boca mientras me toma más profundamente.

Me conduce hacia el dormitorio, un espacio amplio dominado por una cama con dosel de gran tamaño debajo de una araña ornamentada.

Sus manos agarran mis caderas, levantándome del suelo. Instintivamente envuelvo mis piernas alrededor de su cintura, presionando mi cuerpo contra el suyo de una manera que nos hace gemir a ambos. Me lleva hasta la cama, acostándome suavemente antes de cubrir mi cuerpo con el suyo.

La sensación de él contra mí es embriagadora. Su dureza empuja en mi entrada, haciéndome gemir de necesidad. Pero permanece quieto, capturando mi mirada con la suya. Sus ojos son tan intensos; están casi negros de deseo. Y sin embargo, hay una suavidad allí que hace que mi corazón se agite.

—Te amo —murmura contra mis labios antes de empujar dentro de mí.

Las palabras me golpean más fuerte de lo que esperaba. Jadeo por la intensidad de ellas, por la intensidad de él llenándome completamente. Las lágrimas pican en las esquinas de mis ojos mientras lo miro. La respuesta está en mi lengua, pero no fluye naturalmente, así que lo envuelvo en otro beso.

Y entonces él se está moviendo de nuevo, y Dios, es éxtasis.

Empieza a moverse, el ritmo lento y medido al principio. Sus embestidas están perfectamente sincronizadas, cada una enviando una descarga de placer que irradia a través de mí. La sensación de tenerlo dentro es embriagadora: una deliciosa combinación de placer y un toque de dolor que me hace echar la cabeza hacia atrás en éxtasis. Su mano encuentra la mía, nuestros dedos entrelazándose mientras continúa moviéndose dentro de mí.

Me muevo con él, mi cuerpo arqueándose para encontrarse con cada embestida. Está enterrado dentro de mí, tan profundo que puedo sentirlo en cada terminación nerviosa. Mis manos recorren su espalda, trazando las líneas de sus músculos mientras se mueve.

Sus gemidos llenan la habitación, el sonido crudo y desesperado. Ya no se contiene, su cuerpo golpeando contra el mío mientras busca su liberación. Puedo sentirlo desmoronarse, sus movimientos volviéndose erráticos y salvajes. Y entonces llega, derramándose dentro de mí con un grito áspero de mi nombre.

Su mano se desliza entre nuestros cuerpos, encontrando mi sensible botón. Juega con él, sumando al placer que ya amenaza con consumirme.

—Zemër —gimo, el término albanés escapando de mis labios mientras me aferro a él, mis uñas clavándose en los duros músculos de su espalda mientras cada músculo de mi cuerpo se contrae.

Domenico está enterrado profundamente, alojado bajo mi piel, y nunca quiero que se vaya.

19

Domenico

Todo se siente diferente hoy. La luz que entra por la ventana, la sensación de las sábanas, el lento y suave tirón de la respiración de Besiana contra mi cuello. Por primera vez en años, no quiero moverme. Incluso el dolor en mi hombro es menos cruel. Su pierna está echada sobre mí, pesada y cálida. Su brazo también. No sé dónde termina ella y dónde comienzo yo, y no me importa. Todavía puedo olerla en mi piel. Todavía puedo saborearla en mi lengua. Todavía puedo escuchar cómo dijo mi nombre anoche, abriendo mi mundo de golpe.

Las sábanas crujen cuando ella se mueve. Suspira suavemente, sus labios apenas rozando mi cuello. Contengo la respiración para no despertarla, para poder aferrarme a esto: a cómo se siente ella a mi lado, a cómo me hace sentir, antes de que el día irrumpa con todas sus expectativas y exigencias. Anoche, lo dije en voz alta. Tres palabras que saben extrañas en mi boca, que nunca había dicho antes. —Te amo —Simple, expuesto. Por una vez, no fui estratégico. Por una vez, fui el tonto. Se sintió como entregarle un arma cargada y esperar que no disparara. Pero lo decía en serio. Aún lo hago. La mirada en sus ojos cuando se dio cuenta de que no estaba jugando, de que no estaba mintiendo.

Ella no me lo dijo de vuelta, pero no esperaba que lo hiciera. Se lo dije porque era verdad. Porque es verdad.

Cierro los ojos, obligándome a volver a dormir. No quiero que esta sensación se desvanezca. El ático del hotel está en silencio, solo se oye el suave zumbido de la ciudad afuera. Su respiración me tranquiliza. No he dormido tan bien en años, pero me desperté queriendo más de ella. Siempre lo hago.

Su cabello es un enredo sobre mi pecho, suave y oscuro. Ahora me deja tocarlo. Me deja tocarla en todas partes. Me muevo debajo de ella, siento su pierna apretarse a mi alrededor como si no quisiera que me fuera. O tal vez eso es solo lo que quiero que signifique. Pienso en anoche, en cómo me miró como si nadie más estuviera mirando. Cómo se abrió para mí, amplia y hermosa y mía.

Besiana suspira, un sonido bajo y somnoliento que me excita de nuevo. Toda la habitación huele a ella, y lo respiro, preguntándome si aún estoy soñando. Ella se mueve, se acomoda contra mí, pero no se despierta. Nunca baja la guardia así. Su maquillaje está corrido, una sombra bajo sus ojos, y nunca se ha visto más perfecta.

Me giro de lado, atrayéndola más cerca. Encaja en el hueco de mi brazo. Incluso en su sueño, está cautelosa. No dice mucho sobre él, pero sé que su padre la mantiene con una correa corta. Sé lo que hacen los hombres como él. Ella dijo que yo era como él una vez. Frío. Sin sentimientos. Como si no pudiera amarla aunque quisiera.

Nunca olvidaré la mirada en sus ojos cuando le dije que la amaba. Intentó ocultarlo, ser cuidadosa y afilada y Besiana, pero la vi. La veo ahora, como realmente es. La sábana se tensa sobre sus pechos y su vientre, y quiero verla toda de nuevo. Quiero despertarla y ver la sorpresa en su rostro.

Sigo el rastro de su cabello con mis dedos, dejándolo deslizarse entre mis manos. Mi polla está tan dura que casi duele. Debería dejarla dormir, pero no tengo ese tipo de paciencia. No cuando está justo aquí, suave y cálida y todo lo que siempre he deseado. El resto del mundo está esperando que nos destruyamos mutuamente. Estoy listo para ello, pero aún no.

Ahora no.

Aparto las sábanas lentamente, y ella tiembla ante la pérdida. Deja al descubierto sus pechos, su vientre, sus piernas. Es demasiado perfecta, demasiado tentadora. Aún no se despierta. No sé si quiero que lo haga, si la quiero así, vulnerable y entregada. Murmura algo que no alcanzo a entender, pero no necesito hacerlo. El sonido es suficiente. Sus bragas son un enredo de encaje negro en el suelo, y me encanta la idea de que sigan allí, un recordatorio perfecto de anoche.

Deslizo mis dedos por su muslo y ella se retuerce. Tan malditamente perfecta. Alcanzo entre sus piernas, ya húmeda y lista para mí. Su piel está caliente, su pulso frenético contra mi palma. Se estremece, empuja contra mí como si no pudiera evitarlo, y mi control se rompe.

La giro sobre su espalda, mi respiración áspera en mi garganta. El peso de su cuerpo debajo del mío me hace sentir como un hombre diferente. Como alguien capaz de más que control y cálculo. Observo su rostro mientras empieza a despertar, mientras me dirige esa mirada suave, y me vuelve loco. Su respiración se acelera, y sus manos suben, deslizándose en mi cabello y tirando de mí hacia abajo.

Dejo que se queden allí.

—¿Estabas soñando conmigo, nena? —susurro contra su oído, presionando la longitud de mi cuerpo contra el suyo. Sus labios se separan, el inicio de mi nombre escapando, y es la única respuesta que necesito. Me introduzco en ella, profundo y seguro, enterrándome con una embestida dura. Ella grita, sin aliento, necesitada, tan malditamente hermosa.

—Dom...

Mi nombre, una plegaria, una promesa. Se arquea hacia mí, codiciosa y jadeante, atrayéndome aún más cerca. Sus muslos agarran mis costados, y tiene una docena de quejas en la punta de la lengua. No dejo que las exprese.

—¿No puedes dejarme dormir? —dice, con la voz entrecortada, bromeando. Tampoco dejo que haga eso.

Sus uñas se clavan en mi espalda, y me trago el resto de sus palabras. La tomo dura y rápidamente, presionando sus muñecas por encima de su cabeza y manteniéndolas allí, implacable y seguro. Ella quiere esto tanto como yo, y nunca ha sido así antes. Nunca.

Sus piernas se cierran alrededor de mi cintura, y embisto más profundo, más fuerte. Se muerde el labio, luchando contra lo que siente. Es lo que amo de ella. Es lo que me vuelve loco.

—No tienes que contenerte —le digo, con un gruñido bajo en mi garganta—. No conmigo.

Ella gime, echando la cabeza hacia atrás, los labios rojos y desesperados volviéndome loco. No cedo, viéndola deshacerse, viendo la sorpresa en su rostro mientras me muevo más rápido. Sus caderas se levantan para encontrarse con las mías, y tengo que decírselo de nuevo, tengo que decir las palabras que nos deshacen a ambos.

—Te amo.

No sé si me escucha, no sé si es capaz de algo más que esto, el empuje y tirón y el impulso de nuestros cuerpos juntos. Me pierdo en ello, en ella, en nosotros, el resto del mundo desvaneciéndose. Ella jadea, se estremece, y luego lo dice de vuelta en un apuro de aliento, un apuro de calor, un apuro de todo.

—Yo... —Su voz se quiebra, luego todo su cuerpo, y grita mi nombre.

Es todo lo que quiero. Es más de lo que esperaba.

Llego al clímax con un estremecimiento y un gemido, desplomándome en sus brazos. Ella me sostiene allí como si nunca planeara soltarme.

Ríe un poco, sin aliento y satisfecha debajo de mí.

Sus mejillas están sonrojadas, los labios hinchados, los ojos entrecerrados, y es la visión más hermosa que he visto jamás.

Sus dedos se enredan en mi cabello, las uñas rozando mi cuero cabelludo de una manera que me hace querer empezar todo de

nuevo. Me muevo ligeramente, con cuidado de no aplastarla, y ella suspira contra mi pecho cuando me aparto rodando.

—Tú... —comienza, pero su voz se apaga mientras bosteza y se acurruca contra mí.

Sonrío al techo, más feliz de lo que tengo derecho a estar. —¿Qué pasa conmigo?

Su respuesta es un largo silencio seguido de otro bostezo. —Me estás haciendo muy difícil despertarme —murmura contra mi piel.

—Bien. Quédate.

Se estira perezosamente, sus extremidades cálidas contra las mías. —No podemos simplemente quedarnos aquí acostados todo el día.

Me incorporo sobre un codo para verla mejor, y ella se sonroja bajo mi mirada. Su cabello oscuro está esparcido sobre la funda blanca de la almohada como un halo de tinta y sus ojos verde pálido tienen una suavidad que rara vez he visto antes.

Lentamente, trazo patrones en su piel desnuda con las yemas de mis dedos. Ella suspira contenta, cerrando los ojos.

—¿Por qué no? —pregunto.

Besiana abre los ojos para encontrarse con los míos. —¿No tienes trabajo?

—El trabajo puede esperar —digo sin vacilar—. Primero, necesitas desayunar.

Ella sonríe entonces, suave y genuina, alzando la mano para acariciar suavemente mi mejilla. Presiono mis labios contra su frente y luego me estiro para tomar el teléfono y hacer el pedido.

Una sonrisa perezosa tira de sus labios mientras me observa hablar suavemente al receptor.

El golpe en nuestra puerta llega antes de lo esperado, un camarero del hotel llevando una bandeja de plata cargada con una pila de panqueques, con jarabe escurriendo por los lados, y un gran tazón de helado de vainilla.

Cuando el camarero se va, ella arquea una ceja hacia mí. —¿Helado? ¿Para el desayuno?

—Lo que sea por ti —le digo—. Y nunca lo olvides.

Espero pacientemente mientras ella mordisquea sus panqueques, bebiendo mi café hasta que juzgo que ha comido lo suficiente por ahora, luego saco una gran cucharada de helado y la sostengo contra su pezón, usando mi otra mano para asegurarme de que no se aleje.

—¿Qué demonios...?

—Shh, cariño —murmuro, concentrado en observar cómo su pezón perfecto se endurece con el frío del helado.

—Estás haciendo un desastre —protesta.

—Lo limpiaré —gruño, inclinándome para lamer el helado de su pecho.

Ella se ríe.

Luego, rocío jarabe de arce sobre sus pechos, observando cómo gotea sobre ellos y cae en sus piernas, en las sábanas, por su vientre.

—Ahora estás haciendo aún más desastre —bromea, pero su voz se vuelve ronca, perdiendo ese tono risueño.

—Menos mal que tengo hambre —respondo, mi voz espesa de deseo. Mi lengua sigue el rastro del jarabe, girando alrededor de su pezón antes de chuparlo en mi boca. Ella jadea, arqueándose hacia mí, sus manos encontrando el camino hacia mi cabello.

Su risa se convierte en un jadeo y luego en un gemido mientras recorro su cuerpo, saboreando cada centímetro de ella.

Su cuerpo es mi festín, mi patio de juegos, y me pierdo en su sabor.

De repente, la cama es demasiado pequeña para mi creciente necesidad de poseerla de nuevo. Mis labios se mueven más abajo, trazando las curvas de su estómago, hundiéndose en su ombligo. Ella se retuerce debajo de mí, y es música para mis oídos.

—Te deseo —murmuro contra su piel, mis manos deslizándose bajo sus muslos para abrir sus piernas—. Ahora.

Mis labios se cierran alrededor del sensible botón de carne entre sus piernas, y ella jadea de nuevo. Sus dedos se aprietan en mi

cabello mientras lamo y chupo, llevándola hacia el borde con una determinación implacable. El dulce sabor del jarabe en su piel se mezcla con su sabor único, y estoy adicto. Ella son suspiros suaves y jadeos agudos, uñas clavándose en mis hombros mientras se arquea sobre la cama. Sus piernas me rodean, acercándome más, desesperada por más.

Ella tiembla y grita cuando llega al clímax. El mundo fuera de este penthouse todavía existe, estoy seguro, pero ahora mismo no me importa un carajo.

20

Besiana

Una luz gris lo oprime todo mientras camino hacia la casa de mi padre. El edificio, los hombres que lo custodian, las ventanas que vigilan desde arriba. Yo también me siento pesada. Como si alguien hubiera reemplazado mi sangre con concreto y me hubiera ordenado correr. Mi padre estará en su oficina. Su cuchillo favorito —una hoja más vieja que yo— estará sobre el escritorio, brillando como un tercer ojo. Ensayo mis líneas con cada paso. —Ya no espiaré para usted —murmuro entre dientes—. Me retiro. La traición se arrastra sobre mi piel, sus ojos ya están sobre mí. Pero tengo que hacer esto.

Estoy vestida a la perfección. Cada línea precisa. Un traje nuevo, elegante y oscuro. Un abrigo nuevo, lujoso y caro. Italiano. Un diseñador favorecido por los Rosetti. Hay consuelo en usarlos aquí, en territorio enemigo. Si todo se va al infierno, caeré envuelta en una declaración de guerra.

Un hombre de traje oscuro abre la puerta principal. Es nuevo, recién afeitado y entusiasta. —Buenos días, señorita Dushku. —Me mira fijamente como si estuviera memorizándome, por si necesita informar sobre lo que llevo puesto y cómo me veo.

Sonrío sin sentirlo. —Por ahora —digo.

Él se hace a un lado.

Dentro, el vestíbulo se extiende ante mí, pero ignoro las habitaciones y me dirijo directamente a la puerta trasera. A esta hora del día, él estará en el jardín. Yo solía tomar el turno de la mañana temprano, leyendo mi poesía en paz, y él tomaba café allí después.

Avanzo, rápida y decidida, mis zapatos crujiendo uniformemente sobre la grava como si lo tuviera todo bajo control.

Acaricio el cuchillo de Mami, que está escondido bajo mi abrigo, aunque si esto llega a los golpes, no tendré ninguna oportunidad contra su ejército de hombres.

Adrian Dushku espera, una estatua perfecta contra el cielo gris de noviembre. Está de pie cerca del estanque de concreto que sirve como pieza central del jardín. El agua es demasiado oscura para ser invitante. Un jardinero atiende las plantas a lo lejos, y parece la escena tranquila perfecta, pero sé que hombres de traje nos observan a través de lentes de cámaras, listos para atacar. Algunas hojas que deberían haber caído aún se aferran a los árboles. Su rojo profundo casi parece sangre.

Mi padre me presta toda su atención. Su enfoque golpea como una ráfaga de aire frío. Soy lo suficientemente importante como para ser el centro de su universo, aunque sea solo por unos minutos.

Me quedo allí, lista para recitar mis líneas, cuando noto cómo está vestido. Cuello abierto. Sin corbata. Es tan poco característico de él. Incluso tiene las mangas arremangadas, como si el mero pensamiento del esfuerzo lo volviera perezoso.

Recuerdo otra ocasión, cuando llevaba una chaqueta sobre su pijama, la única otra vez que lo he visto sin traje. El día que Mami murió de su repentina "enfermedad". El día que cambió mi vida.

Doy unos pasos más cerca. Sus ojos gris pálido me encuentran, luego se detienen como si estuvieran aferrándose a algún cálculo importante. Mis líneas se disuelven en mi cabeza, pero no puedo retroceder.

—Baba —digo.

—Besiana. —Está más cálido de lo habitual. Su expresión se suaviza, todo padre orgulloso. Toda máscara—. La dirección del almacén era correcta.

Eso es lo más cerca que mi padre llegará alguna vez a agradecerme, y supongo que debería estar orgullosa. Pero todo lo que saboreo son cenizas, y paso la lengua por el interior de mis dientes para deshacerme del sabor.

—Vine a hablar de eso —digo, complacida de que mi tono se mantenga parejo, aunque mi corazón late aceleradamente.

—¿Ya tienes más información para mí? —Sus ojos se entrecierran —. Todavía necesito al químico o, al menos, la fórmula de la droga. Cada día que pasa pone a nuestra familia en más peligro.

—¿Peligro? —pregunto, con un tono sarcástico en mis palabras—. ¿Peligro de qué?

—De perder contra los Rosetti.

Me burlo. —¿Eso es todo? Me ha dicho toda mi vida que los Rosetti son despiadados y malvados. Pero usted es peor de lo que ellos jamás han sido. Está dispuesto a sacrificar a su propia familia.

Sus ojos se entrecierran, la suavidad desaparece. —Cuida tu tono, niña.

Enderezo mis hombros, tratando de parecer más fuerte de lo que me siento. Pero el miedo y la determinación corren por mis venas, tropezando entre sí para tomar el control. Su mirada es nítida y fría, erosionando mi resolución. El viento cambia, y huele como si el invierno estuviera llegando. Como si todo estuviera a punto de morir.

Me burlo, y al oírlo, su expresión apenas cambia, pero lo veo. El más leve tic en la comisura de sus ojos.

—Te estoy protegiendo —dice, sonando más apático que protector—. Te he hecho la cortesía de mantener este arreglo, desviando la culpa del ataque al almacén hacia los rusos, aunque nos ponga a todos en riesgo. —Hace una pausa, y escucho la amenaza en los bordes—. Pero esa cortesía no tiene por qué extenderse para siempre.

He jugado este juego durante veintiséis años. Siendo la buena hija. Siendo la espía. Pero si es una elección entre seguir a Mami o vivir mi vida como su herramienta, sé lo que tengo que hacer. Él es un jugador de ajedrez, y estoy cansada de ser el peón en su juego. Mis líneas vuelven de golpe, y me aferro a ellas como si pudieran salvarme.

—Ya no espiaré para usted. Me retiro.

Un destello de algo en sus ojos. Demasiado rápido para saber qué. Luego una sonrisa paciente, como si solo fuera una niña con alguna petición imposible.

Tengo diez años. Quiero un cachorro. Quiero ver a mis amigos. Quiero cualquier cosa que no sea esta vida.

—No —dice como si estuviera corrigiendo un pequeño error. Mira mi abrigo, con una ceja levantada, luego vuelve a mi cara—. ¿Qué estás pensando, presentándote vistiendo italiano?

—Estoy pensando que no lo necesito. —Levanto la barbilla.

—¿Ah, sí? —Cruza los brazos.

No parpadeo. —Ya no me usará más.

Me mira fijamente, entrecerrando los ojos. Calculando. Es peor que si estuviera enojado. Un fuerte crujido resuena, como un disparo, y mi corazón da un vuelco. Me giro rápidamente. El jefe de seguridad está de pie junto a la entrada. Su atención está fija en mí, inexpresivo, con los brazos cruzados sobre el pecho.

Adrian se encoge de hombros. Es un movimiento lento y deliberado, y lo odio. —¿Y Domenico Rosetti te está usando en su lugar? —Suena divertido, como si fuera un padre normal, preguntando por mi novio—. ¿O crees que te ama?

—No —digo, pero el filo en mi voz se escapa con la palabra. Mis manos están frías. Mis pies también.

—¿Olvidaste lo que le pasó a tu madre? —pregunta con apenas emoción—. ¿O simplemente no te importa?

Se me hace un nudo en el estómago y un pequeño suspiro agudo escapa de mi boca. Pienso en Mami. En ese día. El abrigo sobre el pijama. El doctor saliendo con dinero en el bolsillo. Tenía nueve

años, pero incluso entonces lo sabía. Sabía que la naturaleza gentil de mi madre era una debilidad, y ahora sé que el mismo destino podría estar esperándome. Después de todo, soy su hija. Igual de blanda donde importa. Si Baba se sale con la suya, iré a la misma tumba, sin importar cuánto lo intente disimular.

Aprieto los puños. —No metas a Mami en esto.

—Pero ¿no sabes que se supone que debes aprender de tu madre? —Lo dice como si fuera un gran chiste, sonriendo ampliamente.

—Siempre me dijiste que murió de una enfermedad —le respondo.

Su sonrisa se afila. —Y tú, niña lista, nunca me creíste. —Se sienta y cruza una pierna sobre la otra, sacudiéndose una mota de polvo como si no acabara de amenazar con enterrar a otro miembro de la familia—. No querrías que tu precioso esposo contrajera la misma... enfermedad.

Mis uñas se clavan en las palmas de mis manos y miro de reojo al jefe de seguridad. ¿Podré hundir la daga de Mami en el pecho de mi padre antes de que su gorila en traje nos alcance? Una idea desesperada y ridícula.

El rostro de Dom aparece frente a mí. La forma en que me mira como si no fuera un peón. No dejaré que mi padre le haga esto. No dejaré que mi familia me arruine.

¿Podríamos huir? ¿Podríamos sobrevivir?

Baba me está observando, y sé lo que eso significa. Ya ha planeado para eso. Ya lo ha tenido en cuenta. Mi padre es muchas cosas, pero nunca está desprevenido.

Aflojo los puños. Una estrategia diferente, entonces. Un último intento.

—¿Por qué? —pregunto, y mi voz es un susurro. El fantasma de una niña que solía ser—. ¿Por qué mataste a Mami?

Adrian sostiene mi mirada durante mucho tiempo. Lo suficiente como para que los latidos de mi corazón se vuelvan demasiado

fuertes en mis oídos. —Intentó irse. Intentó llevarte a ti y a Dritan y dejarme. La traición —dice— tiene una forma de alcanzarte.

No puedo respirar bien. No puedo pensar bien. Saco mi teléfono, mi único salvavidas, con el pulgar temblando mientras escribo un mensaje a Domenico. *Ven a buscarme. Ven rápido.*

Vuelvo a guardar el teléfono en mi bolsillo. Finjo estar compuesta, controlada y a cargo.

—¿Y Dritan? —pregunto. Necesito saber qué le pasó a mi hermano.

Baba se recuesta y extiende los brazos sobre el respaldo del banco de piedra. —Un terrible accidente —dice, y luego me guiña un ojo. Me. Guiña. Un. Ojo.

Estoy sudando bajo mi abrigo, el pensamiento demasiado caliente para mi piel. Era solo una niña cuando los perdí a ambos. La edad perfecta para aprender mis lecciones.

—Lo que les pasó a ellos —digo—, no le pasará a Dom.

Se ríe, y el sonido chirría como acero contra vidrio. —Ya veremos, Besiana.

Escucho su voz, pero estoy en otro lugar. Otro día. Lo veo con su chaqueta sobre el pijama, lo siento de pie sobre mí, el cuchillo de Mami en su mano. *Eres mi hija*, dijo. Su voz aún fría, y la hoja presionada contra mi cara. *Eso te hace fuerte. Una niña perfecta, perfecta.* Luego arrojó la hoja sobre mi almohada, a centímetros de mi cabeza, y se alejó.

Me llevo la mano a la mejilla, como si las cicatrices fueran recientes.

Adrian permanece quieto, observándome recordar, y no dice una palabra.

Frío. Deliberado. Letal.

—Tienes miedo —dice, lo suficientemente bajo para que solo yo lo escuche.

Hay una nueva desesperación en mí, y la odio. Soy lo suficientemente fuerte para alejarme de esta vida. ¿No es así?

—No —escupo, con las manos temblando dentro del bolsillo de mi abrigo.

—Deberías tenerlo. —Su voz es suave como la de un padre, y me dan ganas de llorar.

—Debería irme.

Sonríe. Es lento y peligroso. Me siento como un ciervo en la boca de un lobo.

Intento mantener la cabeza en alto, pero mis manos no dejan de temblar.

—Nunca deberías haber venido, Besiana. Hay consecuencias para cada elección. Irse. Llegar. Traicionar a tu propia sangre.

Asiente a su jefe de seguridad, que está parado como una sombra junto a las puertas dobles. Crunch, crunch, crunch. Cada paso sobre la grava suena como el crujido de mis propios huesos. Mis dedos se cierran alrededor de la empuñadura de mi daga.

21

Domenico

Apenas logro estacionar el auto antes de salir corriendo. El aire frío me golpea la cara, pero no lo siento. No siento nada excepto el mensaje de texto de Besiana que me quema en el bolsillo. Debí haber sabido que esto pasaría. Nunca debí dejar que se alejara de mi lado. Soy un idiota por pensar que se podía confiar en Adrian, aunque fuera por un día.

Las puertas principales están abiertas de par en par pero vigiladas como una fortaleza. Los hombres de negro apenas se inmutan cuando paso corriendo junto a ellos, gritando como un loco: —¿Dónde está ella?

Saben exactamente de quién estoy hablando.

—Patio trasero —balbucea uno de ellos.

El frío muerde con más fuerza, pero lo ignoro. Todo lo que veo en mi mente es a Besiana, sola con Adrian y sus hombres, y el miedo se agita dentro de mí como veneno.

Giro a la derecha, corriendo a toda velocidad junto a una hilera de altas ventanas, y cuando doblo la esquina, la veo. Al otro lado de la fuente de piedra. Uno de los hombres de Adrian la tiene agarrada del brazo. Puedo ver la presión de sus dedos, apretando a través de su abrigo.

Cruzo el jardín, moviéndome como una bala. Estoy a mitad de camino cuando veo la cara del guardia, cruel y fea, tensa con la arrogancia de alguien que cree que puede salirse con la suya. El viento es cortante, atravesando mi ropa, pero no lo siento. No siento nada excepto la rabia que golpea en mi pecho, al ritmo de cada paso mientras acorto la distancia. Besiana está completamente quieta, pero la conozco lo suficiente como para ver la tensión en sus hombros, la forma en que su boca se aprieta en una línea dura.

No me detengo hasta que estoy allí mismo, hasta que la grava cruje bajo mis zapatos al frenar.

Y entonces el guardia comete el error de mirarme.

Está muerto antes de que sus ojos puedan abrirse de par en par. El cuchillo se desliza fácilmente en él, justo debajo de sus costillas, y está en el suelo antes de darse cuenta de lo que sucedió. Saco la hoja y dejo caer su cuerpo. La sangre se empapa en la grava. Mi pulso está estable ahora, cada parte de mí enfocada y fría como el hielo. Tal como fui entrenado para estar. Meto el cuchillo de vuelta bajo mi chaqueta, donde pertenece. Adrian debería saber que no debe dejar que sus hombres pongan sus manos sobre mi esposa.

Más guardias se abalanzan, acortando la distancia con las armas desenfundadas. Estoy solo, pero mis hombres deberían llegar pronto. Pero no retrocedo. Nunca retrocedo, especialmente cuando la seguridad de Besiana está en juego. Cuadro los hombros, echando un último vistazo al hombre muerto a mis pies. La grava cruje mientras se acercan, mi pulso extrañamente calmado. El primer guardia lo piensa dos veces y vacila. Se detiene justo fuera de mi alcance, con miedo en su rostro, y de repente todos se están deteniendo, hasta el último de ellos se congela cuando Adrian Dushku les hace una señal.

Él está parado detrás de la fuente, con una mano levantada. Nos observa con ojos de cadáver, grises y sin vida. Los guardias siguen en alerta, sus armas temblando hacia mí, pero no se mueven. Adrian baja la mano y los atraviesa, deteniéndose cuando está lo suficientemente cerca para hablar.

—Interesante enfoque —dice.

No me molesto en responder. No hay nada que necesite decirle a este hombre. No ahora, cuando estoy más preocupado por asegurarme de que Besiana esté ilesa.

Me aparto de él y la agarro por los hombros, no tan gentilmente como debería. No tiene marcas, y trato de no imaginar cuántas habría habido si no hubiera llegado tan rápido. Ella me mira fijamente, con ojos verde pálido fríos, pero puedo ver la grieta bajo el hielo, la grieta que nadie más puede ver. Es la única señal de que está aliviada de verme.

—¿Estás herida? —pregunto.

—Viniste —dice ella, evitando la pregunta, pero no veo ninguna lesión.

—No deberías haber venido sola —digo.

Ella aprieta la mandíbula y no dice nada, desviando su mirada más allá de mí hacia el cuerpo en el suelo. El cadáver. Mis dedos se aferran a su hombro. No me importa cuán fría intente ser; si hubiera esperado un minuto más, habría descubierto cuánto daño podría hacer su padre. Esa conversación en particular puede esperar hasta más tarde.

Miro a Adrian, tratando de no dejarle ver la rabia que hierve dentro de mí. —Es tu propia hija —digo—. ¿Por qué exactamente tu hombre tenía sus manos sobre ella?

Adrian se encoge de hombros. —¿Por qué cualquier hombre pone sus manos sobre una mujer?

Los celos arden dentro de mí, pero los reprimo. Sé que este monstruo está tratando de provocarme. Pero voy a hacer que se arrepienta. Voy a hacer que se arrepienta de cada maldita palabra.

En lugar de romperle el cuello con mis puños, me quedo callado y lo dejo hablar, dejo que piense que es él quien tiene la ventaja. Me obligo a quedarme quieto, a jugar esto con cuidado.

¿Cómo se atreve Adrian a tratar tan mal a su hija? ¿Cómo se atreve?

Miro a los ojos de Besiana, tranquilizado por su feroz determinación. Era una reina, incluso frente al peligro. La daga de su madre siempre lista en su cintura.

—Ve —le digo suavemente, dejando a un lado mi enojo por un momento—. Sal de aquí.

—No te voy a dejar solo con él —dice obstinadamente, su voz un susurro contra el viento frío.

—Tienes que confiar en mí, Besa —le digo, dándole un apretón tranquilizador en los hombros.

Su mirada vacila entre la mía y la de Adrian antes de que finalmente asienta. Echa un último vistazo al guardia caído, luego se da la vuelta para irse.

Adrian le grita a su espalda mientras se aleja. —Tradhtia nuk të falet, vajzë. As nga unë, as nga bota.

Está mirando a su hija mientras se aleja, sus ojos grises escalofriántemente desprovistos de cualquier amor o preocupación paternal. Probablemente gritando una amenaza. Me da asco.

Cuando ella está a salvo, me vuelvo hacia su padre y me inclino, mi voz apenas un susurro. —Has cometido un grave error, Adrian. Verás, me importa un carajo la política del cartel o los códigos de conducta. Todo lo que me importa es la seguridad de mi esposa. Vuelve a tocarla, y estás muerto, viejo.

Los labios de Adrian se contraen en un fantasma de sonrisa. —Grandes palabras para un hombre en inferioridad numérica.

Me enderezo y dejo que mi mirada vague hacia sus hombres armados con pistolas. Luego me vuelvo hacia Adrian y me encojo de hombros con indiferencia. —Los números no significan nada si no estás vivo para contarlos.

El silencio pesa entre nosotros, la amenaza subyacente clara como el día. Una ráfaga de viento frío recorre el patio, agitando las hojas caídas del color de la sangre.

Se recuesta contra la fría piedra de la fuente, cruzando los brazos sobre el pecho. Sus ojos grises se clavan en los míos.

—Rosetti —arrastra las palabras, cada sílaba goteando desdén—. Siempre has sido una espina en mi costado.

—Igualmente —replico, manteniendo mi voz plana y sin emoción. No necesita saber la profundidad de mi odio hacia él, ni hasta dónde llegaría para proteger a Besiana de él.

Adrian se aleja de la fuente.

—Las espinas se pueden quitar fácilmente —dice, sus ojos aún fijos en los míos.

Antes de que pueda responder, se escucha un repentino ruido de pasos detrás de mí. Una mirada rápida lo confirma: mis hombres finalmente están aquí. Su llegada corta la tensión, sus rostros endurecidos y sus manos aferrando sus armas con fuerza.

La mirada de Adrian se desvía hacia ellos antes de volver a posarse en mí. Sus labios se contraen en una sonrisa más notoria esta vez. No llega a sus ojos.

Con una última mirada prolongada, se aleja de mí y camina de vuelta hacia sus hombres. Sus soldados se apartan para dejarlo pasar, sus ojos aún fijos en mí con cautela. Los observo retirarse hacia la mansión, una sensación de inquietud me carcome las entrañas. Esta pelea está lejos de terminar.

—¿Algún problema? —pregunta uno de mis hombres, Terzo, mientras se acerca. Es un gigante de hombre, con hombros como los de un toro y manos que podrían fácilmente rodear el cuello de alguien.

—Solo algo que tenía que resolver —respondo, señalando con la barbilla hacia el cuerpo aún tendido sobre la grava.

Terzo frunce el ceño, sus ojos oscuros escaneando el patio. —¿Estás seguro de que estás bien? —Sabe que es mejor no preguntar por Besiana. Sabe que si algo le hubiera pasado, habría muchos más cuerpos en el suelo.

—Solo llega más rápido la próxima vez —le espeto.

Mi mirada se desvía hacia donde Besiana desapareció por el camino de entrada. Necesito verla de nuevo.

Cuando llego al auto, encuentro a Besiana apoyada contra él, flanqueada por dos de mis hombres. Se apartan cuando me acerco, y empujo a Besiana dentro de la camioneta, mirando de vuelta hacia la propiedad, a los guardias y las sombras. Mi pulso se acelera de nuevo, no por miedo, sino por la pura necesidad de protegerla. Tengo que sacarla de aquí.

Besiana me observa a través de la ventana, sus ojos indescifrables. Siempre ha sido así, incluso antes del matrimonio, siempre actuando como si no le importara si vive o muere. Tomo un respiro profundo y rodeo el auto hacia el lado del conductor, sacudiéndome el frío antes de que pueda asentarse.

Me subo al auto, y ella rompe el silencio.

—Sabes que estás loco, ¿verdad? No puedes amenazar a mi padre —dice.

Gruño, tratando de tranquilizarla. —No te va a tocar de nuevo —digo, mis palabras no dejan lugar a discusión. Su seguridad significa más para mí que cualquier guerra territorial o venganza de sangre. El error de Adrian fue pensar que no vendría por ella, que valoro mi vida más que la suya.

—Te matará —dice ella.

Un suspiro se escapa entre mis dientes. Tiene razón en estar asustada, pero se equivoca si cree que simplemente me voy a dar por vencido y dejar que suceda. —¿Has olvidado quién soy? —Me giro hacia ella, mis ojos fijos en los suyos para asegurarme de que lo entienda—. Los Rosetti somos cazadores, no presas.

Antes de que pueda replicar, giro la llave y me alejo de la acera, manteniendo mis ojos en el camino, sin confiar en mí mismo para mirarla. Ella será mi muerte. Tal vez literalmente.

22

Besiana

Todavía estoy temblando cuando llegamos a la mansión Rosetti, mis dientes castañetean como juguetes de cuerda. Domenico no dice una palabra, su mano agarra el volante con tanta fuerza que espero que se parta en dos. Cierra la puerta del auto de un golpe y estamos dentro antes de que pueda recuperar el aliento. Lo sigo a través de los pasillos helados.

—¿Qué demonios hacías allí, Besiana? —pregunta finalmente, cada palabra tan afilada como vidrio roto. Mi voz está atrapada en algún lugar profundo de mi pecho. Lo miro y siento todo —furia, preocupación, alivio— emanando de él como truenos.

—Despidiéndome —logro decir—. Para siempre.

Sus ojos se entrecierran, suspicaces. —No tenías que ir a su casa.

Me froto los brazos por el frío, mi cabeza aún da vueltas. Los pisos de mármol brillan bajo las luces duras. Puedo sentir su mirada. Se acerca y mi corazón se encoge.

—¿Su casa? También fue mi casa alguna vez.

—Ya no —espeta—. Entonces, ¿por qué diablos estabas allí?

—Tenía que verlo una última vez —susurro, tanto para mí misma como para él.

Se queda callado. Me hace picar la piel. Estamos de pie en la sala vacía, el frío se filtra a través de mi ropa y se asienta en mis huesos.

Él no cede. —¿Por qué ahora?

Las palabras se acumulan dentro de mí, una avalancha amenazando con desatarse. La verdad está en la punta de mi lengua. Cómo espiaba para Baba, pasando información, cómo la persona que filtró la ubicación del almacén de ixaforina fui yo, no Rafe, y cómo lo siento tanto.

Pero antes de que mis secretos se derramen, Dom se vuelve hacia mí, con furia oscura grabada en sus rasgos. —¿Estás espiando para los albaneses, Besiana? —Se acerca acechante—. No exijo tu amor ni siquiera tu afecto, pero sí exijo dos cosas de mi esposa. La primera es lealtad. —Cierra su mano alrededor de mi garganta, apretando lo suficiente para que mi respiración burbujee.

—Si no eres leal a mí y a mi familia, no tienes derecho a vivir. ¿Entiendes?

Mis confesiones se congelan en mi garganta. El hombre que me hizo el amor y me dijo que me amaba ha desaparecido. Este hombre es duro y frío, dispuesto a descargar su furia sobre mí si alguna vez descubre lo que hice.

Afloja su agarre en mi garganta lo suficiente para que pueda asentir.

—Dilo. Dime que entiendes.

—Entiendo.

—¿Te gustaría saber la segunda cosa que exijo de mi esposa?

Asiento.

—No tu afecto. No tu amor. Solo tu cuerpo —dice sin un rastro de suavidad en su voz.

Da un paso atrás y recorre mi cuerpo con la mirada, lentamente, pasándola por mi abrigo de piel, hasta donde mis pies están en tacones lo suficientemente afilados como para sacarle el ojo a alguien.

—Quítate el abrigo —dice.

Me lo quito de los hombros y me muevo para llevarlo al guardarropa, pero me detiene en seco. —Tíralo al sofá.

Obedezco, quedándome allí con mi traje de falda, la chaqueta abrochada sobre una blusa rosa pálido.

—La chaqueta —dice, y me la desabotono, lo miro en busca de instrucciones, y él solo asiente hacia el sofá, así que la arrojo encima de mi abrigo de piel.

El calor en su mirada es suficiente para derretir mi ropa, pero no me toca. Se queda a un par de metros de distancia, con la mirada pegada a mi cuerpo, y mi miedo se transforma en excitación, mi corazón acelerándose por otra razón.

—Quítate la falda.

Hago una pausa por un momento antes de obedecer y pregunto: —¿Por qué?

Su voz es como grava. —Porque las chicas malas necesitan castigo.

Cruza la habitación y se desabotona la chaqueta del traje, dejándola a un lado. Sus ojos nunca me abandonan mientras me quito cuidadosamente la falda, colocándola sobre el abrigo de piel y la chaqueta.

Mis piernas se sienten como gelatina, y tengo que luchar contra el instinto de cubrir mi cuerpo con mis manos.

Él me rodea, sus pasos hacen eco en la habitación silenciosa. —Hay consecuencias por tus acciones, Besiana —murmura en mi oído, enviando escalofríos por mi columna.

—Desabotona tu blusa —ordena. Mis dedos tiemblan ligeramente mientras desabrocho el primer botón, luego el siguiente, hasta que mi blusa cuelga abierta. Sus ojos se oscurecen de deseo, pero hay una dureza en ellos que me hace estremecer. La tela se abre y cae de mis hombros, dejándome solo en lencería y tacones.

Los ojos de Domenico se oscurecen aún más, como una tormenta que se avecina sobre el mar. Su amplio pecho sube y baja pesadamente, su respiración coincidiendo con la mía.

—El sostén.

Obedezco, mi corazón latiendo fuerte en mi pecho y el calor acumulándose en mi vientre. Su mano roza mi cintura mientras me

rodea, circulándome como un depredador. A pesar del miedo, hay una innegable emoción corriendo por mis venas.

Ahora está detrás de mí, su aliento cálido en mi cuello mientras susurra: —Date la vuelta. —Obedezco, girando lentamente para enfrentarlo.

Luego alcanza la cremallera de sus pantalones. Miro atónita mientras los baja, revelando justo lo suficiente para que mi corazón se salte latidos. —De rodillas, Besiana.

Mis rodillas se doblan y estoy en el frío suelo de mármol antes de que pueda comprender su orden.

—¿Qué hay de tu familia? Podrían llegar a casa en cualquier momento.

Pone un dedo bajo mi barbilla y la levanta para que lo mire a los ojos. —Tu única preocupación ahora es hacer exactamente lo que yo diga. ¿Entiendes?

Asiento.

—Dilo.

—Entiendo —digo.

Frota la punta de su miembro sedoso sobre mis labios, y dejo escapar un suspiro tembloroso. —¿Quieres complacerme, Besiana?

Quiero. Más que nada. Me inclino hacia adelante para tomarlo en mi boca, pero me empuja hacia atrás con las yemas de los dedos en mi frente.

—Responde la pregunta.

Mis bragas están mojadas, y la visión de su enorme verga justo frente a mi boca me está desarmando. No deseo nada más que probarlo, sentir su acero aterciopelado dentro de mí, presionar mis senos contra sus muslos.

—Sí, por favor, déjame...

—Buena chica —murmura, su voz cargada de deseo. Siento el destello de triunfo y el calor se acumula aún más bajo en mi vientre. La mano de Domenico empuja suavemente contra la parte posterior de mi cabeza, guiándome hacia él.

Tomo una respiración profunda y luego, lentamente, lo introduzco en mi boca. Su mano se tensa en mi cabello al primer contacto, un gruñido bajo retumbando en su pecho. Es grande, más grande de lo que puedo tomar cómodamente, pero aprieto mis labios y lo tomo más profundo.

Sus caderas se sacuden involuntariamente, empujándose más dentro de mi boca. Mis ojos se humedecen mientras lo miro a través de mis espesas pestañas, observando cómo su rostro se contorsiona de placer. Su agarre se aprieta en mi cabello mientras retrocede y luego empuja hacia adelante nuevamente.

—Eso es —gruñe, con los ojos oscuros y enfocados en mí. Mis rodillas duelen en el frío suelo de mármol, pero la incomodidad y el frío son olvidados con el embriagador sabor de la verga de Dom.

Su agarre se intensifica cuando hundo mis mejillas y deja escapar un gemido bajo que hace eco en la fría habitación de mármol.

De repente, me está alejando y levantándome de nuevo. Se inclina, sus labios apenas rozando los míos. —Sube y espérame — susurra, su aliento caliente abanicando mi rostro.

Mis piernas se sienten temblorosas mientras recojo mi ropa y subo la gran escalera, mis tacones resonando en el mármol, mi trasero contoneándose en mis bragas, y el resto de mí completamente desnuda.

La suite principal está oscura y fría, un marcado contraste con el fuego que Domenico ha encendido en mí. Me quito los zapatos, dejo mi ropa y me deslizo bajo las sábanas, las sábanas de satén frías contra mi piel cálida.

Las exigencias de Domenico resuenan en mi mente. Lealtad. Y mi cuerpo. Lo segundo puedo dárselo, pero lo primero... Acabo de recuperar mi lealtad de mi padre, y no estoy lista para entregársela al siguiente hombre que la exija. Pero mi cuerpo... está anhelándolo.

Los minutos se convierten en una eternidad mientras lo espero. Mi cuerpo duele de anticipación, cada segundo se estira interminablemente.

Finalmente, la puerta se abre y Domenico entra, quitándose la ropa mientras cruza la habitación. Su mirada se fija en la mía, llena de calor y promesa.

—He sido muy paciente contigo, Besiana. Eso se acabó. Sal de la cama y quítate las bragas.

Mi corazón se acelera ante su orden. Dudando por un momento, finalmente arrojo las sábanas y me pongo de pie. El aire frío hace que se me ponga la piel de gallina. Alcanzo y lentamente deslizo las bragas de seda por mis piernas, dejándome completamente desnuda ante él.

Su mirada sigue cada movimiento, sus ojos oscuros y prometedores. Su verga está en atención, y me lamo los labios, recordando su sabor.

Su mirada recorre mi cuerpo, deteniéndose en el vértice de mis muslos. —Inclínate sobre la cama —dice, su voz tan áspera como papel de lija.

Un escalofrío me recorre ante su orden, pero hago lo que dice, inclinándome y presionando mi pecho contra el suave edredón. Lo escucho acercarse y siento el calor de su cuerpo cada vez más cerca. Luego sus manos están sobre mí, recorriendo mi cuerpo con una posesividad que me hace estremecer.

Sin previo aviso, su mano cae con fuerza sobre mi trasero desnudo. La fuerte palmada hace eco en la habitación seguida de mi jadeo. —Eso es por ir a ver a tu padre sin decírmelo —gruñe. Frota el lugar que acaba de azotar, su toque aliviando el ardor. Sus dedos se deslizan hacia mi centro, provocándome antes de finalmente empujar dentro de mí.

—Dom —jadeo, mi voz perdida en la inmensidad de la habitación. Bombea sus dedos dentro y fuera, su otra mano agarrando mi cintura para estabilizarse. Sus dedos se sienten tan bien dentro de mí, estirándome y llenándome.

Su mano deja mi trasero, solo para regresar con otra palmada aguda. —Eso es por ponerte en peligro —dice, su voz espesa de deseo y enojo.

Las lágrimas pican mis ojos ante el dolor punzante, pero rápidamente se transforma en un placer palpitante que irradia desde mi trasero hasta mi centro. Hay algo increíblemente íntimo en este momento, en estar desnuda y vulnerable ante Domenico, en que él me marque como suya de una manera tan primitiva.

Saca sus dedos lentamente, haciéndome gemir por la pérdida. —Y esto... —dice, posicionando su dureza en mi entrada, su verga dura y pesada contra mí—, es porque te deseo. Incluso cuando estoy enojado, incluso cuando no debería.

Embiste dentro de mí con fuerza, llenándome completamente. Grito, agarrando las sábanas mientras comienza a moverse. Sus embestidas son lentas y agonizantemente profundas, cada una enviando oleadas de placer a través de mi cuerpo, difuminando la línea entre el placer y el dolor.

Se toma su tiempo conmigo, penetrándome con una lentitud brutal que me hace temblar bajo él. Murmura en italiano, profundo y ronco en mi oído mientras sus manos agarran mis caderas, guiándome de vuelta hacia él.

—Io ti possiedo —lo escucho decir antes de que sus labios rocen el borde de mi oreja, enviando escalofríos por mi columna. Te poseo.

Una de sus manos encuentra mi seno mientras la otra agarra mi cadera, manteniéndome estable mientras embiste dentro de mí. Gimo más fuerte con cada empuje, los sonidos llenando la habitación.

—¿Te gusta cuando te follo así, Besiana? —Su voz es áspera en mi oído, su aliento caliente contra mi cuello. Cierro los ojos con fuerza, abrumada por cuánto lo deseo, cuánto lo necesito.

—Sí —susurro, mi voz apenas audible sobre el sonido de nuestros cuerpos chocando.

Sus dedos se clavan en mi piel mientras embiste dentro de mí con más fuerza, más profundo. Su ritmo es castigador, el sonido de nuestros cuerpos chocando haciendo eco en la habitación. Mi cuerpo se tensa mientras el placer comienza a enroscarse en mi vientre, aumentando con cada embestida profunda.

—Dom —gimo, arqueándome contra él, empujando hacia atrás para encontrar sus embestidas. Su agarre en mi cadera se aprieta, y gruñe en respuesta—. Más... por favor.

Me responde agarrando mi cabello y jalándome hacia arriba contra él. Su mano libre se desliza por mi vientre hasta donde estamos unidos, sus dedos buscando ese punto que me hace gritar.

Cuando lo encuentra, jadeo, mi cuerpo sacudiéndose con el repentino placer. —¡Carajo! —exclamo mientras embiste en mí sin piedad.

—Eso es —gruñe en mi oído, el sonido de su voz mezclado con las sensuales palabras en italiano empujándome más cerca del borde —. Dimmi che ti piace. Dime que te gusta.

—Me encanta —logro decir entre gemidos. El placer es tan intenso que es casi insoportable. El ritmo de Dom es implacable.

—Eso es, Besiana —murmura, su voz ronca de placer—. Córrete para mí.

Sus palabras me llevan al límite, y dejo escapar un grito mientras el placer se extiende por mi cuerpo. Me contraigo a su alrededor mientras olas de éxtasis me invaden.

Gruñe bajo en su garganta y embiste en mí unas cuantas veces más antes de que lo sienta tensarse detrás de mí. Con una última embestida profunda, deja escapar un gemido grave, enterrándose profundamente dentro de mí mientras alcanza su liberación.

Nos quedamos así por un rato, nuestras respiraciones entrecortadas y cuerpos enredados. Sale de mí lentamente, y hago una mueca ante el repentino vacío. Se endereza, agarrando una prenda descartada para limpiar el desastre que hemos hecho.

No dice nada mientras se viste, dejándome aún sin aliento en la cama. La habitación está en silencio excepto por nuestras respiraciones pesadas y el roce de la ropa.

Termina de vestirse y se da vuelta para irse, pero no sin antes darme una última mirada. Su mirada está endurecida, su mandíbula tensa. Es una mirada que dice que está lejos de haber terminado conmigo, que hay cosas no dichas, acciones sin terminar.

—Descansa un poco —dice finalmente, su voz una extraña mezcla de molestia y afecto. Y luego se va, la puerta cerrándose con un suave clic detrás de él.

Me quedo allí por mucho tiempo después de que se va, mi cuerpo aún pulsando por nuestro encuentro. Sus palabras resuenan en mi mente: "Eres mía". Es un pensamiento escalofriante, pero también... atrayente. Domenico Rosetti es mi dueño.

Pero la pregunta es: ¿podría yo alguna vez ser su dueña? ¿Podría alguna vez tener poder sobre este hombre que parece tener el mundo a sus pies?

Es un pensamiento peligroso, uno que rápidamente aparto. Ahora mismo, necesito concentrarme en sobrevivir a este matrimonio y mantener mis secretos exactamente así: en secreto.

Con una última mirada a la habitación que fue testigo de nuestro crudo encuentro, me acurruco en la cama, tirando las sábanas sobre mí mientras dejo escapar un suspiro tembloroso.

23

Domenico

La dejo en la habitación, viendo cómo el espacio entre nosotros crece y crece hasta que ya no puedo soportarlo más. Finjo que puedo mantenerme alejado, incluso cuando las habitaciones vacías comienzan a cerrarse a mi alrededor.

Respiro a través del ruido en mi cabeza. Lento. Calculado. No es propio de mí perder los estribos, dejar que alguien más me haga actuar antes de pensar. Especialmente no una mujer. Me abro paso entre el frío mármol y las cavernosas habitaciones. Todo este espacio, y ella es lo único que lo llena. La culpa me carcome. No debería haberla castigado. Estaba en la casa de su padre. Nunca debería haberla dejado estar allí en primer lugar. Cuando me enteré, vi rojo. Cuando me enteré, la lastimé antes de que ella pudiera lastimarme.

La cocina es un monstruo frío y metálico, pero es el único lugar donde esconderse. El tintineo de la botella de whisky y el sonido del líquido al servirse se sienten demasiado fuertes, pero dejo que me ahoguen por un momento. Me apoyo contra las encimeras de acero quirúrgico y espero. Espero a que pase la culpa. Espero los pasos que espero que vengan. Espero cualquier cosa. Pero ella no está aquí. No viene.

No puedo quedarme quieto, no puedo mantener esta ira dentro. No ira hacia ella, sino hacia mí mismo. La dejé arriba, en la cama, su piel marcada con mi propia debilidad. Está ahí en las huellas rojas y calientes. Me paso una mano por el pelo y lo agarro con fuerza, esperando que me quite de la mente a esta mujer que no debería estar bajo mi piel. Vuelvo a caminar de un lado a otro, sintiendo el frío de la mansión asentarse sobre mí.

El whisky quema. Tal vez adormecerá este dolor. Escucho. Espero que ella baje a reunirse conmigo. Nada más que silencio.

Hay un clic, el sonido de la puerta principal.

—Jesús, esto parece una puta cripta —dice Leonardo al entrar.

Se hace crujir los nudillos, y Eleanor, su nueva esposa, lo sigue. Acaban de regresar de un fin de semana en París, y no estoy de humor para escucharlo hablar de ello.

Él lo nota. Siempre lo nota.

—Alguien está de mal humor —dice—. ¿Dónde está tu reina de hielo?

—Está ocupada.

Eleanor me observa de cerca. Sus ojos son demasiado agudos. No quiero que me lea, no quiero que nadie me lea en este momento. Tiene una mirada de conocimiento en su rostro. Como si hubiera pasado por esto con mi hermano.

Leo sonríe.

—¿Quieres que vaya a buscarla, hermano? Estoy seguro de que podría animarla.

Dejo escapar un suspiro.

—No lo hagas.

Su sonrisa se hace más grande. Cree que estoy bromeando.

—Eres un imbécil —digo, pero mi mente está lejos de aquí.

Eleanor toma su brazo y dice:

—Vamos, Leonardo. Domenico tiene cosas en qué pensar.

—Claro —dice Leo. Me guiña un ojo—. Nos vemos en la cena.

No respondo. Veo a los dos desaparecer en una de las muchas habitaciones frías y sin vida. Espero que Eleanor pueda mantenerlo

ocupado para que no esté encima de mí esta noche, pero no cuento con ello. Leo nunca se mantiene alejado cuando hay problemas.

Tomo un trago. Espero. Sigo esperando los pasos que necesito escuchar.

Cuando Carmela llega a casa, con mi madre a cuestas, claramente de regreso de una tarde de compras, el silencio en el que he estado viviendo se hace añicos por completo. Quiero soltar un suspiro de alivio, pero la sensación se queda atascada en algún lugar de mi pecho.

Carmela me abraza fuerte.

—¡Dom! —dice—. ¡Mira lo que compramos mamá y yo!

Trato de seguir su charla, trato de seguirle el ritmo en general.

—¿Más porquerías abstractas para decorar este lugar?

Ella sostiene una lámpara que es toda ángulos y metal.

—Bonita, ¿verdad?

No quiero hablar de lámparas. Quiero hablar de una mujer que debería estar aquí abajo ahora.

—Bonita —digo de todos modos.

Ella pasa un dedo por la fría encimera.

—Deberías encender algunas luces aquí, cariño. Es deprimente.

—Estoy bien.

Inclina la cabeza hacia mí. No me gusta lo que ve, así que me sirvo otro trago para distraerla.

Gianna, mi madre, nos observa a ambos, tomando un sorbo de una taza de café que ya logró encontrar.

—¿Besiana no está contigo? —pregunta.

—Bajará más tarde.

Los ojos de Carmela se abren de par en par.

—¿Ustedes tuvieron una pelea?

—No —digo, demasiado brusco. Mi madre arquea una ceja hacia mí.

—Está bien —agrego, más suave—. Solo estoy cansado.

—¿Ya? —Mamá se ríe y me da una palmada en el hombro—. Espera a tener seis hijos como yo.

—Estoy segura de que Besiana estará más que feliz de hacer que eso suceda —grita Carmela desde el otro lado de la habitación, sirviéndose un vaso de agua. Aprieto los dientes. Espero la risa que llega con demasiada facilidad.

—Si no está enojada contigo, de todos modos —agrega.

No me doy cuenta de que estoy aplastando el vaso en mi mano hasta que se rompe. El sonido hace eco. Estoy demasiado cerca del borde. Me estoy deslizando, deslizando. Mamá me hace un gesto con la cabeza.

—Ve a verla —dice. Su voz es cálida, pero puedo reconocer una orden cuando la escucho.

Lo hago.

Subo las escaleras de dos en dos, con la mente puesta en Besiana y nada más. Ella es lo que importa ahora, incluso si me convierte en un hombre que no reconozco. Incluso si me convierte en el tipo de hombre que pierde el control. El espacio entre nosotros se reduce, pero no lo suficientemente rápido.

Estoy fuera de la habitación. Abro la puerta.

Ella sigue donde la dejé. Las sábanas son un enredo blanco, y ella está acurrucada en ellas, desnuda. Sus hombros tiemblan. Su largo cabello oscuro cae sobre su rostro, pero sé lo que veré si lo aparto. Sus ojos. Rojos, pero no de la manera que pensé. Heridos. El sonido me llega al alma. Es el sonido de un sollozo.

—Besiana —digo, y esta vez la debilidad de mi propia voz es evidente.

Me siento a su lado y la levanto de la cama. Está cálida contra mi pecho, y la llevo al sofá, sosteniéndola cerca. No digo nada. No quiero romper más de lo que ya he roto.

Ella no me mira, no encuentra mis ojos, y mi corazón se está desgarrando en algo que no es más que rojo y crudo. Sus hombros están desnudos. Su piel está desnuda. Toda ella está desnuda. La aprieto contra mí, y no sé cómo hacer esto bien.

Ella tiembla en mis brazos.

Le pregunto qué pasó en la casa de su padre. Lo que debería haber preguntado en primer lugar.

—No importa —su voz es demasiado pequeña para la Besiana que conozco. Entierra su rostro en mi hombro, y hace que el mundo se detenga.

—Sí importa —acaricio su cabello. Suaves mechones oscuros—. Me importa a mí.

Ella no responde, y no la presiono. No esta vez. No cuando no puedo verla quebrarse más de lo que ya lo ha hecho. La abrazo. Espero. La abrazo.

—Era sobre mi madre —dice finalmente, y no me atrevo a moverme.

Me quedo en silencio. Ella habla. Duele como el infierno escucharlo, pero dejo que me atraviese.

—Siempre sospeché que mi padre la había mandado a matar —se estremece, la verdad desenredándose entre nosotros. La única forma en que no la destruye es dándomela a mí, así que la tomo. La tomo toda.

—Sospechaba, pero nunca estuve segura. Él dijo que fue una enfermedad. Dijo tantas cosas —su voz se quiebra, y aprieto mis brazos a su alrededor.

Intento mantenerme mesurado. Trato de no empeorar esto para ella. —¿Y ahora?

Su respiración es inestable. Cuento el subir y bajar de su pecho. —Ahora lo sé —susurra, y sus lágrimas humedecen mi camisa—. Ella iba a huir. A llevarnos a Dritan y a mí y huir.

Su hermano. —Oh, Besa.

Ella niega con la cabeza. No me dejará detenerla ahora. —Ella iba a huir —repite—. Y él la mató por eso.

—Besi...

No me dejará detenerla ahora. Se aferra a mis brazos como si yo fuera lo único que la mantiene entera, como si fuera el único que puede hacerlo. —Unos meses después, Dritan también desapareció.

Mi padre siempre decía que los huesos rotos sanan más fácilmente que la lealtad rota.

—¿Y ahora? —Mi propia voz es una herida, cruda y sangrante.

—Y ahora lo sé —solloza—. Ahora sé que fue él quien mató a mi hermano. Los mató a ambos.

No digo nada, no hasta que pueda encontrar las palabras correctas, el tipo que no la lastimarán como ya lo he hecho. La abrazo más fuerte de lo que debería, más fuerte de lo que pensé que abrazaría a alguien alguna vez. Paso una mano por su espalda, suavemente, y me pierdo en lo único que quiero ahora. Ella.

Lo susurro, suave, más suave de lo que jamás he sido. —Lo siento.

Mi piel arde donde toca la suya, y desearía poder quitarle todo el dolor y guardármelo para mí.

—No tienes por qué —dice ella.

Pero lo siento.

—Iba a hacerte sufrir. Pensé que habías corrido hacia él. Te acusé de espiar para él.

Ella tiembla cuando digo eso, y sé que he tocado un nervio. Es el tipo de temblor que se mete bajo mi piel y se queda ahí. Su cuerpo se estremece, y no puedo abrazarla lo suficientemente cerca para detenerlo. Sé que esta vez no es ira, sino algo mucho peor. Deja escapar un aliento que suena como si hubiera estado atrapado dentro de ella durante años.

Soy yo quien rompe el silencio.

—Lo siento.

Sus ojos se encuentran con los míos, y es todo lo que puedo hacer para no dejarle ver que me quiebro por ella. No quiero ser el hombre que ella necesita. No quiero ser este hombre que se preocupa, este hombre que no puede dejar ir. Pero aquí estoy, haciendo exactamente eso. Tomo su rostro y la beso, saboreando la sal de sus lágrimas, y le hago una promesa que debería haber hecho desde el principio.

—Voy a matarlo.

Ella se tensa ante las palabras, y mi estómago se retuerce, porque la he malinterpretado. Pero entonces lo veo, el destello de alivio en sus ojos antes de que las lágrimas regresen.

—No puedes —dice—. Es demasiado poderoso. Es demasiado...

—Lo haré.

—Domenico.

—Lo haré —y lo digo más en serio que cualquier otra cosa que haya dicho jamás.

Sus ojos se cierran. La tensión se desvanece de ella como si acabara de terminar la pelea más larga de su vida. Se derrite contra mí, ya sin temblar.

—Tienes que tener cuidado —murmura, suave como una nana, y me destroza escucharla pensar en mí después de todo lo que ha pasado—. Prométemelo.

—Te lo prometo —digo. Espero que sea suficiente, suficiente para llenar el vacío entre nosotros, suficiente para no dejarle ver la mentira en ello. Nunca seré cuidadoso. No con ella. No con nada.

Me quito la camisa por encima de la cabeza y la cubro sobre su cuerpo desnudo. La acerco más, más fuerte, y ella se acurruca contra mí, sus extremidades contra mi pecho, como si yo fuera su refugio de esta tormenta. Lo soy. Me aseguraré de ello.

Me quedo con ella hasta que su respiración se vuelve lenta y constante. Me quedo con ella hasta que se duerme, su mano aún aferrada a mi pecho como si pensara que me iré si me suelta. Pero no lo haré. Soy suyo para quedarse.

La culpa se clava más profundo de lo que nada tiene derecho a hacerlo. Estaba listo para hacerla sufrir. En cambio, ella se metió bajo mi piel. En cambio, se ha convertido en lo único que importa, y ahora soy yo quien sufre.

Estoy dejando que me distraiga. Estoy dejando que me ciegue.

Ella es un castigo que nunca debí haberme permitido amar, pero aquí estoy, amándola más con cada respiración que toma.

Debería darle espacio, darle la distancia para recuperarse de su infancia, para ser su propia persona y no solo el accesorio de otro

hombre. Lo necesita, lo merece. Le daré el espacio. Aunque me mate.

24

Besiana

No hay sueños ni oscuridad, solo el lento y silencioso paso hacia la mañana. Estoy sola en la cama, pero él está aquí, Dom, apoyado contra la ventana con sus ojos fijos en mí. Parece un ángel vengador en esta habitación fría y estéril. Me envuelvo con las sábanas, esperando que diga algo, cualquier cosa.

Cuando me dice que me levante, su voz es monótona. —Nos perdimos el desayuno. Vístete abrigada.

Sin apodos cariñosos. Sin cara, ni Besa. Nada suave. Ningún indicio del hombre que me abrazó anoche. Intento leerlo, pero su expresión es un muro.

Debería alegrarme de que no haya desaparecido de nuevo, como la mayoría de las otras mañanas. En su lugar, hay un nudo en mi pecho. Me siento y me envuelvo con la manta, recordando la camisa que me puso sobre los hombros mientras sollozaba. Qué vergüenza. Desearía no haber llorado así, como una niña. Desearía saber lo que está pensando ahora.

—¿Estás enojado conmigo? —Se me escapa, el patético gemido, antes de que pueda tragar las palabras.

Su mirada se dirige hacia mí, aguda y brillante. —No.

Espero más, cualquier cosa. No lo consigo. Cuando dice —Vístete —, suena como una orden, pero una parte de mí desea que fuera

una invitación. Tiene el cuerpo de una estatua romana y la personalidad de una también. Todavía me está mirando cuando dice —Estaré abajo—, luego se da la vuelta y deja la puerta abierta tras de sí.

Me visto rápidamente, luchando con el broche del sostén, mis dedos tan torpes como mis pensamientos. ¿Por qué no se quedó a verme vestir? Sé que le gusta eso. Tengo la sensación de que todo esto es un juego de fingir, pero no soy muy buena jugando. Me miro en el espejo. Me veo pequeña. Fuera de lugar. Como un pajarito perdido. Como solía decir mi madre cuando seguía a mi padre de habitación en habitación, siguiéndolo como una sombra.

Desearía no haberle contado todo a Dom.

Está en la cocina cuando bajo, diciéndole a la criada que prepare el desayuno. La criada asiente y luego desaparece detrás de las grandes puertas blancas.

—Los demás están fuera por el día —dice, acercando una silla para mí.

La mesa es pesada y pulida, preparada para más personas de las que jamás tendremos. No creo que me acostumbre a eso, a la fría elegancia de esta casa, a la forma en que cada habitación resuena como un salón vacío.

—¿Así que somos solo nosotros? —Mi voz suena insegura.

—Y el personal. —Toma el asiento frente a mí, mira su teléfono y luego lo coloca boca abajo sobre la mesa—. Es mejor así. Más fácil.

—¿Para qué?

—Para el desayuno. —Sus ojos se encuentran con los míos y agrega—: Aún no estás lista para ellos. —Sé que se refiere a su familia, y no puedo discutir eso. Sus hermanos. Las mujeres. El ruido y las risas serían demasiado para mí hoy.

Me siento aliviada y sola al mismo tiempo. —¿Es tu manera de dejarme suavemente? —Intento que suene como una broma. No responde.

La criada trae una bandeja y me obligo a comer. Panqueques y tocino. Café fuerte y caliente. Hago pequeños mapas en el jarabe

con mi tenedor. Cada bocado se me atora en la garganta.

Dom me observa, silencioso y calculador. —Vamos al laboratorio hoy —dice finalmente.

—¿Nosotros?

—Tú y yo. Tengo asuntos que atender allí y no te voy a dejar sola. —Lo dice como un hecho. Sin emoción. Todavía no.

Mi estómago se revuelve. —Estaré a salvo si me quedo aquí.

—No. —Se sirve otro café—. No puedo confiar en que no salgas corriendo en otra misión suicida. Además, quiero mostrarte el laboratorio.

Se me corta la respiración. Él no sabe que ya he estado allí, que ya he visto el interior y he hablado con la Dra. Clara Voss. No sabe que fui yo quien obtuvo la ubicación de la ixaforina de la química y se la pasé a Baba. Que soy la culpable de la pérdida y los retrasos.

Quiero preguntarle cuánto sabe. Quiero preguntarle si me está poniendo a prueba.

Lo que digo es: —Preferiría no hacerlo.

—¿Por qué?

Queda suspendido entre nosotros, la pregunta y mi vacilación. Jugueteo con la taza y presiono mis dedos contra el calor como si pudiera descongelar la frialdad de sus palabras.

—No quiero conocer a la química. —Mi voz es débil.

—Yo quiero que lo hagas —dice él.

—Pero por qué...

Se levanta abruptamente, empujando la silla hacia atrás. Raspa contra el suelo. —Vamos —dice, dándose la vuelta, dirigiéndose a la puerta principal.

Lo sigo, cada paso más incierto que el anterior. Toma mi abrigo y lo sostiene para mí. Me lo pongo, mordiéndome el labio.

Es el abrigo que compró para mí, el italiano que usé para visitar a mi padre ayer. Lujoso y suave, pesado sobre mis hombros. —¿Y si me niego? —pregunto, probando.

Sus ojos se oscurecen. Conozco la respuesta.

Suspiro y me envuelvo más en la piel. Huele a caro. Huele a él.

Estamos en silencio durante el viaje, el auto cálido y rápido. Afuera, Nueva York es todo cielos grises y concreto. Multitudes de personas con abrigos oscuros, paraguas negros apuñalando el aire. Los veo pasar, veo la ciudad difuminarse a mi alrededor.

Cuando ya no puedo soportar el silencio, lo rompo con mi voz.

—¿Has terminado conmigo? —Sale demasiado suave, demasiado rápido.

No aparta los ojos de la carretera. —No lo he hecho.

Sus palabras me sostienen, pero no sé cuánto tiempo puedo creerlas. Llegamos al destartalado almacén. El nudo en mi pecho se aprieta, un pulso duro y urgente.

—Me quedaré en el auto —digo antes de que pueda discutir.

—No.

—Sí —insisto—. Por favor. Solo esta vez.

—Besiana...

—No quiero entrar. —Retuerzo el abrigo en mi regazo. Sé que estoy siendo cobarde, pero no me importa. Si Clara insinúa que ya me ha conocido, surgirán preguntas que no puedo responder sin revelar mi participación en la redada del almacén—. Por favor.

Lo veo luchar con eso, veo la vacilación. La sospecha. Está escudriñando mi rostro, como lo hizo anoche, como si estuviera esperando que mintiera.

Su mano se demora en la manija de la puerta. —Está bien —dice, y su voz suena cortante, áspera. Como si le doliera ceder—. Quédate aquí. No te muevas.

La puerta se cierra con fuerza, y él activa el seguro de las puertas. Lo veo en el espejo retrovisor, sus anchos hombros, su paso rápido y decidido. No estoy acostumbrada a que los hombres se alejen de mí. Lo observo hasta que desaparece, su traje oscuro engullido por los cuerpos más brillantes en la calle.

Me desplomo contra el asiento y presiono mis dedos contra mi sien. El pánico se desvanece, reemplazado por otro miedo, igual de insistente, igual de grande. Las palabras de mi padre presionan contra el interior de mi cráneo:

—Cada elección tiene consecuencias, Besiana.

Cada palabra es una bala. Cada palabra es un peso alrededor de mi cuello. Quiero gritarle a Baba que se calle, pero él no está aquí. Solo mis propios pensamientos, mi mente implacable. Y las palabras de mi padre. Cada elección tiene consecuencias, eso nunca ha sido más claro. Cuando elegí traicionar a Domenico. Cuando elegí traicionar a mi padre. Cuando elegí dejarme creer que Dom me quería por algo más que un acuerdo de paz y un cuerpo donde enterrar sus secretos.

Ahora, he traicionado a todos a quienes alguna vez estuve cerca y no me queda nadie. Baba también me advirtió sobre eso:

—La traición tiene una forma de alcanzarte, Besiana.

Y siento como si mi traición me estuviera acorralando, rodeándome, exprimiendo el aire de mis pulmones. Como si todo lo que he hecho estuviera regresando para atormentarme. Como los sueños que me despiertan en la noche, la voz de Dom, su furia, la cama fría y vacía cuando llega la mañana. Mi apariencia de seguridad, las palabras que Dom gritó mientras me penetraba la primera vez que tuvimos sexo, dejan de sentirse tan seguras.

Quizás Baba también tiene razón en eso: que Domenico me está usando.

—¿Crees que te ama, Besiana?

Tiemblo y miro la hora. Veinte minutos. ¿Qué está tardando tanto? ¿Qué está haciendo Dom allí dentro?

Cierro los ojos y veo su rostro anoche, la furia en sus ojos y la fuerza inquebrantable en su agarre alrededor de mi garganta.

—Si no eres leal a mí y a mi familia, no tienes derecho a vivir. ¿Entiendes?

Y después de todos los desastres que causé, lloré como una tonta en sus brazos y derramé todos los secretos sobre Mami y Dritan que nunca había querido contar.

—¿Qué clase de hombre le hace eso a su propia familia? —Sonaba tan humano, tan cálido cuando preguntó.

—El tipo al que no puedes decirle que no. —Mi voz estaba ronca. Desesperada.

Dom me abrazó más fuerte. Sentí como si tal vez hubiera dicho sí a lo correcto por primera vez en mi vida.

Ahora no sé qué pensar. Ha estado tan frío esta mañana, tan distante. Todavía puedo sentir el calor de sus brazos a mi alrededor anoche, pero tal vez Dom tiene razón: quizás nada de eso importa a menos que sea leal a él y a su familia. Lealtad que ya he destrozado antes de que tuviera la oportunidad de construirse.

Tal vez solo soy un peón en su juego. Tal vez no le importa lo que le dije. Tal vez solo fingió para poder usar mi confesión para vengarse de Baba. Tal vez está moviendo todas las piezas en su lugar mientras yo estoy aquí sentada, esperando para ver qué hace a continuación.

El aire en el auto está demasiado caliente. Me quito el abrigo y miro fijamente el edificio hasta que mi visión se vuelve borrosa.

Cuando Dom finalmente regresa, se ve diferente. Más relajado. Menos contenido. Hay una nueva suavidad en su boca. No puedo decir si es real o si solo estoy lo suficientemente desesperada como para imaginarlo. Sube al auto, no dice nada, luego arranca el motor.

No pregunta por qué no quise entrar. No pregunta nada. No dice que Clara me mencionó, ni que ella me dijo dónde estaba el almacén.

Finjo que el silencio significa que no lo sabe.

25

Domenico

Es un premio envuelto en seda, entregado a mí, sin que lo quisiera. Nunca creí en este tipo de arreglo. Matrimonio para forjar la paz. Esposa como garantía. Hace un año, habría dicho que estaba por debajo de la familia Rosetti. Por debajo de mí. Pero aquí estamos, su cuerpo enredado en las sábanas, enredado en mi vida.

Besiana Rosetti. Mi esposa. Piel pálida contra seda blanca. Cabello oscuro suelto y salvaje. Ella no encaja en esta familia.

Debería dejarla. Debería darle espacio, dejar que supere al bastardo controlador que se hace llamar su padre. Debería ser el hombre más grande y alejarme, evitar convertirme en un bastardo controlador que se llama a sí mismo esposo.

Pero cada vez que lo intento, termino aquí de nuevo, sentado en el sofá, viéndola dormir. Termino necesitándola.

Hace un suave sonido en su sueño, un susurro inconsciente. No puedo oírlo, pero sé lo que es. Mi nombre. Siempre es mi nombre. Veo sus labios separarse, veo cómo sus dedos se retuercen en la sábana. Se gira, suave como un gato, y se acurruca lejos de mí. Está de lado, y la curva de su trasero apunta hacia mí, redondo e invitante.

Deja escapar otro suave sonido, y me atraviesa. A la mierda. Me desabrocho los pantalones y me arrodillo junto a la cama. La jalo

bruscamente al borde de la cama, y ella me deja. Su trasero me está esperando, pálido y redondo, y entro en ella con un movimiento rápido.

Ella jadea, y es mi nombre de nuevo, mi nombre en sus labios, suave y sin aliento. Empujo de nuevo, y su cuerpo se mueve conmigo.

—Dom —dice, más fuerte ahora, el sueño desaparecido de su voz. Sus manos me buscan—. Dom.

Debería sentirse mal tenerla así, desearla así. Debería sentirse mal estar dentro de ella mientras mantengo la distancia.

Se siente jodidamente increíble.

Su voz es más fuerte, suplicante ahora.

—Más —dice, sus manos retorciéndose en la sábana—. Dame más.

Le doy más. Le doy todo lo que tengo, pero no puedo darle lo que realmente quiere. No puedo darle mi yo. No todo mi yo.

Su espalda se arquea, y se estremece. Todo su cuerpo está apretado a mi alrededor, y luego se rompe en pedazos, y yo voy con ella. Me quedo ahí, mi cuerpo en el suyo, hasta que ella está relajada de nuevo.

Estoy fuera de la habitación antes de que pueda pedirme que me quede. No miro atrás, pero la escucho rodar sobre su costado.

Abajo, escucho voces antes de verlos. Mi padre. Rafe. Emilio. Mis hermanos no suenan felices, pero eso no es inusual.

—Buen trabajo, Rafe —dice Emilio, su voz seca como el polvo—. Te conseguiré un pastel para el funeral.

—Jódete —responde Rafe bruscamente—. ¿Crees que esto es una broma?

Entro en la habitación, y los tres se callan. Es la versión Rosetti de un alto al fuego.

—¿Qué está pasando? —pregunto.

—¿Dónde está tu esposa? —pregunta mi padre. Está sentado en el gran sillón de cuero, su rosario retorciéndose en su mano—. Tal

vez ella pueda decirnos por qué los federales atacaron nuestro laboratorio.

Mi sangre se hiela.

—¿Qué?

—Lo oíste —dice Rafe. Está de pie junto a la ventana, una sombra de negro—. El laboratorio se fue. Clara está muerta. Todo se ha ido a la mierda.

—Empiecen desde el principio —digo—. Y dejen a Besiana fuera de esto.

—Es simple —dice Emilio, apoyándose contra la pared—. Alguien les dio el soplo. Alguien que sabe demasiado. Tal vez ella habla dormida.

Doy un paso hacia él, y se calla. Puede que sea el único en esta familia que no puede jodidamente dejar a Besiana en paz, pero también soy el único que puede evitar que estos idiotas se despedacen entre sí.

—Les sugiero que miren la última filtración, antes de acusar a mi esposa de algo —gruño, mortal y bajo.

—¿Me estás culpando? —dice Rafe, su voz como un disparo.

—Estoy culpando a quien sea responsable —digo—. Y no es ella.

—¿Ah, sí? —dice Rafe, cruzando los brazos—. Hasta donde yo sé, los federales ni siquiera están en el bolsillo de su padre. ¿Qué les dio ella, una linda nota?

—Suficiente —dice mi padre, su voz profunda y definitiva—. Rafe, te dije que tuvieras cuidado. Te dije que no dejaras que nadie se acercara demasiado. Tal vez ya no escuchas.

—Escucho —dice Rafe, su rostro como piedra—. ¿Crees que le dije a alguien? ¿Crees que lo solté?

—Creo —dice Emilio— que no es coincidencia que el laboratorio sea atacado justo después de que traemos a la princesa Dushku a casa. Tal vez no recuerdas lo que ella es. Una Dushku. Una de ellos.

—¿Terminaron? —digo. Mi voz es tranquila. Demasiado tranquila —. ¿Ya terminaron todos?

Rafe me mira fijamente, sus ojos azul hielo cortando a través de la habitación. Emilio se encoge de hombros, suave y afilado. Mi padre se ve cansado, viejo por una vez, pero su agarre en el rosario es firme.

—Averiguamos quién hizo esto —digo—. No nos sentamos aquí culpándonos unos a otros. Y la dejamos fuera de esto, maldita sea.

—Ella es familia ahora —dice mi padre—. Si ella hizo esto...

—Ella no lo hizo —digo, interrumpiéndolo. No levanto la voz, pero es suficiente para detenerlos.

—Mira, Dom —dice Rafe, su voz casi razonable ahora—. Lo entiendo. Quieres confiar en ella. No quieres pensar que nos jodería así.

—Ella no lo haría —digo—. Ella no es el enemigo.

—Ella no es una de nosotros —dice Emilio—. Deberías recordar eso.

—No estoy diciendo que ella sea la rata —dice Rafe—. Pero tiene oídos. Tiene un padre que tal vez quiera usarlos.

La ira me inunda, una marea roja que exprime la lógica y la precaución. Recuerdo sus lágrimas, calientes contra mi pecho, cuando finalmente me contó todo. Recuerdo su voz, áspera y rota. Adrian Dushku mató a la madre y al hermano de Besiana, y eso la destrozó. Ella nunca espiaría para él ni en un millón de años.

Me pongo en la cara de Rafe, dejando que la ira tome el control, sintiendo su agudeza como un cuchillo. Mis manos agarran su camisa, y quiero golpearlo, hacerle pagar por las palabras que está lanzando.

—Cuida lo que dices sobre mi esposa —escupo—. Puede que no te gusten las consecuencias.

La tensión crepita en la habitación. Emilio está de pie en silencio, sus ojos saltando entre nosotros como si estuviera viendo una pelea en el ring que no quiere perderse. Mi padre se mueve en su silla, el cuero crujiendo bajo su peso. Siento sus miradas, esperando ver quién cederá primero, quién se echará atrás.

Pero Rafe no. Él no se inmuta.

—¿Me estás amenazando ahora, hermano mayor?

Su voz es firme, un eco duro en el aire entre nosotros. Me enfurece. Me dan ganas de sacudirlo, de hacerle entender que no puede tocar a Besiana, ni siquiera con palabras. Lo suelto, empujándolo hacia atrás con un sonido de disgusto.

—Te lo advierto —gruño, con la rabia ardiente y apenas contenida —. Besiana está fuera de límites.

La mandíbula de Rafe se tensa, y hay un peligro en su expresión, una calma mortal que podría estallar en cualquier momento. Cruza los brazos, un movimiento lento y deliberado.

—Estás ciego, Dom —dice—. ¿Crees que porque le pusiste un anillo, ella no es una amenaza? ¿Crees que le importa un carajo esta familia? ¿O tú?

—Ella no es así —digo.

Emilio levanta una ceja, escéptico pero en silencio, y la mirada de Rafe se agudiza aún más. Sé lo que está pensando. Para él, estoy enfermo de amor. Débil. Un tonto.

Más pesado que antes, el silencio nos rodea. La ira de Rafe hierve a fuego lento, igualando la mía. La sonrisa de Emilio se desvanece. Siento el tira y afloja de su sospecha, el peso de su desconfianza. Pero no puedo dejar que la toquen. No puedo dejar que la culpen por esto.

Miro a mi padre, mi voz aún baja pero más calmada. —Probaré que ella no es la fuga. —Luego me vuelvo hacia Rafe, mirándolo a los ojos una última vez—. No vas a echarle la culpa de esto.

Mi padre suspira pesadamente, su rosario chasqueando con cada movimiento. —Luchamos contra el enemigo, no entre nosotros. Nuestra fuerza radica en nuestra unidad.

La tensión en la habitación se intensifica, pero nadie lo contradice. Mantengo mi mirada fija en Rafe; es una bala perdida, impredecible y propenso a actuar antes de pensar. En este momento de crisis, es a él a quien debo vigilar.

—No estamos llegando a ninguna parte con esto —declara mi padre, levantándose de su silla. La habitación queda en silencio,

todos los ojos puestos en él—. Tratamos con hechos, no con teorías. Encuéntrenme pruebas, evidencia concreta, y entonces decidiremos qué hacer.

Una ola de alivio me invade mientras me aparto de Rafe para mirar a mi padre. Al menos una persona en esta habitación no está saltando a conclusiones.

—Descubriré quién hizo esto —digo con firmeza, sosteniendo la mirada de mi padre—. Y cuando lo haga, van a desear no haberse metido con la familia Rosetti.

Besiana

El aire nocturno muerde un poco, el viento se arremolina alrededor del dobladillo de mi vestido de seda mientras salgo a la terraza de la mansión Rosetti.

Las luces de la ciudad brillan contra el cielo oscuro, y el zumbido distante del tráfico llena el silencio. A esta hora, espero tener el espacio para mí sola, una oportunidad de escapar de la energía abarrotada del interior, de dejar que la brisa fría alivie la tensión en mis hombros. La terraza es vasta y vacía, un elegante oasis de piedra y cromo, con macetas cuidadosamente dispuestas y el persistente aroma de la lluvia sobre el acero.

Camino más allá, mis tacones resonando contra las baldosas. No estoy sola.

Allí, cerca de la barandilla, lo veo: Domenico. Está de pie, de espaldas a mí, alto e inmóvil. Me detengo, vacilando en las sombras.

Domenico está cerca del borde, con las manos entrelazadas detrás de la espalda, aún con su traje, su cabello recortado contra el resplandor del horizonte. La ciudad arde en la distancia, luces como brasas. No se da vuelta cuando camino hacia él. Solo eso casi me destroza.

Me detengo a varios pies de él.

—Dijiste que me amabas —digo, las palabras crudas y desnudas.

Sin saludo. Sin precaución. Sin amabilidad. Solo eso.

La cabeza de Dom se inclina ligeramente al sonido de mi voz, pero no se voltea. —Lo recuerdo —responde, su tono firme y medido.

—Entonces, ¿por qué desapareciste? —Me detengo cuando estoy a unos pasos de él.

—Estoy justo aquí —dice.

—Desapareciste emocionalmente. Me follarás o me castigarás, me arrastrarás a tus aburridas reuniones, pero no me mirarás a los ojos. ¿Por qué me tratas como si fuera frágil? ¿Como si fuera temporal?

Su mandíbula se tensa, una línea afilada contra las luces de la ciudad, y un momento de silencio se extiende hasta que pienso que no responderá en absoluto. —Necesitas espacio —dice finalmente.

—Te necesito a ti —replico, las palabras saliendo atropelladamente, casi en carne viva.

Eso lo golpea. Sus hombros se mueven, apenas, pero lo veo.

Se gira entonces, lento y deliberado, y cuando sus ojos se encuentran con los míos, son ilegibles. Acero frío sobre fuego ardiente, emociones que está tratando de encerrar.

—No es tan simple —dice.

Cruzo los brazos sobre mi pecho y enfrento su mirada con un desafío. —No. Nunca lo es contigo.

El silencio pulsa entre nosotros, agudo y doloroso, su peso presionando contra mi corazón. Me mira, exponiendo todo en esa mirada: anhelo, miedo, deseo y contención.

—Me proteges —digo en voz baja, escuchando el temblor en mi propia voz—. Me besas como si fuera tuya. Pero luego te apartas como si tocarme demasiado tiempo pudiera matarte.

—Podría —dice.

Parpadeo, la respuesta inesperada y cortante. —¿Qué?

Dom da un paso adelante, lo suficiente para que mi respiración se entrecorte. —Porque si empiezo —dice, con voz baja—, no pararé.

Mi corazón golpea contra mis costillas. Retumba en mis oídos, fuera de control, como cada parte de mí cuando estoy cerca de él.

—Te querré en cada habitación. Cada noche. Cada decisión. —Su voz es calma, peligrosa.

Dom se acerca más, y no hay lugar para correr. Sus palabras se estrellan sobre mí, implacables.

—Querré tu boca en la mía. Tu piel bajo mis manos. Te querré atada a mí de formas que no podrás deshacer.

Siento cada centímetro del espacio entre nosotros, lo siento encogiéndose, consumiéndose.

No levanta la voz. No necesita hacerlo.

Tiemblo, y sus ojos captan el movimiento, clavándome en mi lugar. Su intensidad me envuelve como fuego.

—Mataré a cualquiera que siquiera piense en alejarte de mí —murmura. Está cerca ahora, lo suficientemente cerca para que su calor se mezcle con el frío viento nocturno—. Y nunca te dejaré ir. Jamás. No porque seas mía. Sino porque no sobreviviré perderte.

Trago con dificultad. El viento parece más fuerte ahora, la ciudad más lejana. Suena como mi latido, haciendo eco salvajemente contra los espacios vacíos entre nosotros.

—Y ya has tenido suficiente de ese tipo de amor controlador —termina.

Una risa amarga se me escapa, inesperada. —¿Crees que me estás protegiendo enjaulándote a ti mismo?

No responde. Solo me mira como si fuera una decisión que no ha ganado el derecho a tomar.

—No eres mi padre, Dom. —Mi voz se quiebra en el aire frío como el cristal—. No eres él.

Permanece en silencio, sus ojos ardiendo como si lo hubiera golpeado. Un paso más cerca.

—No —continúo, mi corazón latiendo con fuerza—. No lo eres. —Las palabras salen más rápido, desesperadas ahora—. No necesito silencio. No necesito espacio. Necesito que dejes de fingir que no importo.

—Importas más que nada. —Su voz es áspera, apenas por encima de un susurro—. Ese es el problema.

Tomo aire. Luego otro. Levanto la mano, mis dedos temblando mientras rozan su mandíbula. Se estremece, solo por una fracción de segundo, y luego su mano se dispara y atrapa mi muñeca, manteniéndola allí. Sosteniéndome.

No me aparto. No puedo.

—Entonces deja de luchar contra ello —susurro, fijando mi mirada en la suya.

Y que Dios me ayude, lo hace.

Me atrae hacia él, cerrando los últimos centímetros entre nosotros, el calor indómito de su cuerpo desterrando el aire nocturno. Siento la fuerza contenida bajo su exterior frío, y cuando su boca reclama la mía, es como una presa rompiéndose. Es como morir y volver a la vida al mismo tiempo.

Su mano suelta mi muñeca, y espero que me aparte de nuevo, que diga que hemos ido demasiado lejos. Pero no lo hace. Nunca hace lo que espero. En su lugar, sus brazos me rodean, con una ferocidad que nunca he conocido tan de cerca. Usualmente, es pasión violenta o ternura que se derrite al amanecer.

Me hundo en el beso, perdiéndome en él, sintiendo cómo el dolor de su contención se convierte en algo salvaje e imparable. Mis manos se enredan en su cabello, acercándolo más, y el mundo se reduce a este momento. El zumbido de la ciudad se desvanece en la nada.

Él es todo lo que oigo, todo lo que siento: mi universo entero.

Cuando sus labios dejan los míos, por un momento pienso que ha cambiado de opinión, que la vieja vacilación está volviendo. Pero entonces su boca está en mi cuello, murmurando mi nombre como si fuera un secreto que ya no puede guardar.

—Besiana.

Me respira, y siento que su pecho se eleva, el ritmo rápido de su corazón latiendo contra el mío. No queda espacio entre nosotros,

nada más que nuestros latidos entrelazados y el viento aullando a nuestro alrededor mientras ardemos.

Con una brusquedad que nos hace jadear a ambos, se aparta de golpe, con los ojos oscuros, ardientes, como si ya estuviera temblando por el esfuerzo de recuperar el control.

—Dom —digo, con una súplica inconfundible en mi voz.

Tiemblo cuando me mira, como si estuviera decidiendo si rendirse a esto de nuevo o alejarse. Sus manos siguen en mis brazos, y envían un calor abrasador a través de mí.

Avanza de repente, y nuestras bocas chocan una vez más, el calor y el anhelo nos inundan. Me aferro a él. Nada más existe. Nada importa.

Lo beso de vuelta con todo lo que he estado conteniendo. Todo el miedo, la confusión, la forma en que su ausencia me dejó vacía. Mis manos se deslizan por su pecho, mis dedos se retuercen en su chaqueta, acercándolo más.

Él se separa primero, lo justo para respirar contra mi boca.

—No sabes lo que estás pidiendo —dice con voz ronca.

—Sí —respiro—, lo sé.

Exhala temblorosamente, su frente presionando contra la mía.

Siento que su determinación se desvanece, que las últimas de sus murallas se derrumban entre nosotros. Su cercanía es una tormenta de fuego, derritiendo los bordes fríos de la noche.

—No soy un buen hombre, Besiana —dice como una disculpa, su voz hecha jirones y cruda.

—Eres mi hombre.

Eso le hace algo.

Todo su cuerpo reacciona, sus brazos se tensan para acercarme aún más. Luego nos movemos, su chaqueta cae de sus hombros, mi espalda presionada contra la pared de piedra, fría contra mi columna mientras su boca encuentra la mía de nuevo, más lenta esta vez. Posesiva. Minuciosa.

—No vas a tener espacio después de esto —murmura contra mi cuello, su aliento erizando mi piel—. No vas a tener distancia. Ahora

eres mía.

—Ya lo era.

La admisión envía un escalofrío a través de él, y gime profundamente en su pecho.

Gime profundamente en su pecho y me besa como si estuviera sellando un juramento con sus dientes.

Pero entonces, porque es Dom, se detiene. Justo antes del punto sin retorno. Su respiración es áspera, sus manos aún en mis caderas, sus ojos oscuros como la obsidiana.

—Te protegeré, Besiana. Con todo lo que tengo. Incluso de mí mismo.

Presiono un beso en el borde de su mandíbula. —Déjame decidir si necesito protección.

Una larga pausa. El viento se enrosca a nuestro alrededor de nuevo, atrapando los bordes de nuestro cabello y el dobladillo de mi vestido. Él aparta un mechón de mi mejilla como si fuera un acto sagrado.

Luego susurra, tan bajo que casi se pierde en el viento:

—Que Dios me ayude, quemaría el mundo por ti.

Y le creo.

La vacilación en sus ojos se desvanece, reemplazada por la cruda y ardiente certeza que siempre ha existido entre nosotros. Con un sonido áspero, a medio camino entre la rendición y el triunfo, me besa de nuevo. No hay nada de la restricción calculada esta vez, nada de la contención que siempre se ha sentido como un castigo.

La fuerza de ello hace que mi cabeza dé vueltas, hace que mi mundo explote en un caos de su piel, su calor, su inhalar y exhalar. Estoy atrapada entre él y la pared, atrapada por el peso de todo lo que somos juntos, y no cambiaría ni un solo momento de esto.

Mis manos se deslizan bajo su camisa, desesperadas por sentir la flexión de sus músculos bajo mis dedos, y me sorprende el calor de su piel y la forma en que reacciona, como si el más mínimo toque lo fuera a romper. Pero no se rompe. Se aferra con la intensidad de un

hombre que ha encontrado lo único por lo que vale la pena perderse.

—Te amo —murmura, las palabras reclamando cada centímetro de mí.

Se aparta, lo suficiente para ver mi reacción, y capto la tormenta en sus ojos. Lo miro y siento como si estuviera cayendo, pero finalmente en la dirección correcta.

—Te amo —dice de nuevo como si no lo hubiera escuchado la primera vez, como si no pudiera creer que finalmente puede decirlo.

Mis manos viajan por su pecho, y lo libero de su corbata, dejándola caer como una rendición final en la terraza de la azotea.

—No vuelvas a olvidarlo nunca —le digo antes de ponerme de puntillas y presionar mis labios contra su clavícula.

Domenico

Espero oír el sonido de cristales rompiéndose, que la tormenta finalmente irrumpa y lo destroce todo. En su lugar, la mansión se mantiene firme, sus cimientos tan sólidos como las creencias de mi padre. El viento aúlla a través de la ciudad y contra las ventanas de mi estudio, pero no puede ahogar las palabras que no quiero escuchar.

—Fue ella —repite Rafe.

Está de pie junto a la ventana, todo bordes duros y silueta oscura, con un chip rastreador entre los dedos como una acusación. Me mira, y yo no me muevo. Si me muevo, esto se volverá real.

—El químico, el laboratorio, las drogas... Besiana los delató —la voz de Emilio es baja y letal.

Rafe cruza la habitación. Arroja el chip sobre mi escritorio. Hace un sonido pequeño y sólido, final y brutal.

—Estaba enviando coordenadas directamente a Adrian —su mandíbula está tensa. Lo he visto enojado, pero nunca así—. Ella sabía lo que era. Lo escondió en su abrigo de piel.

—No lo sabes —digo. Mi voz es suave. Demasiado suave. Es como si perteneciera a otra persona—. No lo sabes con seguridad.

Mira a Emilio. Emilio está al borde de la habitación, medio oculto en las sombras. Sus ojos grises son indescifrables.

—No quieres ver lo que está justo frente a ti —dice Emilio. Levanta un teléfono desechable—. Adrian nos envió un mensaje.

Lanza el teléfono. Rafe lo atrapa con una mano y lo arroja sobre el escritorio, junto al chip.

—Era una espía, Dom —dice Rafe—. Lo dice justo aquí. Deberíamos haberlo sabido cuando encontramos muerto al químico.

—Se infiltró en el laboratorio —dice Emilio—. Consiguió las coordenadas del ixaphorine, incendió el almacén y luego destruyó el laboratorio.

Sal se reclina. Su presencia llena la habitación.

—Confiaste en ella, Domenico. Yo confié en ti —dice Sal. Las palabras son pesadas. Sacude la ceniza en el cenicero—. Ve a buscarla y tráemela.

Mi mente es un rugido. Trato de bloquearlo, de reprimirlo hasta que sepa qué hacer con él.

—No te preocupes —dice Rafe, oscuro y frío—. Yo me encargaré.

Sal niega con la cabeza. —No. Quiero que él mismo se encargue.

Mi pecho está apretado. Me digo a mí mismo que necesito oírlo de su boca. Necesito ver la mirada en sus ojos. Necesito estar seguro.

—La traeré —digo—. Se hará.

La tormenta golpea mientras salgo del estudio.

Me dirijo hacia abajo, pasando el vestíbulo. Los suelos de mármol hacen eco con cada paso. Soy piedra, y si me quiebro, nunca podré mantener juntos los pedazos.

Ella los delató. El químico. El laboratorio. Las drogas. Besiana los delató.

El gimnasio privado está en el sótano. Mi corazón está en algún lugar más bajo, más profundo, donde ni siquiera yo puedo encontrarlo. Siento el fantasma de su toque en mi pecho. Sus labios en los míos.

Necesito saber la verdad, aunque me mate. Pero no lo creeré hasta que lo oiga de sus labios.

Mi mano está en la puerta. Está fría, como el resto de este lugar.

Cuando entro, Besiana es un borrón de negro y blanco contra la pared lejana. Está corriendo en la cinta, rápida y grácil, el pelo oscuro recogido en una cola elegante, su rostro una imagen de concentración. No tiene idea de lo que se avecina. Mi pecho se aprieta. ¿Cómo pude haberme equivocado tanto con ella?

—Tenemos que hablar —mi voz es fuerte, rebotando en las paredes vacías.

Ella reduce la velocidad de la cinta y deja que corra bajo sus pies mientras se sostiene de las barras.

—¿Qué pasa?

Todo. No puedo decirlo.

Me doy la vuelta y golpeo con el puño el saco de boxeo más cercano. Lo golpeo de nuevo. Y otra vez. No para entrenar. No para desahogarme.

Para evitar pensar.

Ella mintió.

Besiana. Mi esposa. Mi fuego y mi perdición.

Ella les dio información. Los hombres de Dushku. La redada en el almacén. La pérdida del ixaphorine. Mi químico muerto. Y yo pensé —*mierda, pensé*— que la estaba manteniendo a salvo.

Otro golpe. La cadena cruje. Mis nudillos arden a través de las vendas.

—Lo descubriste —dice en voz baja.

Mi mandíbula se tensa. Lanzo un golpe más, lo suficientemente fuerte como para hacer temblar el techo. Luego detengo el saco con una mano.

—Dime lo que aún no sé —digo.

Ella no responde.

Me giro. Sus ojos se afilan. Son como astillas de jade pálido.

—¿Le diste a Adrian la ubicación del laboratorio? —pregunto.

Ella baja de la cinta, casi tropieza. Es la primera vez que la veo menos que perfecta.

—Yo...

La interrumpo. —Sabemos que tenías un rastreador. Lo encontramos. Rafe dice que lo escondiste en tu abrigo de piel.

Su boca es una línea delgada. Espero que lo niegue. Que me diga que Rafe está equivocado.

—¿Eso es todo?

Está tranquila. Demasiado tranquila.

—Hay más —digo. Fuerzo cada palabra—. Recibimos un mensaje de Adrian. Dice que estabas espiando. Dice que ese era tu trabajo desde el principio.

Ella baja los ojos. Es un golpe al estómago. No está negando nada de esto. Mi corazón cae como una piedra, pesado y mortal, hundiéndose rápidamente.

—¿Es cierto? —mi voz se quiebra.

Ella no dice nada. No tiene que hacerlo.

La tormenta ha estallado. No afuera. Dentro de mí. Soy escombros, y soy rabia, y soy amor, y soy odio. No sé dónde empiezo y dónde termino.

—Tu padre cree que puede salvarte de mí —digo—. No puede. No lo hará.

Ella no se inmuta, pero sus manos tiemblan ligeramente. Sus ojos centellean, feroces y desafiantes. Pero hay algo más ahí también, lo único que no puede ocultar. Miedo.

—Baba no quiere salvarme —dice.

—¿Entonces por qué? —digo. La ira y la traición se enroscan en cada palabra—. ¿Por qué correr el riesgo? Debe haberte prometido algo.

—Familia —dice. Su mandíbula está tensa, pero la veo temblar—. Lo hice solamente porque es familia, y no tuve otra opción.

Es como una bala. Caliente y real e implacable. Se supone que yo soy su familia. Pero no lo dejo ver. No le daré esa satisfacción.

—Entiendo —digo—. Querías salir. Y no te importó a quién quemabas para lograrlo.

Me acerco. Mi sombra se cierne sobre ella, pero no retrocede.

—¿Desde cuándo? —pregunto.

Traga saliva. —Desde la boda.

El silencio se expande entre nosotros, amplio y resonante. El tipo que mata a la gente más lento que las balas.

—Te envió para destruirme —digo sin emoción.

—Sí.

—Y lo hiciste.

Se estremece como si la hubiera abofeteado. Bien. Que lo sienta.

—Dom, yo nunca...

—No —espeto—. No digas que no era tu intención. Le entregaste cada detalle. Le diste las llaves.

Ella da un paso adelante. Yo retrocedo uno. Solo uno. Lo suficiente para que sienta el cambio.

—Le di lo que me pidió —dice—. Hasta que ya no pude más.

Me río una vez, con aspereza. —Qué noble de tu parte.

—No sabía del segundo ataque.

—El que destrozó la mitad de mi operación y puso a Clara en la morgue.

—Lo sé...

—¿Lo sabes? —Me muevo hacia ella, lento y deliberado—. ¿Sabes lo que significa sangrar por algo? ¿Construirlo con tus manos, solo para ver cómo alguien lo destroza y sonríe mientras muere?

Levanta la barbilla. —Sí. Lo sé.

Eso me detiene. Solo por un segundo.

—Él mató a mi madre —dice—. Y aun así lo serví. Así que no me hables de traición como si fuera algo nuevo.

La miro fijamente, con el corazón latiendo tan fuerte que puedo saborearlo.

—¿Entonces por qué no me lo dijiste? —pregunto de nuevo. Las palabras salen como una súplica. No frías. Solo rotas.

Sus ojos se encuentran con los míos, afilados e inflexibles, y espero que me corte de nuevo. Pero no lo hace. Sostiene el silencio como sostiene mi corazón: en sus manos, apretado y tembloroso.

—Porque tenía miedo —dice—. Miedo de que dejaras de mirarme como lo haces ahora mismo.

Intento entender, pero mi mente es un enredo de ira y confusión. ¿Quería esto entonces? ¿La rabia y la destrucción? ¿Es por eso que me dejó pensar que era mía?

—Ahora tienes lo que querías —digo, derrotado—. ¿Estás feliz?

Un susurro: —No.

Retrocedo. El silencio ruge.

Ella toma un respiro tembloroso. —Nunca quise enamorarme de ti.

—Pero lo hiciste.

Sus ojos se llenan, pero parpadea para alejar las lágrimas antes de que caigan.

—Lo siento, Dom. Por todo.

Niego con la cabeza una vez. Tenso. Controlado.

—No tienes derecho a sentirlo —digo—. No aquí. No ahora.

Me muevo hacia ella, cerrando la distancia entre nosotros con pasos lentos y deliberados. Cada paso hace que mi decisión sea más peligrosa, más desesperada, más definitiva. Sus ojos permanecen fijos en los míos, conteniendo tanto miedo como determinación. Veo cómo se obliga a ser fuerte, pero mi presencia es una fuerza en sí misma. Siempre he sido fuerte. Ahora soy algo completamente diferente. Desquiciado.

—No eres mi enemiga, Besiana —digo—. Pero tampoco eres mi esposa. No hasta que decida qué carajo eres.

Retrocede con movimientos rígidos y cautelosos, manteniéndose entera incluso cuando choca contra la pared. Sus hombros están cuadrados. La encierro, pongo mis manos a ambos lados de su cabeza, tan cerca que puedo sentir el rápido latido de su pulso. La veo prepararse para ello, el terrible castigo que espera. Mi pecho duele. El mundo da vueltas y vueltas. Podría aplastarla. Podría destruirla.

En cambio, la beso como si fuera lo último que me mantiene vivo. Aplasto mi boca contra la suya y saboreo el sudor en su piel. Ella no se aparta. Me devuelve el beso. Me vuelco en él, imprudente y consumidor.

Nunca me he sentido tan perdido.

—Vete —digo, separándome. La palabra se arranca de mí como si tuviera garras—. Márchate. Antes de que cambie de opinión.

—¿Qué?

—Vete. —Es más fuerte, como mi ira, mi amor, mi necesidad imposible.

—Domenico, yo...

No la dejo terminar. —Lárgate. Si sabes lo que te conviene, no vuelvas nunca. Sal te despellejará viva, y no estoy exagerando.

Me mira fijamente, con los ojos muy abiertos y respirando con dificultad. Sus labios están hinchados. Quiero besarlos una y otra y otra vez. En cambio, la dejo ir. La ayudo a irse. El sonido del viento nos persigue por la mansión, la elegante y oscura cola del cabello de Besiana rebotando.

Llegamos al primer piso. La arrastro hacia una entrada lateral, a través de más habitaciones vacías, más pasillos desiertos, hasta que estoy seguro de que está libre. Hasta que estoy seguro de que está a salvo.

—Domenico —dice ella nuevamente. Su voz se quiebra esta vez.

La empujo a través de la puerta. El viento frío me golpea, pero la mansión se mantiene firme.

—Vete —digo otra vez. Ya ni siquiera es una palabra. Es una súplica.

Y entonces ella se ha ido.

28

Besiana

Una procesión fúnebre de palomas se balancea tras las migajas dispersas. La panadería está vacía. El escaparate está agrietado, el toldo desteñido por el sol a un rosa pálido. No debería haber venido aquí, pero el arrepentimiento es el aire que respiro. El pasado tiene una manera de arrastrarte de vuelta. Meto las manos más profundo en mis bolsillos. La gente en la calle pasa sin mirar, sin importarles quién soy o qué he hecho.

Paso por un café donde el nombre es nuevo, pero reconozco la pintura descascarada y el fuerte aroma a café. Adentro hay hombres jugando a las cartas. Hombres viejos de cabello blanco y ojos cansados. En el parque, mujeres mayores se sientan y conversan, siempre con algo que decir sobre el mundo. Es más tranquilo aquí, pero he olvidado el ritmo de todo esto. Un taxi toca la bocina y un hombre le grita algo en respuesta. Maldiciones y amenazas en albanés. Suena como a casa. Sigo caminando.

Los ecos son fuertes en mi mente. Si supiera que estoy aquí, Baba me lo recordaría. Rompería algo. Los huesos son los que sanan más rápido. En cambio, pienso en Dom y en las palabras que dijo. Traidora. Mentirosa. Enemiga. Duele tanto como cualquier cosa que Baba haya dicho alguna vez.

Cruzo otra calle y el viento me pica las mejillas. No he dormido en dos días, no desde que dejé la mansión de los Rosetti y decidí que estoy mejor sin amor. Creen que estoy con Baba ahora, de vuelta con mi familia y feliz. Pero, ¿qué clase de familia es esa? No importa. La voz de mi padre en mi cabeza es más fuerte que nunca. No hagas preguntas, Besiana. Las preguntas son para la gente que tiene algo que ocultar. ¿Tienes algo que ocultar, Besiana?

Ni siquiera lo sé.

Agacho la cabeza para evitar mirar la vieja lavandería, pero mis ojos la encuentran de todos modos. Dom envió a Matteo a vigilarme una vez cuando comí en el café de al lado. Miro de nuevo. Nadie me está vigilando ahora.

Una voz que no reconozco grita mi nombre. Me sobresalto y me giro para ver a un chico corriendo hacia mí. Lleva una chaqueta con un puño deshilachado y una bufanda envuelta apretada alrededor del cuello. Su aliento empaña el aire frente a él.

—¡Besa! —grita de nuevo, y esta vez veo quién es.

Un niño que solía seguirme. Él y un amigo suyo siempre intentaban superarse el uno al otro, demostrando quién era más duro. Ahora es más alto, casi de mi estatura, pero su nariz sigue torcida desde aquella vez que lo golpeé por patear a mi perro. Olvidé su nombre hace años.

—Pensé que te habías ido —dice, metiendo las manos en sus bolsillos. Tiene una sonrisa pícara que me hace pensar que no ha cambiado tanto como quiere hacerme creer.

—Me fui —digo—. Esto no es... —Quiero decirle que debería fingir que nunca me vio. Es lo que yo debería haber hecho.

Se encoge de hombros. —De todos modos, me alegro de verte.

Me siento como un fantasma. Mi propio pasado no me reconoce. —Me alegro de verte también —miento.

Saca una memoria USB de su abrigo y me la tiende. No la tomo, así que agarra mi mano y envuelve mis dedos alrededor de ella. —Ya sabes qué hacer. —Desaparece antes de que pueda decir algo, deslizándose entre la gente como agua entre las grietas.

Me quedo parada en el frío, mirando fijamente la USB. ¿Cree que soy alguien más? ¿O está jugando como cuando era niño, viendo si le sigo el juego? No importa. Está equivocado. Estoy fuera. Mis dedos aprietan el plástico con más fuerza. Debería tirarla. No lo hago.

La biblioteca está tal como la recuerdo. Grande y gris, su puerta cubierta de avisos despegados. Mi pie vacila en el escalón, y miro detrás de mí. ¿El chico realmente me dejó sola? ¿Me está siguiendo? Tal vez Baba lo envió. Me siento mareada. Dom sabría qué hacer, pero ya no lo tengo. Solo me tengo a mí misma.

El interior huele a polvo. Camino por pasillos y filas, pasando rostros inclinados sobre libros, hasta una computadora en la parte de atrás. Me deslizo en la silla, meto la USB y observo. Se me corta la respiración.

Veo los nombres primero. Raffaele Rosetti. Domenico Rosetti. Leonardo. Emilio. Matteo. Salvatore. Destellan ante mí como si me estuvieran disparando, como si yo fuera la que está en la lista. Hay horarios y ubicaciones, mapas y fotos borrosas. Tienen una reunión programada. Entrecierro los ojos hacia la pantalla, forzándome a mirar, a ver. Todos ellos juntos.

Esto no puede estar bien. Mi padre prometió mantenerlos fuera de esto. Era solo negocios. Nada personal. Quería destruir su operación Iride, tal vez robarla para sí mismo. Pero estas palabras son mucho más: quiere destruirlos. No su negocio, a ellos.

La silla cae al suelo cuando me pongo de pie. Busco torpemente mi teléfono, marcando con dedos que no se quedan quietos. Un hombre levanta la mirada de un escritorio y me mira con enojo. No me importa. El timbre hace eco, cada tono fuerte y vacío. Sé que irá al buzón de voz antes incluso de escuchar su voz. Sé que me ha bloqueado. Dom.

Bien, me lo merezco, pero ellos no. Los Rosetti no.

Estoy temblando mientras intento llamar a Carmela a continuación. Es su única oportunidad. Mi única oportunidad. Por favor.

Contesta, con una risa en su voz. —¿Besiana? Ay, Dios mío, pensé que...

—¡Carmela! ¡Escucha! —grito demasiado fuerte. La bibliotecaria me hace callar. Agarro el teléfono y bajo la voz—. Carmela, es una trampa. Tienes que decírselo.

—Whoa, tranquila, cariño. —Sus palabras son alegres. No entiende. No sabe—. ¿Qué estás...?

—¡Tus hermanos! —No puedo detener las palabras. Se atropellan unas a otras—. Carmela, tus hermanos están en peligro. Es una emboscada. No pueden ir a esa reunión. Tienes que creerme.

La línea se queda en silencio, y por un segundo, pienso que ha colgado. —¿Dónde estás? —Su voz es diferente ahora. Insegura.

—No importa. Solo escucha. —Veo la lista en mi mente. Veo los nombres tachados. Me duelen las manos de sostener el teléfono tan fuerte—. Es esta noche. Diles que no vayan.

—Pero te fuiste. Tú...

—¡Carmela! ¡Por favor! Cometí un error. Esto no es...

—Volviste con ellos, Besiana. ¿Por qué debería creer algo de lo que dices? —Escucho que se le corta la respiración, escucho que su voz baja a un susurro—. ¿Por qué llamaste?

Se les está acabando el tiempo. —Solo impide que vayan a la reunión, y te explicaré todo después —digo.

Silencio de nuevo. Me duele el pecho.

—Ya se fueron —finalmente me dice. Suena lejana, como si estuviera escuchando a través de una puerta cerrada—. Rafe dijo que podrías hacer algo así. Un truco. Ellos...

—¡No vayas! —Estoy gritando de nuevo.

—Ya están allí, cariño. —Su voz es tan suave que apenas la escucho—. Llegaste tarde.

La llamada termina. Estoy sola.

No demasiado tarde. No puedo llegar demasiado tarde.

Salgo furiosa de la biblioteca y corro. El aire frío me muerde la cara, pero no lo siento. Los pulmones me arden y el pavimento retumba bajo mis pies. Hay una entrada al metro adelante, con

escaleras empinadas e implacables. Me lanzo por ellas y me aprieto a través del torniquete. Mi abrigo se engancha, pero lo jalo para liberarlo y tropiezo hasta el andén. Estoy jadeando, sin aliento y sin tiempo.

Llega el tren. Se detiene con un chirrido y me abro paso dentro, las puertas cerrándose tras de mí. Ya se han ido. Las palabras de Carmela resuenan con cada traqueteo y estrépito. Dom no escuchará. La lista de objetivos está llena de nombres Rosetti, y yo hice esto. Pero puedo deshacerlo. Tengo que hacerlo.

Me aferro al poste y el metal está frío en mis manos.

Domenico

El viejo teatro se alza en el borde de Hell's Kitchen como una reliquia de un tiempo olvidado. Polvoriento, indeseado y jodidamente frío. Si el viento se vuelve más cortante, podría atravesar mi traje. Estoy parado afuera en la acera sucia con Rafe, Leo, Emilio, Matteo, Sal y media docena de nuestros mejores hombres. Esperando a que aparezcan los albaneses. Es el tipo de lugar que parece una trampa, pero Sal insiste en que escuchemos a Adrian.

—No van a venir —dice Rafe, mirando con furia las viejas puertas de cristal.

Leo se truena los nudillos, inquieto. —Cuando muestren sus cobardes traseros, les pondré una bala a cada uno.

Emilio resopla desde su rincón, escondido en las sombras.

El viejo más vale que tenga razón sobre esto. La espera me volverá loco. Y Matteo no ayuda.

—Que vengan o no, ¿a quién le importa? —se encoge de hombros.

Su moneda atrapa la luz, girando entre sus dedos. Lo atrapo observándome, con una sonrisa burlona en su rostro. No nos gusta esto. A ninguno de nosotros. Pero si Adrian estaba dispuesto a

compartir que Besiana nos ha estado espiando, podría soltar otras verdades importantes. No podemos ignorarlo. Aunque nos cueste.

—Entramos —digo, mis palabras cortantes y definitivas—. Podrían estar adentro.

Pasamos por el vestíbulo, y en el momento en que entramos al teatro, sé que algo anda mal.

Está demasiado silencioso. Demasiado prístino para un lugar que supuestamente ha estado cerrado durante décadas. Las arañas están intactas. Las cortinas de terciopelo sin polvo. Y el aire... huele a pulidor fresco.

Rafe está a mi izquierda, con la mandíbula tensa. Emilio sigue detrás, con las manos sueltas cerca de su arma. Matteo, dos pasos detrás de él. Todos hombres Rosetti. Todos armados. Ninguno relajado.

—Esta fue tu idea —murmura Rafe entre dientes.

—Fue su invitación —corrijo—. Yo solo dije que sí.

—Es lo mismo —dice—. Si morimos aquí.

No respondo. Escaneo todo. Asientos del balcón. Aparejos del escenario. El largo pasillo de terciopelo que divide las filas.

Dos hombres albaneses están cerca del centro del escenario, vestidos como diplomáticos. Sin armas visibles. Adrian Dushku está sentado en la primera fila, casual, como si estuviera viendo un ensayo. Sus piernas cruzadas. Su sonrisa quirúrgica.

El calor sube detrás de mis ojos, pero mantengo mi rostro neutral.

—Domenico —dice Adrian, levantándose lentamente—. Llegaste.

—Nuestro último tratado de paz no salió tan bien —digo, forzando mis pensamientos a no detenerse en Besiana—, pero estamos dispuestos a escuchar qué más tienes que ofrecer.

—No hay conversaciones de paz esta noche —dice, sonriendo—. Solo cierre.

Es entonces cuando lo escucho: el suave clic de un cerrojo deslizándose a su lugar. No cerca de nosotros. Encima de nosotros.

El balcón.

Miro hacia arriba, sutil, una fracción de segundo, y veo el reflejo de una mira, medio oculta por la cortina. Otra sombra se mueve cerca de las luces del escenario.

Vinieron armados. Vinieron preparados. Y creen que estamos aquí para morir.

—Rafe —digo, con voz baja—. ¿Puerta trasera?

—Bloqueada.

Por supuesto que lo está.

Adrian extiende sus brazos como un anfitrión en una gala. —Por favor. Siéntense. Hemos preparado todo.

Doy un paso adelante, lento, deliberado, hacia la luz proyectada por las polvorientas arañas.

—Siempre te gustaron los teatralismos —digo.

—Y a ti siempre te gustó fingir que eras diferente al resto de nosotros —responde, con tono frío—. Pero no lo eres, Domenico. Solo estás mejor vestido.

Mis dedos se flexionan a mis costados.

—Entonces —digo—. ¿Esta es la parte donde nos hablas hasta la muerte?

Es entonces cuando el reflector se enciende, cegador, caliente, y suena el primer disparo.

Me falla por un centímetro. Golpea la pared del escenario detrás.

La segunda bala roza mi oreja antes de que incluso oiga el disparo. El polvo explota a mi alrededor, y mis instintos se activan.

—¡Rafe...! —grito.

Él ya se está moviendo, buscando una salida.

Emilio saca su Glock. Matteo voltea una fila de sillas para cubrirse. El fuego de armas estalla desde el balcón, ensordecedor en la cúpula del teatro.

Derribo a Adrian al suelo, no para salvarlo, sino para inmovilizarlo. Mi rodilla se clava en su pecho mientras el caos se desata a nuestro alrededor.

—¿Nos trajiste aquí para morir? —gruño—. ¿Entonces por qué sigo respirando?

La sonrisa de Adrian está ensangrentada. —No por mucho tiempo.

Otro disparo pasa rozando mi oreja. Lo suelto y ruedo detrás de los asientos de la primera fila. Se astillan bajo el fuego. Rafe elimina a un tirador en el balcón izquierdo. Emilio está sangrando del hombro pero sigue disparando.

—¡Nos tendieron una trampa! —la voz de Leo se eleva por encima del caos. Está junto a la puerta, devolviendo el fuego con Emilio.

—¡Maldita sea, lo sabía! —gruñe Rafe. Sus ojos son de un azul helado y furioso mientras dispara dos veces a un grupo de albaneses en el balcón—. ¿Ahora le crees a Adrian?

Miro a Sal, que se esconde detrás de una columna. Asiente, sombrío y cabreado, luego dispara y le acierta a uno de los bastardos en el hombro.

Una docena de albaneses. Los malditos ratas tenían todo el lugar cubierto.

Emilio y Matteo ya están al otro lado del teatro, cubriéndose cerca del escenario. Matteo tiene la espalda contra las escaleras, disparando al balcón. Su moneda tintinea contra el suelo, olvidada.

Emilio grita, acertando un tiro limpio a un albanés que se asoma detrás de las cortinas.

Leo se queda junto a la entrada, disparando rondas y maldiciendo a todo lo que se mueve. —¿Dónde carajo está nuestro refuerzo? —Se agacha cuando una bala pasa silbando junto a su cabeza.

Busco a los hombres que trajimos. Dos están caídos y el resto se encuentra acurrucado junto a la pared del fondo, disparando a ciegas.

Un dolor agudo se enciende en mi costado. Me presiono con la mano. Cálido y húmedo. No es mortal, pero es un mensaje. Aprieto los dientes y me asomo lo suficiente para ponerle una bala al bastardo más cercano.

Esto es un mensaje, claro. Pero no pienso escucharlo, carajo.

—¿Vamos a hacer esto o qué? —grita Leo desde la entrada, su voz se alza por encima del tiroteo—. ¡Agarren a esos imbéciles!

Tomo una decisión.

—¡Rafe! —llamo—. ¡Balcón!

Rafe no necesita más que eso. Saca un cargador del bolsillo de su abrigo, lo inserta y empieza a disparar en ráfagas cortas.

Recupero el aliento, concentrándome en el grupo de albaneses más cercano. Uno de ellos retrocede, herido. Esto provoca una reacción en cadena entre los demás.

Sonrío, bajo y malicioso. Eso es lo que quiero ver.

—No aflojen —digo, recargando. Mi costado arde. La idea del rostro fantasmal y arrogante de Adrian arde aún más—. ¡Los quiero sangrando!

Se oye un fuerte estruendo cuando la bala de Emilio golpea una de las lámparas. Esta cae, llevándose consigo a dos albaneses en su caída.

—Ya lo escucharon —grita Rafe—. ¡Primero que sangren, luego que mueran!

Los hombres de Rosetti han avanzado hacia el frente. Se despliegan, acorralando a los albaneses detrás de las cortinas. Veo cómo uno de nuestros muchachos cae, luego otro. Tres más toman la posta.

—¡Mierda! —grita Leo cuando su arma se atasca. La arroja al suelo y saca otra del interior de su abrigo—. ¡Salgan, pedazos de mierda Dushku!

Está rojo de furia, como siempre. Impaciente y cabreado, como siempre. Exhalo, apuntando de nuevo al balcón.

—¡Avanzando! —grita Rafe—. ¡Manténganlos ocupados!

Los albaneses se agachan bajo su fuego, retrocediendo hacia las sombras.

—¡Dom! —me llama Matteo desde el escenario—. ¿Quieres los honores?

—¡Adelante! —le grito en respuesta. Estoy más cerca ahora, codo a codo con Sal.

Me mira. A mi mano ensangrentada sobre mi costado sangrante.

—Hablaremos después —dice—. Ocúpate de esto.

Hago una señal para que Matteo y Emilio me sigan mientras avanzo. Matteo va por abajo, Emilio por arriba, y yo tomo el centro. Disparo mientras avanzo, apuntando a cualquier cosa que se mueva.

Los albaneses no saben qué los golpeó.

Rafe está en el balcón, Leo se acerca desde la entrada. Los bastardos no tienen a dónde ir.

El teatro ya no está tan frío. Está lleno de sudor y olor a pólvora. Sangre y cuerpos, también. Nos estamos acercando. Entonces lo escucho: Unas palabras gritadas en albanés. Los inteligentes deciden vivir.

De repente, una explosión ensordecedora resuena, sacudiendo el teatro hasta sus cimientos. Salgo volando y caigo con fuerza sobre el piso de mármol. El mundo se difumina mientras el polvo y el humo llenan el aire. Mis oídos zumban, pero a través de la bruma, escucho gritos y alaridos: los inconfundibles sonidos del pánico.

—¡Dom! —la voz de Rafe atraviesa el caos.

Intento responder, pero el aire ha sido expulsado de mis pulmones. Toso violentamente, saboreando sangre. Mi costado palpita con una nueva intensidad.

—¿Qué carajo fue eso? —esta vez es la voz de Leo, sonando demasiado distante.

El humo se disipa lentamente, revelando una visión que me hiela la sangre. El teatro está en ruinas: partes del techo se han derrumbado, bloqueando las salidas. Algunos albaneses están atrapados bajo los escombros, pero otros están aprovechando la confusión para reagruparse y contraatacar.

Mis hombres... nuestros hombres, están desprevenidos. Ahora estamos expuestos y superados en número. Si sobrevivimos a esto, será un puto milagro.

Entre el humo y el polvo, una figura emerge de la puerta trasera. Una silueta delgada con un abrigo largo. Besiana. Mi corazón da un

vuelco mientras la veo avanzar con una calma escalofriante que no pertenece a este campo de batalla.

Se detiene junto a un albanés caído y se inclina, tomando un arma de su agarre sin vida. Se endereza y examina el caos que se desarrolla frente a ella, sus ojos verde pálido indescifrables.

En medio de esta locura, el tiempo parece ralentizarse. Puedo ver cada detalle grabado en su rostro; la curva de su pómulo, la forma en que su cabello cae sobre un ojo, el pánico que intenta suprimir con tanto esfuerzo.

Un escalofrío de incertidumbre recorre mi espina dorsal. Es la hija de Dushku, su arma más preciada. Pero también ha estado viviendo con nosotros. Todo este tiempo hemos estado jugando al gato y al ratón con la confianza... y no tengo idea de qué lado está su lealtad ahora.

Mientras se adentra en la luz proyectada por un pequeño fuego, su mirada se clava en la mía. No hay calidez allí. Levanta su arma.

30

Besiana

El teatro es un campo de batalla.

El techo ha desaparecido.

Escombros y polvo caen como ceniza, el eco de los disparos rebota en piedra y hierro roto. Los reflectores parpadean salvajemente a través del humo, proyectando sombras.

Entro por la puerta lateral del teatro en ruinas, sintiendo como si estuviera adentrándome en el inframundo.

Mi mirada encuentra a Domenico, atraída hacia él como una limadura de hierro a un imán. Está sangrando por una herida en el costado y en la oreja, pero está vivo, gracias a Dios. Está acorralado, atrapado detrás de los restos desmoronados de una columna, con dos armas apuntándole desde arriba.

La sangre de los Rosetti mancha el suelo.

Y luego está Adrian. Mi padre. De pie en el centro del escenario, tan tranquilo como siempre, como si la violencia estuviera guionizada y solo estuviera esperando el aplauso.

Los ojos de Adrian encuentran los míos, cortando a través del humo y la ruina. Permanece impasible en el caos, como si me hubiera estado esperando todo el tiempo, como si este teatro de guerra no fuera más que un acto predecible. Casi puedo oír los engranajes girando en su mente, y eso lo emociona. Más sangre,

más traición: es la historia que siempre quiso. No muestra sorpresa ni miedo.

—Has vuelto a casa —grita con esa confianza familiar e inquebrantable.

—No —la rebeldía que he ocultado durante años se libera, cruda y poderosa—. He venido a ponerle fin a esto.

Dom me ve. Nuestras miradas se cruzan. No se inmuta, no baja su arma. Pero lo más importante: tampoco la levanta hacia mí.

Está esperando. Observando. *Preguntándose.*

¿Estoy aquí para terminar lo que mi padre empezó?

El aire está cargado de tensión, y lo veo escrito en cada rostro, en cada figura agazapada. Tanto los Rosetti como los Dushku están congelados en su lugar, esperando ver quién será borrado. Siempre he sido la hija obediente, la variable predecible. Nadie espera el giro. Estoy acostumbrada a ser subestimada. Especialmente por él.

Y ahora estoy reescribiendo su guion.

Avanzo lentamente. Mis botas crujen sobre azulejos rotos y sillas destrozadas. Tengo un arma albanesa en mis manos, recogida de un hombre muerto a mis pies, y la levanto. Ni rápido, ni lento, solo deliberado. Los albaneses se tensan, sus armas temblando hacia mí.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta Baba, con voz baja.

—Lo que me enseñaste —digo—. Sobrevivir.

Levanto el arma y apunto directamente hacia él.

Dom no se mueve.

Rafe murmura algo en voz baja.

El mundo contiene la respiración.

—Dile a tus hombres que se rindan —digo.

—Piensa en lo que estás haciendo, vajzë —dice, con voz repentinamente suave. Su voz se vuelve casi gentil ahora, como si pensara que todavía puede persuadirme a la obediencia—. Esta gente... no es tu familia.

—Ellos me protegieron —digo.

—Te usaron —su voz se agudiza, y da un paso cuidadoso hacia adelante, con una mano extendida en ese gesto familiar y

condescendiente de supuesto amor. Me mantengo firme, inmóvil—. Yo te crié —dice, cada palabra cargada con las cadenas que me puso hace años—. Te alimenté. Te enseñé todo lo que sabes.

—Me enseñaste a obedecer —espeto—. A desaparecer. A mentir.

—Y eso te mantuvo con vida —dice, más cortante ahora—. ¿Crees que los Rosetti te dejarán vivir una vez que hayan exprimido todo de ti? Eres un arma para ellos, al igual que lo eras para mí.

No digo nada, dejando que sienta mi silenciosa rebeldía como una bofetada en la cara.

—Si apuntas esa arma hacia mí —dice—, no hay vuelta atrás. Dejas de ser mi hija.

—Bien —susurro—. Porque tú dejaste de ser mi padre hace mucho tiempo.

Me mira fijamente, dándose cuenta de que está perdiendo el control. La ira fría parpadea en sus ojos, la furia de un hombre que no está acostumbrado a perder.

—Ven conmigo, Besiana. Nos vamos ahora. Puedes arreglar esto. Empezamos de nuevo: sin más espionaje. Sin más sangre. Tendrás a tu familia. Estarás a salvo.

—¿A salvo? —Me río, amarga y cruda—. Tú no mantienes a la gente a salvo, Baba. Los mantienes en silencio.

No lo niega. No tiene que hacerlo.

Ambos hemos visto los resultados de su silencio: los cuerpos, la sangre, las traiciones. Espera que vuelva a la fila, que me doblegue a su voluntad como siempre lo he hecho. Pero no hay vuelta atrás de esto. He terminado de jugar su juego.

—Llámalos. Para. Que. Se. Rindan.

Mi mano no tiembla. Mi voz no se quiebra.

Baba parpadea, luego se ríe. *Se ríe.*

—No me dispararás, Besiana —dice.

¿Cree que esto es un farol? ¿Alguna vez me ha visto fanfarronear?

—Tal vez no al corazón —digo—. ¿Pero a tus rodillas? ¿A tu hombro? Me enseñaste a ser despiadada, Baba. No te sorprendas de

que haya aprendido mis lecciones.

Algo cambia en sus ojos, solo por un segundo. No es miedo. Es realización.

Los Rosetti me miran fijamente, esperando el remate. Acostumbrados a observar cada uno de mis movimientos, creyendo que conocen mis lealtades. Siento como si lo estuviera viendo con ellos, reescribiéndolo línea por línea. —Llámalos para que se rindan —repito. Las palabras resuenan en el silencio, todos atrapados entre respiraciones.

—No te escucharán —dice.

—Te escucharán a ti —contraataco, llevándolo más lejos, el arma elevándose con las palabras. Mi barbilla está en alto, mi corazón late con fuerza, pero lo mantengo todo estable—. O serás el primero en caer.

Lo observo, veo las piezas moverse en su mente. Es una mirada tan familiar, una que he visto desde que era niña. Siempre lo hacía parecer invencible. Pero ahora veo más. Veo duda.

Dom se levanta lentamente detrás de los escombros, aún sin estar seguro de qué lado estoy. No lo culpo. Pero mantengo el arma firme, mis ojos fijos en mi padre.

Adrian sostiene mi mirada.

—¿Traicionarías a tu sangre? —pregunta.

—Tú ya lo hiciste.

Silencio. Se cierne pesado, presionando sobre todos nosotros. Presiona mi pecho. El polvo gira en patrones caóticos. Mi pulso es un tambor de guerra. Lo observo, esperando su próximo movimiento, mis ojos nunca abandonan su rostro. Vamos, Baba. Muéstrame tus cartas.

Entonces habla.

—Deténganse —dice Adrian. Su voz corta a través del caos, aguda y autoritaria—. Todos ustedes.

Las palabras hacen eco, rebotando en la piedra y el metal. Por un segundo, nadie se mueve. Sus hombres dudan, pero luego su orden surte efecto. Obedecen. Uno por uno, las armas bajan. Los

movimientos se ralentizan. La tormenta comienza a calmarse a nuestro alrededor, una calma repentina e innatural sigue a su paso. Tanto los Rosetti como los Dushku me observan, lo observan a él, inseguros de lo que vendrá después.

Dom no se mueve. Yo tampoco.

Adrian me mira con nuevos ojos.

—Te has vuelto fea —dice suavemente.

—No —digo—. Por fin me he vuelto real.

Los hombres de Baba, los albaneses, abandonan el teatro hasta que solo quedan los Rosetti. Y yo.

Me vuelvo hacia Dom. Hacia el único hombre que me miró y no vio una herramienta, un arma, una hija para negociar. Pero lo último que me dijo fue que ya no era su esposa, así que supongo que no tenemos ninguna relación en absoluto.

—Besiana —dice, su voz un fantasma de un susurro, casi perdido entre el polvo que se asienta.

Esos agudos ojos verdes me estudian, buscando una explicación, una justificación para mis acciones. Pero no salen palabras. En su lugar, dejo caer mi brazo a un costado, sintiendo el arma más pesada con cada segundo que pasa.

—Estás herido —las palabras salen de mi boca antes de que pueda detenerlas. Él se mueve como si fuera a acercarse, pero se detiene en seco. Su mirada nunca abandona la mía.

—He estado peor —dice con un intento de sonrisa que no llega a sus ojos. Hay un silencio incómodo entre nosotros, llenado solo por nuestras respiraciones entrecortadas y el eco distante de pasos que se retiran.

Una inesperada ola de vulnerabilidad me invade. Despojada de las pretensiones, las mentiras y el engaño, me quedo de pie ante él siendo solo Besiana.

Sin decir una palabra, él se acerca y cuidadosamente retira el arma de mi mano aún temblorosa. La suelto sin protestar, observando cómo la coloca en una viga caída cercana. Su mirada se

detiene en el arma, sus dedos trazando el frío metal casi distraídamente.

—Podrías haberlo matado —afirma, finalmente rompiendo el silencio. No es una pregunta, más bien una observación. No me mira mientras lo dice, mantiene su atención en el arma.

—Lo sé —respondo en voz baja, mis dedos enroscándose y desenroscándose a mis costados. Bajo la mirada a mis manos, manchadas de polvo y ceniza, el eco persistente del peso del arma aún palpable.

La mirada de Dom se vuelve hacia mí entonces, estudiando mi rostro de cerca. Es como si me estuviera viendo por primera vez, tratando de dar sentido a lo que creía saber frente a lo que ahora ve de pie frente a él—. ¿Por qué no lo hiciste?

Una multitud de respuestas se apresuran. Podría decir que no quiero convertirme en mi padre o que prefiero que él viva con el conocimiento de que ha sido vencido por su propia hija. Pero en su lugar, dejo escapar un suspiro. Mis ojos se encuentran con los de Dom, manteniendo su mirada fija.

—Porque esa no soy yo —digo.

Las palabras son simples, pero pesan entre nosotros. Por primera vez en mi vida, siento como si estuviera verdaderamente de pie sobre mis propios pies, sin la carga de las expectativas de mi padre o el peso de la lealtad familiar dictando cada uno de mis movimientos.

Dom asiente lentamente.

Entonces hace algo que me toma por sorpresa: extiende una mano hacia mí. Su gesto no es de dominio o posesión como solía ser a menudo, sino de paz. De amistad.

—Hice lo que creí que era correcto —digo finalmente, mi voz apenas por encima de un susurro.

—Lo sé —responde, su voz ronca de emociones no expresadas.

—Lo siento —logro decir, tragando con dificultad.

No es suficiente, ni de cerca suficiente para borrar el daño causado. Pero es un comienzo, un paso hacia la luz después de

semanas pasadas en la oscuridad. Años.

Él no responde al principio, solo me observa con una expresión indescifrable. Y luego asiente lentamente—. Resolveremos el resto más tarde.

Así sin más, descarta todo: la sangre, la traición, el dolor. Y caigo en sus brazos.

31

Domenico

No puedo decir si está abandonado o si es tan hipster que da la vuelta completa y termina siendo decrépito. De cualquier manera, el edificio parece condenado. El menú está pintado con letras artísticas descascaradas sobre ladrillo expuesto, y las lámparas son botellas de refresco recicladas. Hace frío, y el café sabe a cartón quemado. Es difícil creer que ella sugiriera este lugar.

Pero ahí está, sentada en una pequeña mesa en la esquina, con una taza humeante de algo frente a ella. No la he visto en una semana, no desde el lío en el teatro, y mi corazón se encoge. Lleva el cabello suelto, lo cual es tan inusual que casi no la reconozco. Tampoco hay señales de un vestido de diseñador tan angular que podría sacarle un ojo a alguien. Lleva pantalones a medida y una blusa suelta, con su abrigo de piel colgado en el respaldo de su silla. Todavía tiene esa columna de acero, pero no se parece a la chica con la que me casé. Se parece a la chica que perdí.

El lugar está lleno de personas que creen estar en un secreto exclusivo, con laptops y gorros de lana, bufandas tejidas y café malo. Ninguno de ellos parece que sobreviviría una batalla real. Mi traje atrae miradas, pero estoy acostumbrado a eso.

Mis zapatos rascan contra el piso de baldosas agrietadas mientras me dirijo hacia ella. Llego a la mitad del camino y aún no ha

levantado la mirada. Me detengo y observo, diciéndome a mí mismo que es para evaluar la situación. No lo es. Estoy ganando tiempo, y lo sé.

Ella toma un sorbo lento de su taza, y el vapor se enrosca alrededor de su rostro, atrapando la luz de la mañana. Es una vista que he extrañado.

Es casi un alivio cuando levanta la mirada y me ve observándola. Sus ojos se abren. Solo un destello. Se recupera, y vuelven a ser de hielo. No sé si está contenta de verme. Pero está sorprendida de que haya venido, y eso es algo.

Se mueve en su silla y toma otro sorbo.

Un grupo de hipsters en la esquina mira en nuestra dirección. Hace unas semanas, me habría preocupado por los ojos puestos en nosotros. Ahora, los únicos ojos que me importan son los de ella. Me obligo a moverme. Me dirijo a su mesa, un paso lento a la vez.

Cuando me siento, ella señala el menú con la cabeza.

—Pide un café terrible —sugiere.

—¿Por qué este lugar? —pregunto.

Hay un millón de otras preguntas en mi cabeza, pero esta es la que sale.

—Territorio neutral —dice—. Como querías.

—Esto no era lo que tenía en mente. —Sueno demasiado duro, pero no me importa—. ¿Qué tiene de malo Bell & Fig? ¿O el bar del Hilton?

Sus labios se curvan hacia arriba, pero no es exactamente una sonrisa. —Demasiado obvios.

Lo está haciendo de nuevo. Sosteniendo todas las cartas y colocándolas una por una, como si tuviera todo el tiempo del mundo. Lo peor es que lo tiene. Siempre lo ha tenido.

—Ha pasado un tiempo —dice.

—Sí —respondo, y ambos sabemos cuán inútil es esa palabra.

Quiero sacudirla. Quiero acercarla, respirar su aroma, asegurarme de que es real. No la he visto en una semana, siete largos días

desde el tiroteo en el teatro abandonado, 168 horas en las que se ha negado a hablar, y finalmente, ha accedido a encontrarse.

Ella no llena el silencio, solo espera a que yo lo haga. El reloj en la pared hace un tic-tac demasiado fuerte, cada segundo clavándose en mí, recordándome que ella solo está aquí porque quiere estarlo. Porque ella dio las órdenes, y yo aparecí. Como siempre.

—¿Por qué estamos aquí, Besiana? —Mi voz es demasiado baja. Casi temo la respuesta.

—Quería que lo escucharas de mí —dice.

—¿Escuchar qué?

Su boca se aprieta en una línea tensa, como lo hace cuando está a punto de dar un golpe mortal. —Lo siento.

La palabra es pesada. Llena. Final. No se siente como el final de algo. Se siente como el final de todo.

—Dom —dice finalmente, y hay algo en su voz que casi no reconozco. Vulnerabilidad—. No quería que esto pasara. No lo planeé. Le di la ubicación del almacén, pero pensé que después de eso estaba fuera. —Sus ojos se encuentran con los míos y luego se desvían de nuevo—. Baba plantó ese rastreador en mi abrigo, ¿sabes?

—Ya veo. —Es todo lo que puedo lograr decir.

—Quería decir algo más —dice.

Su voz es baja y temblorosa, y por un segundo pienso que podría quebrarse. Que ella podría quebrarse.

—Adelante.

Sus manos se retuercen frente a ella, y así es como sé que está asustada. No de mí. De lo que está a punto de decir.

—Tenías razón —dice—. Sobre todo. Sobre mi padre. Sobre tu familia, cómo los había entendido mal.

Puedo ver un pequeño temblor en sus hombros mientras se inclina hacia adelante.

—Obviamente.

No le doy nada más, aunque ver cómo se desmorona me hace querer estirarme sobre la mesa y detener toda esta conversación.

No me mira cuando lo dice. Solo estudia el borde astillado de la mesa.

—Si quieres terminar con esto —dice—, puedes hacerlo. No voy a luchar contra ti. Puedes divorciarte de mí. O anularlo. O lo que sea más fácil.

Toma aire. El tipo de respiración que tomas antes de sumergirte profundamente.

—Te mereces a alguien que no haya entregado tu imperio en bandeja de plata.

La miro fijamente. Duro. Largo rato.

Ella todavía no levanta la mirada.

—¿Terminaste? —pregunto.

Ella parpadea. —¿Qué?

—Dije: ¿terminaste? —repito pacientemente, reclinándome en mi silla. No aparto mis ojos de ella.

Por fin encuentra mi mirada. Y por primera vez en semanas, la veo. No la máscara. No la espía. No el nombre con el que nació.

Solo Besiana. La mujer que casi perdí.

Me inclino lentamente sobre la mesa.

Ella no se inmuta. Chica valiente.

—¿Quieres que me divorcie de ti? —pregunto, deteniéndome a centímetros de ella—. ¿Crees que quiero salirme?

Una pequeña pausa. —Creo que rompí algo —susurra, y casi me destroza.

Alzo la mano y suavemente, deliberadamente, acuno su mandíbula. Sus ojos se cierran como si se estuviera preparando para el dolor.

—Lo hiciste —digo—. Rompiste todo.

Exhala temblorosamente. Su aliento susurra contra mi piel como si finalmente estuviera dejando ir algo que ha sostenido con demasiada fuerza.

—Y aun así no te dejaré ir.

Sus ojos se abren de golpe.

—Eres mía, Besiana. Fuiste mía desde el segundo en que entraste a esa boda luciendo como una maldita guerrera.

—Pero yo...

—Me traicionaste. Y luego me elegiste. Eso es más de lo que la mayoría de la gente hace jamás.

Ella sacude la cabeza. —Dom...

—Le apuntaste con un arma a tu padre por mí.

—Por nosotros —corrige.

Asiento una vez. Luego la beso.

No es suave. No es lento. Son semanas de deseo y días de dolor y demasiadas noches fingiendo que no quería atraerla de vuelta hacia mí y *retenerla.*

Cuando rompo el beso, ella respira como si acabara de sobrevivir a una tormenta.

—Nada de divorcio —digo—. Nada de anulación.

—¿Y si pido uno?

Su voz tiembla, como si necesitara escuchar mi respuesta más que cualquier otra cosa en el mundo.

—Entonces diré que no.

Deja escapar una risa temblorosa que se convierte en un sonido que no he escuchado en mucho tiempo. Alegría.

—Eres imposible —dice.

—Estoy enamorado de ti —corrijo.

Toma mi mano. Entrelaza nuestros dedos. Sus ojos brillan en la tenue luz del café, y me doy cuenta de que moriría mil veces por esa mirada.

—Entonces construyamos algo nuevo. Solo nosotros.

—No más secretos —digo.

—No más reglas —susurra.

—Todavía no se te permite apuntarme con armas.

Sonríe. —No prometo nada.

Salimos del café, y le arrojo algo de dinero al personal, suficiente para cubrir la comida y renovar el mostrador de mierda.

El frío nos golpea tan pronto como salimos por la puerta, y la atraigo contra mí.

Nos toma unas cuantas cuadras antes de que me permita realmente mirarla, con los ojos grandes y brillantes. Está aquí, caminando por el corazón de la ciudad, y tomó una decisión. No olvidaré lo que le costó.

—¿Qué hay de tu familia? —pregunta.

—Al diablo con ellos —digo.

—Pensé que eras un hombre inteligente —dice.

—No cuando se trata de ti.

Me mira, con los ojos grandes y vulnerables.

—No me verán igual después de esto, ¿sabes? —dice.

No dudo. —No son ellos con quienes me casé —respondo—. ¿De verdad crees que me importa un carajo lo que vean?

Su risa esta vez es una exhalación aguda.

—Siempre te importó, Dom —dice—. Son tu familia, y siempre te ha importado.

—Tú también lo eres —digo. Sale casi como un gruñido feroz—. No me importa un carajo lo que piense nadie más, Besiana. No te dejaré ir.

—¿Y estás realmente seguro?

La atraigo hacia mí, mis dedos envolviendo su cintura. Se siente tan sólida, tan real, y he extrañado esto más de lo que jamás admitiré. La acerco aún más, mi aliento caliente contra su oído. —No me hagas decirlo de nuevo.

Caminamos por las calles un rato, dejando que el aire frío llene el espacio entre nosotros. Pero no es lo mismo que antes. Este silencio se siente cómodo, como un moretón que está sanando, una herida que finalmente se está cerrando. Mi brazo descansa sobre sus hombros, manteniendo al resto del mundo alejado.

No estamos arreglados, aún no. Hay grietas por todas partes. Pero tampoco estamos destrozados.

—¿Adónde vamos desde aquí? —pregunta, y suena insegura. Insegura pero no asustada—. ¿De vuelta a la mansión Rosetti? Mi

padre...

—Olvídalo —interrumpo. Necesita saber que hablo en serio—. Olvídalos a todos. —Sostengo su mirada, asegurándome de que entienda—. A algún lugar nuevo. Solo nosotros.

—A algún lugar nuevo —dice—. ¿Una casa propia?

—Encontraremos una —prometo.

Sus ojos buscan los míos. —¿Podemos celebrar las fiestas?

Es una petición extraña, demasiado ordinaria, demasiado tierna. —¿Quieres decir —digo, con una sonrisa extendiéndose por mi rostro — como la gente normal?

Su risa es diferente esta vez. Baja. Sorprendida. —Sí. Como la gente normal.

—Por supuesto —digo, atrayéndola aún más cerca—. Lo normal no suena tan mal.

32

Besiana

Estoy enredada con Dom en la suite del ático del Hotel Aman. La habitación huele a nosotros, crudo y nuevo, como si el poder se hubiera desplazado, equilibrado. Por primera vez, siento que es mi elección estar aquí. Me acerco más, sintiendo su latido al compás del mío, y las palabras se me escapan antes de que pueda tragarlas.

—Te amo.

Es como lanzarse de un acantilado y descubrir que puedo volar. Su sonrisa, la forma en que me atrae hacia él, me dice que siente lo mismo.

Dejo que el momento me envuelva, suave como las sábanas enredadas alrededor de nuestras piernas. Es extraño y maravilloso sentirme así, como si mi vida no estuviera preescrita, como si mis elecciones fueran realmente mías. Contengo la respiración y las palabras flotan entre nosotros, pesadas de verdad. Dom me mira con esos ojos verdes penetrantes que ven más de lo que yo quisiera mostrar, pero ahora mismo, no me importa. Quiero que me vea.

—Lo dices como si fuera una confesión —dice, con un tono juguetón en su voz.

Sonrío, dejándome relajar contra él.

—Se siente como una.

Su mano me toma por la nuca y me atrae hacia él, besándome. Todo esto es nuevo y aterrador, pero la emoción está en la caída libre. Se aleja lo justo para hablar contra mis labios.

—Yo también te amo.

Las palabras se asientan sobre mí, calentándome desde adentro. Se siente como romper la superficie después de estar demasiado tiempo bajo el agua, como tomar aire y llenar mis pulmones con todo lo que no sabía que me faltaba.

La ciudad se extiende debajo de nosotros, las luces brillan como estrellas distantes. Es finales de noviembre, y el frío de afuera acentúa el calor de aquí dentro. No hemos salido de esta habitación desde ayer, no hemos pensado en nada más que en nosotros. Es lujoso, en más sentidos que el del ático, no preocuparse por el mundo por un tiempo.

Me echo hacia atrás, observando su rostro, memorizando cada ángulo y línea. Se ve relajado, más de lo que jamás lo he visto. También parece más abierto, como si me dejara entrar. El peso que siempre carga parece más ligero ahora.

—¿Qué pasa por esa cabeza tuya? —pregunto, recorriendo su mandíbula con mi dedo.

Él atrapa mi mano, llevándola a sus labios.

—Que voy a mantenerte aquí todo el tiempo que pueda.

Levanto una ceja, fingiendo sorpresa.

—No sabía que era tu prisionera.

—No lo eres —me coloca un mechón de pelo detrás de la oreja—. Yo soy el tuyo.

La forma en que lo dice, la intensidad silenciosa en su voz, hace que mi corazón se salte un latido. Durante mucho tiempo, me he sentido como un peón en el juego de otro. Aquí con Dom, se siente diferente. Somos iguales. No soy su propiedad. No soy de nadie. Estoy, por primera vez, eligiendo.

Inclino la cabeza, dándole una sonrisa juguetona.

—Podría acostumbrarme a tenerte a mi merced.

—Creo que ya lo has hecho —dice, haciéndome girar para quedar encima de mí.

Me río, y es un sonido real, sin reservas y libre.

Mi risa rebota en las paredes y llena el aire, y él se une, con un rumor grave que me envuelve. Alzo la mano, trazando el contorno de su sonrisa. Es algo raro verlo tan despreocupado, y lo absorbo. Su chaqueta está tirada sobre el respaldo de una silla, su camisa descartada en algún lugar de la habitación. Es un nuevo look para él, esta elegancia deshecha y arrugada. Por una vez, parece que no le importa.

El calor entre nosotros vuelve a crecer, y no puedo decir si viene de su piel o de la mía.

—Podríamos quedarnos aquí para siempre —digo, arqueándome hacia él.

—Para siempre es mucho tiempo —murmura contra mi cuello—, pero estoy dispuesto si tú lo estás.

El mundo exterior no existe aquí. Somos solo nosotros, atrapados en este momento que se siente como una eternidad en sí mismo. Nuestro pequeño universo.

Dom sostiene mi mirada, su expresión suavizándose, volviéndose seria pero aún tan cálida. Parece un hombre enamorado, y me pregunto si ve lo mismo en mí.

—¿Por qué me miras así? —pregunta, rozando sus labios sobre mi frente.

Lo abrazo más fuerte, si es que eso es posible.

—Nunca pensé que tendría esto.

—Yo tampoco —se mueve, llevándome con él hasta que somos un lío enredado en la cama.

Me dejo caer en la sensación, perdiéndome en él. Hace un ruido, algo entre un gruñido y una risa, y es el sonido más maravilloso que he escuchado jamás. La habitación gira a nuestro alrededor, borrosa y eléctrica, hasta que todo lo que conozco es su piel y su toque y la feroz e increíble certeza de estar juntos.

Su boca encuentra la mía, y estoy sin aliento y perdida y encontrada a la vez. Nada más importa. Solo esto. Solo él. Solo nosotros.



Entramos en el edificio de oficinas donde la familia Rosetti dirige su imperio. El vestíbulo huele a loción para después de afeitar. Todo es elegante y moderno, desde el acero pulido hasta el vidrio inmaculado, y la seguridad nos observa de cerca. El viaje en el ascensor es silencioso. Soy demasiado orgullosa para admitir que estoy nerviosa porque Dom simplemente me llevaría de vuelta a la suite del ático, pero insistí en venir. Tengo que hacer esto.

Cuando llegamos a la sala de conferencias, Sal, Rafe, Emilio, Leonardo y Matteo ya están esperando. Se siente como caminar hacia un pelotón de fusilamiento, pero mantengo la cabeza en alto. Lo que sea que me lancen, sobreviviré.

La sala es espaciosa, fría de autoridad. Las paredes están revestidas de madera oscura, la mesa es larga y pulida. Es una sala destinada a tratos, a decisiones que derriban imperios. Dom entra como si fuera el dueño del lugar, que, por supuesto, lo es. Lo sigo, mis tacones resonando contra el suelo de madera. No tengo miedo, me digo a mí misma.

La última vez que estuve con estos hombres, estábamos rodeados de balas y sangre. Antes de eso, iban tras mi piel. Dom me mira y me da un pequeño asentimiento. Me tranquiliza.

Los hombres Rosetti levantan la vista cuando entramos. Sal, el patriarca, se sienta a la cabecera de la mesa, sus ojos verdes y agudos sin perderse nada. Rafe se reclina en su silla, con los brazos cruzados, el ceño fruncido habitual en su rostro. Matteo y Emilio, ambos en traje pero cada uno llevándolo a su manera —uno

elegantemente desaliñado, el otro pulcramente casual— intercambian una mirada. No me esperaban.

Enderezo la columna, aprieto la mandíbula. Sabrán que no estoy aquí para esconderme.

—Besiana —dice Salvatore, su voz suave y medida—. Esto es una sorpresa.

Ofrezco un asentimiento, manteniendo mi expresión neutral.

—Quería verlos a todos en persona.

—Valiente —dice Emilio, levantando una ceja—. ¿Qué rama de nuestro negocio planeas destruir hoy?

Matteo lanza una moneda al aire, observándome con curiosidad. —Espero que no le tengas miedo a las armas —dice, dándose una palmadita en la cadera.

Hay un momento de silencio, y luego Rafe descruzar los brazos. —O a lo cabreados que estamos.

—Rafe —advierte Dom, con un tono cortante.

Sé que mi esposo me protegerá, incluso contra sus propios hermanos.

Sostengo la mirada helada de Rafe, sin inmutarme. —Deberían estar enojados. Todos ustedes.

Sal nos hace un gesto para que nos sentemos, con una leve sonrisa tirando de sus labios. Tomo asiento, con la espalda recta y la determinación firme.

—No voy a hacerles perder el tiempo —digo. Mi voz hace más eco del que esperaba en esta habitación de cristal que parece un ataúd—. Todos saben lo que hice.

La mandíbula de Rafe se tensa. Los ojos de Sal se entrecierran, apenas perceptiblemente.

—Me enviaron aquí para infiltrarme —continúo—. Y lo hice. Le pasé información a mi padre. Ayudé a causar la redada que destruyó su almacén. Socavé su imperio.

Silencio.

De ese tipo que no es solo quietud, sino que es *pesado*.

—Pero también elegí parar. Elegí alejarme de mi padre. Y cuando llegó el momento...

Levanto la barbilla.

—Apunté con un arma a mi padre. No a ninguno de ustedes.

Matteo exhala por la nariz.

—No puedo deshacer lo que hice —digo—. Pero vine a asumir la responsabilidad por ello. No tienen que quererme. No tienen que confiar en mí.

Miro alrededor de la mesa, obligándome a encontrar la mirada de cada uno de ellos.

—Pero si van a matarme, háganlo rápido. Prefiero morir de pie que pudrirme en la culpa.

Por un momento, nadie se mueve.

Entonces Leo murmura: —Mierda —y se deja caer en una silla como si el peso finalmente lo hubiera golpeado—. Tiene más agallas que la mitad de la gente que hemos pagado para protegernos.

Rafe se despega de la pared, aún con los brazos cruzados. Su expresión no se ha suavizado, pero habla.

—Nos traicionaste —dice, calmado como una hoja de afeitar—. Pero también salvaste nuestras vidas.

Sal se aclara la garganta. Aún regio. Aún de hierro.

—Elegiste a los Rosetti —dice—. Y nosotros no olvidamos la lealtad.

Una larga pausa.

—Ni la traición —añade—. Pero...

Mira a Dom, luego de vuelta a mí.

—Un arma habla más fuerte que las buenas intenciones. Y apuntaste la tuya al hombre correcto.

La tensión se rompe, solo un poco. Lo suficiente para dejar que el oxígeno vuelva a la habitación.

—¿Y ahora qué? —pregunto.

—Ahora —dice Rafe, acercándose—, te lo ganas. Día a día.

Emilio interviene sin levantar la vista de su teléfono. —No vas a ir a ningún lado, ¿verdad? Eres un poco infame ahora.

Leo sonríe con suficiencia. —Infame es nuestra marca.

Matteo sonríe. —Además, seríamos idiotas si desperdiciáramos a una mujer que puede disparar así.

Casi sonrío, casi me permito creer que estoy perdonada. —En el teatro, quería mostrarles que soy leal.

Sal me estudia, su expresión indescifrable. —Tu padre lo llamaría traición.

—Mi padre —digo— no conoce el significado de la lealtad.

Dom toma mi mano, su agarre fuerte, reconfortante. —Ella ya no está de su lado.

Hay otra pausa, y me pregunto si pueden oír lo rápido que late mi corazón.

Emilio golpea la mesa con los dedos. —Le debemos.

—Y sangre Dushku o no —agrega Matteo, haciendo girar su moneda—, es una de nosotros.

Rafe asiente de mala gana. —De acuerdo.

Sal mira alrededor de la habitación, luego de vuelta a mí. —Bienvenida a la familia. De verdad, esta vez.

Suelto un suspiro. Me han aceptado, estos hombres unidos por algo más poderoso que la sangre. Confiarán en mí, y no los defraudaré.

—¿Y el Iride? —pregunta Rafe, cambiando el enfoque—. ¿También está muerto?

La habitación queda en silencio. Esta es la pregunta que más importa, y todos lo saben.

—Clara está muerta —dice Dom, con la voz tensa—. También su trabajo. Estamos comprando todo lo que podemos de ixaforina, pero sin la química ni los registros...

—No tenemos nada —termina Matteo, haciendo una mueca mientras se guarda la moneda en el bolsillo.

He esperado este momento, sin saber cómo reaccionarían, esperando que confiaran lo suficiente en mí. Meto la mano en mi bolso y coloco una carpeta gruesa sobre la mesa. Todos los ojos se dirigen a ella.

Rafe la agarra, abriéndola. —¿Qué diablos es esto?

—La fórmula —digo, observándolos cuidadosamente—. Del Iride. Clara me la dio cuando visité el laboratorio.

Emilio se inclina, con la mirada agudizándose. —¿La verdadera?

—Quería asegurarse de que no muriera con ella. Supongo que sabía que era una posibilidad —digo.

—Y tú querías asegurarte de tener la información —dice Sal lentamente.

—No le di esto a mi padre —digo, mirando alrededor de la mesa, encontrando la mirada de cada uno de ellos—. Quiero construirlo con ustedes.

Hay un latido, luego otro. La habitación parece contener la respiración. Es todo lo que necesitan para terminar de hacer el Iride.

El agarre de Dom en mi mano se aprieta, y una sonrisa fantasmal toca sus labios. —¿Entonces? —dice—. Parece que tenemos un plan. Encontramos otro químico, reconstruimos el laboratorio, llevamos esto al mercado.

—Eso parece —dice Rafe, aún hojeando las páginas. Hay algo como respeto en su voz ahora, un reconocimiento reacio de que soy una de ellos.

—Adrian es inteligente —dice Matteo—, pero no más inteligente que esta familia.

—Y esta familia —añade Emilio— está de vuelta en el negocio.

Ahora soy parte de esto, esta familia loca, leal y maravillosa, y estoy lista para demostrarlo cada día. Hablan uno sobre otro, planes y estrategias, ideas rebotando en las paredes como ecos de todo lo que siempre quise ser parte. Casi puedo ver el futuro aquí, y por primera vez, no le temo.

Besiana Rosetti, pienso, y el nombre encaja como nunca pensé que lo haría.

33

Domenico

Besiana me mira como si le hubiera clavado un cuchillo en su corazón ya herido. La verdad es que quiero mantenerla lo más lejos posible de todo esto. Lejos de los muelles, el almacén, su padre. Me cierro la chaqueta mientras le digo de nuevo que debería quedarse en el hotel. No es una visita social, le digo. Rafe y yo vamos a tener una charla con Adrian, y no será agradable. Todavía no lo mataremos, agrego, pero será peor. Ella entrecierra los ojos y levanta la barbilla.

—Si crees que no puedo manejarlo, entonces realmente no me conoces en absoluto.

—Besiana —digo, extendiendo la mano hacia su brazo.

Ella gira y se dirige furiosa hacia la puerta. —Voy a ir.

La sigo hasta el frío de diciembre. Las luces de la ciudad parpadean más allá del Hudson, amarillas y azules contra el cielo nocturno. Subimos al auto. Besiana mira fijamente al frente, con la mandíbula apretada. Respiro hondo y arranco el motor.

—¿Sabes que esto se va a poner sangriento, verdad? —digo, rompiendo el silencio mientras conducimos hacia el centro.

—Con mi padre, siempre lo es —Se gira para mirarme, desafiante.

Quiero decir más, pero sé cuándo estoy vencido. Asiento. —Bien. Pero te quedas afuera.

Llegamos a los muelles. Están mayormente abandonados a esta hora, con solo unos pocos trabajadores nocturnos moviéndose bajo el resplandor de las farolas. Estaciono el auto en las sombras, lejos de la farola más cercana. El almacén se alza ante nosotros, una forma enorme y vacía contra el río. Me inclino y aprieto la mano de Besiana.

—Quédate aquí en la entrada hasta que sepa que es seguro —digo, pero puedo ver que no lo hará.

Salimos, el aire frío nos golpea con fuerza. El agua golpea contra los muelles, y en algún lugar en la distancia, la bocina de un barco corta la noche. Besiana se abraza más fuerte con su abrigo. Nos dirigimos al almacén.

Adentro, es exactamente como lo recuerdo de la última vez que Rafe y yo trabajamos a un tipo aquí. Cajas apiladas hasta lo alto, polvo suspendido en el aire, y el frío húmedo que siempre encuentra la manera de meterse en tus huesos. Lo que no esperaba era la vista que nos aguardaba. Rafe está de pie sobre Adrian, quien está atado a una silla en el centro de la habitación.

—Te faltó un lugar —digo, señalando la cara magullada e inconsciente de Adrian.

—Lo estaba guardando para ti —dice Rafe, con voz inexpresiva.

Pateo la silla de Adrian, abofeteándolo hasta que sus ojos se abren lentamente. Ya está en mal estado: mejilla hinchada, sangre seca bajo la nariz. Cuando me ve, hay odio en esos ojos pálidos suyos, pero nada más.

Sonrío, lenta y deliberadamente. —Intentaste matarme. Y a mi padre. Y a cada uno de mis hermanos. Ahora vamos a tomarnos nuestro tiempo contigo.

Ni siquiera se inmuta. Maldito bastardo frío.

Rafe levanta un par de alicates. —¿Puedo empezar con sus dedos?

—Paciencia —digo—. Quiero que lo vea venir todo.

Le quito la mordaza de la boca a Adrian, y por un momento sonríe. Luego los ojos de Adrian se desvían, fijándose en la entrada. Me doy vuelta y veo lo que él ve. Besiana, parada allí, mirando a su padre. Rafe me lanza una mirada de qué-carajo.

Adrian empieza a suplicar, su voz ronca pero urgente. —Zemër, tienes que dejarme ir. No pueden tratarme así. Soy tu padre.

—Besiana —advierto—, te dije que esto sería feo.

Pero ella ya está caminando hacia él. Contra mi mejor juicio, retrocedo y la dejo pasar.

Se detiene frente a él. —¿Baba?

—Todo va a estar bien —dice Adrian, mirándola con esos ojos inyectados en sangre—. Volveremos a como era antes. Antes de que todo se pusiera mal.

Besiana duda, y mi corazón cae como una piedra en mi estómago. Un momento de duda es todo lo que Adrian necesita. Se lanza hacia adelante con una fuerza repentina, agarrando su muñeca y tirándola contra su pecho. El movimiento es fluido, un borrón de velocidad que ni siquiera yo vi venir. Sus ojos se abren de par en par mientras tropieza hacia él. Antes de que Rafe o yo podamos reaccionar, antes de que demos un solo paso, Adrian le está sosteniendo un cuchillo en la garganta. Hijo de puta.

La hoja brilla bajo la tenue luz, un cruel corte contra su piel. Me congelo. Rafe se congela. Adrian se pone de pie, arrastrándola con él y fuera de la silla.

—¿De dónde sacó eso? —gruño, la pregunta como fuego en mi garganta. Estoy listo para matar a Rafe por ser tan descuidado con sus herramientas.

—¡Atrás! —grita Adrian, arrastrándola y sacándola de la silla. Se está moviendo, retrocediendo hacia la salida con Besiana fuertemente agarrada.

El rostro de Rafe es como piedra, ilegible. —¿Este es tu plan, viejo? No llegarás a cien metros.

—Baba, por favor...

—¡Silencio! —La voz de Adrian es fría y firme. La sangre ha dejado de manar de su nariz, pero aún está manchada en su barbilla. La hoja presiona con más fuerza contra su piel.

Aprieto los puños, dando un paso adelante. Puedo ver a Besiana tragar con dificultad, su garganta moviéndose contra el filo del cuchillo.

—¿Crees que eres más fuerte que yo? —Las palabras de Adrian cortan el aire de la habitación—. Solo eres una niña, Besiana.

Quiero alcanzarla, arrancarla de su agarre, pero sé cómo funciona esto. Cualquier movimiento en falso y el bastardo la cortará. Los ojos de Besiana se encuentran con los míos.

Adrian la jala más cerca y se ríe, no es un sonido fuerte, pero mordaz y lleno de desprecio.

—Deberías haberme matado cuando tenías esa pistola en mi cara, niña —escupe—. Pero eras demasiado débil. Después de todo, sí perteneces con los Rosettis. Pero yo? Yo soy fuerte. Y, como sabes, no tengo escrúpulos en matar a mis familiares más cercanos.

Rafe se mueve a mi lado, tenso y listo, pero ambos sabemos que estamos caminando por la cuerda floja aquí.

Cada palabra de Adrian es como un veneno, filtrándose en la habitación. —No tienes nada, Besiana. Ni poder. Ni fuerza. Eres tan inútil para ellos como lo eres para mí.

Ella no se inmuta, no visiblemente, pero sé que la golpea duro.

Nos detenemos, el mundo entero conteniendo la respiración. Los ojos grises de Adrian son afilados como el hielo.

—Por esto es que nunca deberías confiar en nadie —le dice a Besiana, empezando a moverse de nuevo.

Besiana no se inmuta. No se mueve. Puedo ver la furia acumulándose detrás de sus ojos, una intensidad que ni siquiera Adrian ha calculado.

En un instante, veo su mano ir a su pierna.

Saca el cuchillo de su madre de una funda en su muslo y lo apuñala, hunde esa daga hasta el mango en el pecho de su padre.

Los ojos de Adrian se abren de par en par. La conmoción lo congela. Su mano se afloja alrededor de la hoja.

Besiana retrocede, con una expresión en el rostro fría y clara como la escarcha.

El bastardo no lo vio venir.

Los ojos pálidos de Adrian están abiertos de par en par, mirándola como si la viera por primera vez. Su cuerpo se sacude hacia atrás. Besiana aprovecha la oportunidad, arrancándose de su agarre mientras él jadea en busca de aire. El cuchillo sigue clavado profundamente en él mientras tropieza y cae.

Rafe y yo nos lanzamos hacia adelante, moviéndonos rápidamente mientras está en el suelo. Agarro a Besiana, atrayéndola hacia mí mientras Rafe alcanza a Adrian con furia en los ojos. Adrian se ahoga, su respiración sale húmeda, la sangre floreciendo en su camisa como una mancha que se extiende.

—Eres el único en quien no puedo confiar —dice Besiana, respirando con dificultad.

Adrian se está desangrando, rápido. Observo cómo la vida lo abandona, esos ojos pálidos apagándose.

—Dom —susurra Besiana. Su voz tiembla. Permanece inmóvil, con los ojos abiertos y desenfocados, como si no pudiera creer lo que acaba de hacer. Está en shock, puedo verlo.

—¿Estás herida? —exijo saber.

Examino su rostro, su cuerpo, aterrorizado de encontrar sangre que no sea de Adrian. Ella no responde de inmediato, solo sigue mirando el cuerpo de Adrian, inmóvil en el suelo.

—Yo... lo maté —dice finalmente, como si probara la verdad de ello, luchando por hacer que ella misma crea las palabras que escapan de sus labios.

Sacude la cabeza como si saliera de una niebla oscura. —Maté a mi padre.

Hay incredulidad en su voz. El shock en su rostro aún está presente, pero empieza a registrar su entorno, comienza a entender lo que acaba de suceder.

Sus ojos se encuentran con los míos nuevamente, y están crudos, vulnerables.

—Lo maté —repite, su voz más firme esta vez.

La realización corta a través de la bruma y llena el almacén como un grito. Nunca la había visto así, nunca la había visto de otra manera que no fuera compuesta, pero ahora parece que está a punto de desmoronarse.

Mira sus manos, manchadas de rojo.

—Besiana —digo suavemente, desesperado por alcanzarla, por traerla de vuelta del borde.

Extiendo la mano y tomo las suyas, con gentileza, mi corazón latiendo con fuerza.

—Besiana —repito, haciendo que me mire. Sus ojos verde pálido están atormentados, llenos de un tormento que me roba el aliento.

—Sí —le digo—. Lo hiciste. Y era tú o él. Hiciste lo que tenías que hacer.

Su mirada cae a nuestras manos, las mías aferrando las suyas con fuerza, ambos manchados con la sangre de su padre. Traga saliva con dificultad.

—Dom —susurra, su voz temblando como una hoja en la tormenta—. ¿Qué... qué hago ahora?

Aprieto sus manos, desesperado por anclarla, por evitar que se pierda en ese momento. —Nos cuidamos el uno al otro —digo simplemente.

En la periferia de mi visión, Rafe está de pie sobre el cuerpo de Adrian, su rostro plano y endurecido.

Nos quedamos allí en el frío, el cuerpo de Adrian a nuestros pies, su sangre extendiéndose por el concreto.

Rafe mira a Besiana, luego a mí.

—¿Y ahora qué? —pregunta.

Ya está enviando un mensaje para un equipo de limpieza.

—Ahora —digo—, vamos a casa.

34

Besiana

Así es como te dan la bienvenida después de una traición. La mansión Rosetti está vestida para la Navidad, adornada con luces centelleantes que atraviesan la niebla como faros. Miro a Domenico a mi lado, que nunca se ve distante, y le aprieto la mano más fuerte de lo que pretendo. Él no se inmuta. Podría aplastarle los dedos y ni siquiera pestañearía.

—¿Todavía estás preocupada? —pregunta.

—Sí —respondo.

No voy a fingir que no lo estoy. La última vez que estuve aquí, salí por la puerta trasera, huyendo de la ira de los Rosetti. Miro la mansión, a la familia que tiene todo el derecho de odiarme.

—¿Y estás seguro de que esto es una buena idea? —pregunto.

Su sonrisa es tranquila, imperturbable. —Es familia. Nunca es una buena idea.

Me aferro a su mano mientras entramos por la puerta principal.

Dentro, la casa está aún más transformada. Altos árboles, decorados en rojo y verde, se encuentran en cada habitación. Luces y cintas cubren las barandillas. Incluso los fríos suelos de mármol parecen más cálidos, abarrotados de paquetes, cajas y bolsas. Estoy tratando de asimilarlo todo cuando escucho la voz que más he temido.

—¡Besa! —Carmela viene hacia mí con toda su fuerza, un borrón de rizos castaños y terciopelo verde brillante. Me envuelve con sus brazos, y no estoy segura de qué hacer con mis manos—. ¡Me alegro tanto de que estés aquí! Y te pusiste el vestido verde. Te ves espectacular, cariño.

Tampoco estoy segura de qué decir.

—Yo...

—Está preocupada —termina Domenico por mí.

—¿Por qué? —Carmela se aparta lo justo para mirarme a los ojos —. ¡Te hemos extrañado!

—¿Ves? —dice Dom.

Veo. Veo que tiene razón, y veo que soy ridícula, y siento alivio en el frente de Carmela por primera vez en tres semanas.

No dura. Es engullido por el caos cuando la madre de Dom, Gianna, se apresura a abrazarme, y luego me veo envuelta en saludos y risas, fuertes y cariñosas. El resto de la familia se agolpa a nuestro alrededor, ansiosos y con los ojos brillantes. Eleanor y Juliet, incluso Sal.

—Todavía te ves muy delgada —dice Gianna, sacudiendo la cabeza mientras me abraza—. ¿Acaso no te alimenta?

—La alimento muy bien, mamá —Dom está a mi lado, tranquilizador, aún sosteniendo mi mano.

Carmela tira de la otra. Me arrastra entre un montón de hermanos, maridos y primos. Cada abrazo se siente como un signo de exclamación. No sé cómo seguirles el ritmo.

A mi lado, Eleanor me da una mirada de complicidad. —¿No estás acostumbrada a esto? —dice.

—No realmente.

Para nada. Lo más cercano a celebraciones que tuvimos en casa fue cuando Baba conseguía lo que quería, un trato de negocios exitoso o algún golpe bajo, y llegaba a casa con una caja de champán y se emborrachaba solo.

—Se nota —dice una voz que solo podría ser de Leonardo.

—Estará bien —dice Sal, divertido, como si hubiera estado viendo esto desenvolverse exactamente como esperaba—. Dale tiempo.

—Y una aspirina —murmura Rafe, con los brazos cruzados. Mira a Dom con una sonrisa cómplice.

—Si se va a quedar, necesitará más que una aspirina —agrega Emilio.

Matteo sonríe. —Tapones para los oídos. Definitivamente tapones para los oídos.

—¡Es Navidad! —dice Carmela—. Podemos estar callados.

—¿Quieres apostar? —Leo se truena los nudillos, y me pregunto cuánto tardará esto en terminar en desastre. Ya está luchando con Matteo, ambos riendo. Debería sentirme como una extraña. Debería sentirme sola. No es así.

—¿Qué piensas? —pregunta Domenico. Sus ojos están atentos, sin perderse nada.

—¿Con sinceridad?

Él asiente.

—Creo que estoy aterrada —admito.

Suelto su mano por un segundo para apartarme el pelo de los ojos. Cuando la tomo de nuevo, es porque quiero, no porque lo necesite.

—¿Eso es todo? —Su voz es más suave, lo suficientemente baja para que nadie más escuche.

—Aterrada pero feliz.

Él levanta mi mano y la besa. —Suena como cada maldita Navidad que he soportado.

Intento responder, pero Carmela me aleja de nuevo, parloteando tan rápido como se mueve el resto de la habitación. Me lleva a un par de sofás mullidos, ambos enterrados bajo cajas y papel.

—¡Aquí! Siéntate con nosotras. —Empuja a un lado una pila de paquetes brillantes, con una sonrisa radiante en su rostro—. Tenemos mucho de qué ponernos al día.

Es cierto, pero no sé por dónde empezar. Carmela lo hace fácil, llenando los huecos con preguntas sencillas. ¿Qué he estado

haciendo? ¿Cómo está el hotel? ¿Cómo es nuestro nuevo lugar y cuándo nos mudamos?

—Es una casa grande y antigua —digo—. Necesita mucho trabajo, pero la convertiremos en un hogar.

Ella sonríe radiante, y me doy cuenta de que le gusta cómo suena eso tanto como a mí.

Eleanor está a mi lado, abriendo una caja gigante con una mano y acariciando a su cachorro dormido con la otra. Es rizado y diminuto y demasiado adorable para pertenecer a un Rosetti.

—Juliet lo va a malcriar —dice—. Y hablando de hermanos... —Alza la voz, asegurándose de que Dom pueda oír—. ¿Vas a dejar que Paz visite la nueva casa?

Domenico levanta una ceja desde el otro lado de la habitación. —No hasta que ese chucho esté entrenado para ir al baño.

—Oh, yo también iré —dice Carmela, prácticamente vibrando de emoción—. Ni notarás que estoy allí.

—Eso es lo que me temo —bromea Dom.

—¿Temer? ¿Tú? Pensé que nada te asustaba. —Matteo. Puedo verlo haciendo girar una moneda de plata entre sus dedos.

—Esta sí —dice Dom, asintiendo hacia mí.

Me estoy ahogando en preguntas, atención y amor. Es maravilloso y aterrador, pero siento un extraño confort en el caos. No estoy acostumbrada a esto, y ellos lo saben, y de alguna manera eso lo hace más fácil.

Juliet nos pasa una bandeja de pequeños vasos, cada uno lleno de algo fuerte y transparente. Carmela se toma el suyo con la misma energía con la que hace todo lo demás, y la habitación se llena de risas cuando arruga la cara.

—No te preocupes —me dice Eleanor—. Se calmará. No pueden mantener este ritmo para siempre.

—Te oí —dice Leonardo.

—Y estás equivocada —agrega Rafe.

—Todos están equivocados —dice una vocecita, con acento y autoridad—. Pueden hacer esto todo el maldito día. Especialmente si

hay bebida de por medio.

Una mujer pequeña y elegante con un vestido rojo brillante se une a nosotros. Sé inmediatamente quién es, aunque es la primera vez que la veo.

—Usted debe ser la Nonna Toni —digo.

—Y tú debes ser la que causó todo ese alboroto. —Sonríe, con una sonrisa amplia y pícara—. Bien hecho.

Mide menos de un metro cincuenta, pero es tan intimidante como Salvatore, y ambos observan la sala como si fuera su propio espectáculo privado.

Nonna Toni suelta una carcajada que haría sonrojar a un marinero, y la oigo murmurar algo sobre encontrar una bebida. Carmela se levanta de un salto para buscarle una bebida a su abuela, y yo me recuesto contra los suaves cojines, perdiéndome en el torbellino de papel de regalo, cintas y voces.

Un mundo que nunca imaginé. Un mundo donde las fiestas significan más que nuevos tratos o adquisiciones exitosas. Significan algo.

—¡Besa! —me llama Carmela desde el comedor. Ya está despejando espacio en una mesa larga y abarrotada—. ¡Te sentarás a mi lado!

Todos toman sus lugares. La mesa está llena, y también las sillas, los bancos y los platos. Es una locura, y me encuentro sonriendo mientras lo asimilo todo. Esto es Navidad. Esto es familia.

La energía de la habitación es como nada que haya experimentado. Brillante y ruidosa y cálida, llena de más comida de la que jamás he visto. Carmela está en constante movimiento, corriendo entre la cocina y el comedor con bandejas gigantes ya que todo el personal está de vacaciones. La siguen risas y olores a ajo y vino. Los chicos están demasiado ocupados discutiendo sobre cuál regalo será el más vergonzoso. Es un empate entre Matteo y Leo.

Nonna Toni toma su lugar en la cabecera de la mesa. —¿Dónde está mi bebida?

Rafe levanta su copa. —Agradece que tienes platos.

Gianna sacude la cabeza. —¿Ven? Malcriados.

—¿Malcriados? —Matteo finge estar sorprendido—. ¿Cómo podemos estar malcriados si tuvimos que poner la mesa?

—Y ni siquiera lo hicieron bien. —Esto de Emilio, quien no presta atención a nada más que a la pantalla de su teléfono.

No puedo seguirles el ritmo, pero no puedo dejar de sonreír.

—Dom —lo llamo. Está observando desde la puerta, absorbiéndolo todo como si fuera su propio reino privado.

—¿Sí?

—Ven acá.

Le hago espacio, aunque está apretado. Se desliza a mi lado, y Carmela aplaude triunfante.

—¡Por fin! —Le pasa un plato gigante—. ¡Podemos comer!

Él asiente hacia el caos a nuestro alrededor y se inclina cerca, diciendo: —Y pensabas que no serías bienvenida.

Lleno mi plato. Antipasto, cerdo asado, polenta, lasaña, papas. Todo delicioso.

A mi lado, Carmela llena mi copa. —¿Es tu primera Navidad italiana?

—Es mi primera Navidad —le digo.

Sus ojos se agrandan. Parece que no sabe si estar emocionada o sentir lástima por mí.

Dom se inclina para susurrar. —Por fin se quedó sin palabras.

Me río. —Se le pasará.

La habitación estalla en carcajadas cuando Sal derrama vino tinto sobre la cabeza de Leo. Todos hablan a la vez, tratando de hacerse oír por encima del ruido de los platos y los sonidos de una familia demasiado grande. Es todo lo que mi mundo nunca fue, y no puedo tener suficiente.

Carmela nunca deja de moverse, nunca deja de parlotear. Cuenta historias entre bocados y llena mi plato tan a menudo como llena mis oídos. Mi único descanso es cuando Leo y Eleanor se enzarzan en una ruidosa y amistosa pelea sobre quién le dio al otro el peor regalo.

—Deberíamos abrirlos ahora —bromea Eleanor.

—Sí —dice Leo—. Así sabremos quién dormirá en el sofá esta noche.

—Creo que lo haré yo.

—De ninguna manera.

—Pensé que te gustaban los sofás —dice Matteo—. ¿O lo estoy confundiendo con las alfombras junto al fuego?

—¿Les contaste sobre eso? —le exige Eleanor a su marido, sonrojándose furiosamente.

Leo pone un brazo alrededor de Eleanor. —Por supuesto que no —dice, pero todos sabemos que está mintiendo.

—Solo lo más destacado —sonríe Leo.

Eleanor golpea el pecho de su marido, pero se apoya en él felizmente mientras la conversación fluye.

Es imposible tener miedo cuando hay tanta calidez. Imposible sentirse como una extraña cuando Carmela sigue arrastrándome a su mundo. Me pierdo en la comida, las historias, el ruido.

Esto es lo que se siente pertenecer.

La comida se extiende hasta el postre, luego más regalos, más locura. Todo parece multiplicarse. Cada regalo es demasiado, y cada risa es un recordatorio de lo que me he perdido toda mi vida, pero que ya no tendré que perder más.

Domenico me lleva aparte por un momento, y tomo un respiro profundo. Todavía puedo oírlos en la otra habitación. Sus voces se elevan, brillantes y salvajes, como si nunca fueran a parar.

—Oye. —Acaricia mi mejilla con sus dedos, ligeros como plumas.

—Oye.

—¿Demasiado?

—Nunca.

—¿Segura? Es mucho.

—Es bueno —digo—. Ellos son buenos.

—Son ruidosos.

Tiene razón. Su familia es ruidosa y salvaje, lo opuesto a la calma constante de Domenico.

—Entonces, ¿cómo terminaste con una familia así? —bromeo, rodeando su cuello con mis brazos.

—Suerte —dice. Me besa, profunda y seguramente, como si tuviera todo el tiempo del mundo—. Y, en tu caso, buen gusto.

Me mira, esperando. —¿Qué? —pregunto.

—Estás feliz. —No es una pregunta.

—Sí.

Un estruendo y un grito desde la habitación contigua. Carmela y Eleanor, cada una con una pila de nuevos regalos. Leo está maldiciendo, tan alto como siempre. Dom no se mueve. Puedo notar que no quiere soltarme.

Nanna Toni nos grita que volvamos allí, y Dom sacude la cabeza en una rendición divertida. —¿Ves? Demasiado ruidosos.

—Te encanta.

—Te amo. —Me atrae hacia él. Nunca levanta la voz, incluso cuando el resto grita como si fuera su trabajo.

—¡Vuelvan aquí! —Las órdenes de Nanna Toni son definitivas—. ¡Están cantando y es horrible!

No es horrible. Es caos y confort y todo lo que necesito. Volvemos a la sala de estar, y Carmela me abraza. Está sosteniendo una caja perfectamente envuelta. Es de un rojo intenso y brillante, y parece tan cálida como todo lo demás aquí.

—Para ti —dice—. Feliz Navidad.

—¿Debería tener miedo? —pregunto.

—Nunca —dice. Sus ojos son tan brillantes como el papel—. Te encantará.

Me observa, ansiosa y expectante, mientras lo abro. Es una botella y dos copas de cristal. Inclino la cabeza en señal de interrogación.

—Grappa añejada, cariño —explica—. Eres de la familia, así que tienes que beber como tal. Bébela cuando dejes de dudar que perteneces aquí. O cuando quieras prender fuego a algo.

Me encanta. Ella no lo sabe, pero es tan importante como el cuchillo de mi madre, como la casa que Dom y yo haremos nuestra.

Lo sostengo con fuerza, y ella me abraza de nuevo, más fuerte que antes.

El resto de la familia se reúne a nuestro alrededor, esperando lo que sucederá a continuación. El piano. Un montón de villancicos, y luego uno que resuena en el fondo de mi memoria.

—Lindi Mesia, u gëzua gjithësia —cantan las voces al unísono, y mi corazón se estremece.

El idioma que he intentado olvidar, cantado para mí de una manera que nunca imaginé. Carmela no deja de sonreír. Se lo ha enseñado a todos, solo para mí.

De la forma en que cantan, las palabras no suenan duras. No suenan como amenazas u órdenes. Son suaves, redondas y plenas. Me recuerdan a Mami. Por primera vez, el idioma albanés es hermoso, y decido aprenderlo de nuevo.

Miro a Dom, a su familia, a mi nuevo mundo. No estoy segura de saber cómo pertenecer así, pero a ellos no parece importarles.

35

Domenico

Después de la locura del almuerzo de Navidad, me escabullo arriba para tomarme un descanso del caos.

Desde aquí, en el techo del edificio Rosetti, todo se ve pequeño. La nieve espolvorea el borde, derritiéndose lentamente bajo el calor de mi taza de café. El aire muerde mi garganta.

Abajo, alguien está tocando un saxofón en la esquina. "Blanca Navidad", probablemente.

Debería estar adentro. Todos siguen bebiendo grappa y discutiendo sobre quién es el peor cocinero de la familia. Carmela finge odiar el caos. Rafe realmente lo odia. Y Besiana...

Besiana se está riendo.

No está actuando. No está calculando. No se está disculpando.

Solo está *riendo*.

Nunca antes la había oído hacerlo así. Fuerte. Sin reservas. Como si el sonido le perteneciera desde siempre y ella acabara de recordar cómo usarlo.

Tomo otro sorbo del café hirviendo, luego exhalo en el aire.

Se suponía que el amor era el enemigo del control. Eso es lo que siempre he creído. Que volvía a los hombres blandos, descuidados, débiles. Que los distraía del trabajo, del imperio. Que los mataba.

Pero entonces ella me miró a través de esa mesa esta noche —su mano descansando sobre la mía como si perteneciera allí, sus ojos firmes, *presentes*— y sentí algo que nunca he asociado con el amor.

Enfoque.

Todavía destrozaría el mundo para protegerla. Aún quemaría reinos hasta los cimientos. Pero no porque haya perdido el control.

Porque ella me dio una razón *para tenerlo*.

Una razón para ejercerlo. No por el legado. No por el poder. Por *nosotros*.

La puerta se abre detrás de mí.

No necesito voltearme para saber que es ella.

Sus zapatos hacen clic en la piedra. Lleva puesto mi suéter, el dobladillo rozando sus muslos. No habla. Solo viene a pararse a mi lado, lo suficientemente cerca como para que su hombro roce el mío.

Me entrega una segunda taza. La suya ya está medio vacía. La tomo.

—Se está poniendo tranquilo allá adentro —dice después de un momento.

—¿Quieres decir que Leo finalmente se calló?

—Los milagros sí ocurren.

Nos quedamos allí un rato. Ningún sonido excepto el viento y lo que sea que todavía esté tocando ese saxofón distante.

Entonces lo digo. En voz baja.

—No me quitas nada, Besiana.

Ella me mira. No desvío la mirada.

—Me recuerdas por qué estoy luchando.

Su respiración se entrecorta. Solo por un segundo.

Luego presiona su mejilla contra mi brazo, su voz cálida y firme.

—Lo mismo digo.

Domenico

Me reclino en la silla de mi escritorio y espero a que Rafe conteste su maldito teléfono. Cuando soy yo quien llama, debería contestar de inmediato.

Besa y yo seguimos encerrados en el Aman, esperando el cierre de la compra de nuestro nuevo lugar. El ático es elegante y moderno, con vistas panorámicas de la ciudad. He pasado el último mes en este lugar, lidiando con problema tras problema y apagando incendios mientras Rafe maneja las cosas en Brooklyn.

¿Dónde está? Ya debería haber contestado.

Mis dedos tamborilean sobre el escritorio. Cuando soy yo quien llama, se supone que debe contestar de inmediato.

Finalmente, gruñe un impaciente hola. Lo veo en mi mente, con los brazos cruzados, sus ojos azul hielo taladrando el teléfono.

—Tenemos una situación —digo, reclinándome en la silla.

—¿Una situación? —Ya suena cabreado—. La última vez que revisé, Dom, tú eres el que tiene una situación. Una situación del tamaño de Besiana. ¿Necesitas que vaya a tomarte de la mano?

Me río entre dientes. —¿Qué te hace pensar que te llamaría para eso?

Casi puedo verlo poner los ojos en blanco. —Llamas porque quieres algo. Así que, ¿qué es?

Jugueteo con el bolígrafo sobre mi escritorio. —¿Qué sabes sobre los Callahan?

Hay un momento de silencio. Espero, sabiendo que Rafe es tan calculador como yo, solo que más brusco. —Son irlandeses. Respiran. ¿Qué más necesito saber?

—También son generosos —digo—. Nos avisaron sobre algo que va a pasar esta noche. Una chica metida en problemas, necesita que la cuiden. Preguntaron si estás interesado.

Resopla, pero con menos confianza de la que esperaría. —¿Desde cuándo los Rosetti hacen la limpieza para los Callahan? ¿Y desde cuándo nos importa alguna tipa que arruina su propia vida?

—A mí no —digo—. Pero pensé que a ti podría importarte.

Rafe no responde de inmediato. Está pensando, y pensar significa que está interesado. No lo dejo reflexionar demasiado. —Dicen a las nueve. Cerca del FDR. En algún callejón. Podría ser tu tipo de fiesta.

—¿Y no podías enviar a nadie más? —pregunta—. Llámame paranoico, pero casi suena como si quisieras que yo estuviera allí.

Sonrío, aunque él no pueda verlo. —Eres el experto del vecindario.

Lo oigo respirar, lento y constante, como si estuviera sopesando sus opciones. Rafe no hace nada que no quiera hacer. Pero conozco a mi hermano, y sé cómo se siente respecto a ciertas cosas. Que es más probable que salve a esta chica a que la elimine.

—Bien —dice finalmente—. Lo revisaré. Pero no le estoy haciendo ningún favor a nadie. Especialmente no a los Callahan.

—Eso es lo que amo de ti, Rafe —digo—. Eres todo corazón.

Me cuelga, pero no me importa. Miro fijamente la ciudad, las luces como tantas promesas distantes. El trato con Besiana me enseñó cosas sobre el tipo de hombre que soy. Sobre lo que haré y no haré para proteger a mi familia.

Me sirvo un trago, dejo que el whisky me caliente en el frío de diciembre. Rafe se meterá en problemas. Ya lo veo venir. Pero no me preocupo. Lo conozco. Y si tiene que elegir entre dispararle a una

mujer o enamorarse de ella, digamos que me aseguraré de que tenga el espacio que necesita.



¡Hola! Gracias por leer *Savage Oath*.

El próximo libro de la serie *Familia Rosetti* te lanza de lleno al mundo de Rafaele—donde una mujer inocente se ve atrapada en un juego que no puede ganar. Y Rafe tendrá que decidir si la salva… o le dispara.

¡Lee *Merciless Vows* ya — no vas a poder soltarlo!

x Pia



Ah, y una cosita más… si quieres enterarte la primera de mis nuevas publicaciones, sígueme en Amazon.

xx Pia